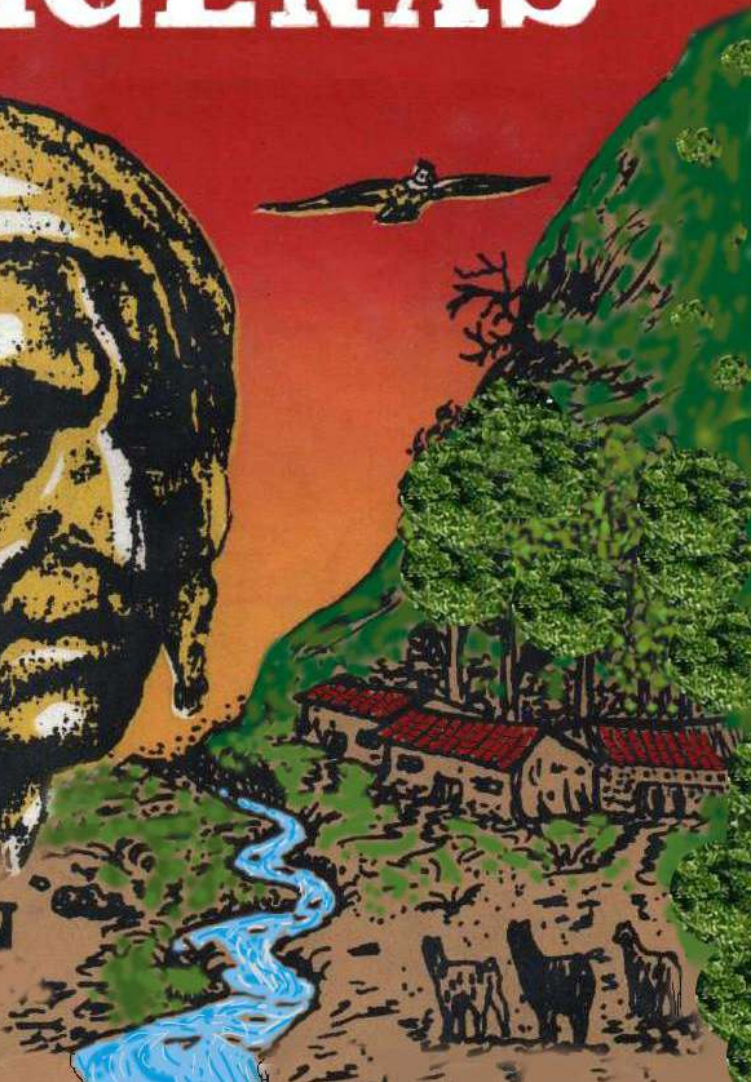


CUENTOS y RELATOS INDÍGENAS



**FABIÁN
MARIO**



CUENTOS y RELATOS INDIGENAS



**FABIAN
MARIO**

FABIÁN MARIO LEÓN PAITÁN

CUENTOS Y RELATOS INDÍGENAS

LIMA - PERÚ
DERECHO Y CAMBIO SOCIAL
2021

Primera edición: 1985.
Impresiones Durero, Puno-Perú.

Segunda edición: 2021.
Derecho y Cambio Social, Lima-Perú.

Carátula: Pedro Donaires S. (1985) (adaptación, del estudio tipológico de un personaje andino del pintor Germán Suárez)

© Fabián Mario León Paitán, 1985.

© *Derecho y Cambio Social*, 2021
Para la presente edición y publicación en la sección Miscelánea de la revista *Derecho y Cambio Social*.
Lima, Perú.
<https://www.derechoycambiosocial.com/>

Todos los derechos reservados.

Índice

	Pág.
<i>Dedicatoria</i>	5
PRESENTACIÓN	6
EL CÓNDOR Y LA PASTORA	8
¡HASTA EL GALLO! ¡HASTA EL GALLO!.....	18
¡JERINGA! ¡JERINGA! ¡JERINGA!.....	27
EL CONDENADO CRISPI.....	33
LA IMITACIÓN	40
YAWAR MAYU.....	60
LUCICHA Y JUANCHU	78
LOS OJITOS.....	89
EL BELLO SALVAJE.....	98
EL AMO.....	107
EL ZORZAL.....	122
EL UKUMARI.....	129
<i>Sobre el autor</i>	142

A la memoria de mis padres.

Que con sus vidas honraron su raíz indígena.

F.M.

PRESENTACIÓN

Estimado lector:

He aquí doce sencillas narraciones inéditas, algunas de ellas, demasiado conocidas en las regiones serranas de nuestro país.

Es sabido que la falta de escritura nunca fue impedimento para el normal cultivo y desarrollo del arte literario, en ninguna parte del mundo. Pero como en la actualidad, la literatura se expresa más por escrito, aquellas piezas que antaño se difundieron oralmente, van corriendo el riesgo de perderse en la noche del olvido, por el inexorable paso del tiempo que va extinguiendo a los pocos difusores que aún quedan, y que en su mayoría son iletrados.

El autor las ha escuchado de varias fuentes y versiones, que le ha servido para subsanar ciertas incoherencias, tan frecuentes en las narraciones orales, de este modo darle unidad y continuidad al argumento, mediante la refundición y reconstrucción en algunas de sus partes.

Por otro lado, el autor ha investigado sobre el lugar de origen y apogeo de algunas de las narraciones, y la verosimilitud de sus hechos. Asimismo, las ha despojado en lo posible, de sus ropajes de fantasía que originalmente tenían, a fin de que puedan tener cabida en la mentalidad actual.

Los nombres de los personajes son ficticios, incluyendo el nombre de algunos lugares. Cualquier coincidencia con nombres de algunas personas reales, considérese una casualidad.

Al poner en vuestras manos, este modesto trabajo, el autor cree haber cumplido con un deber ineludible con sus hermanos indígenas, forjadores de una gloriosa historia, comparable con las grandes civilizaciones del mundo de su época.

Puno, 1985.

EL AUTOR

EL CONDOR Y LA PASTORA

Kuyllur se llamaba, la hermosa muchacha que todos los días iba al campo, tras el ganado; hija de pastores y agricultores de Qilluqillu, un pueblo enclavado en la cordillera. Esparciéndolo, desde pétreos promontorios lo vigilaba, al tiempo que hilaba blancos copos de lana.

Una de esas mañanas, cuando el sol esplendía, y las frías brisas de las cumbres nevadas la piel curtían, un hombre extraño, elegantemente trajeado de negro, y bufanda blanca entrecruzada en el pecho, solicitando su amistad se le presentó. Naturalmente sobresaltada, ante la inesperada presencia del desconocido, retirándose fue a buscar que refugiarse en la compañía de otros pastores, que estaban en los alrededores.

Como practicando aquel refrán, que la gota horada la roca, con su perseverancia a la postre logró su propósito. En adelante, no sólo se les veía en abstraídos coloquios, sino también entretenidos en jugar.

Una vez, cuando la tarde ya declinaba, la pareja se entretenía jugando a la "carga-carga", un juego muy practicado por los jóvenes pastores, aunque no muy aceptado por los padres de las muchachas, pues ésto, si es practicado por dos jóvenes de sexos opuestos indica intimidad.

El mozo la cargaba a la espalda y tenía que llevarla a la carrera y a cierta distancia. Cuando a ella le tocaba el turno, lo hacía igual. Quien llegaba a distancia mayor y a ese ritmo, ganaba. Por supuesto, los varones, en la mayoría de los casos, salían triunfantes.

La chica como despertándose de un sueño, mirando a su

rededor, dijo en tono airado:

- ¡Ay, ya me quedé sola...! ¡Todos ya se han ido...! ¡Ahora van a contar a mis padres...! ¡Ya me voy...! -cogiendo su manta y su rueca se dispuso a irse.

- ¡La ultimita, jugaremos...!

- ¡No! ¡Ya no! ¡Ya es tarde...! ¡Qué me dirá mi mamá!

- Bueno, jugamos la última, ¡y te vas...! -insistió el mozo.

- ¡Bueno, que sea la última...!

La muchacha, volviendo a depositar sus cosas sobre una piedra, se echa de barriga en la espalda del mozo, a su vez éste le advierte:

- ¡Agárrate bien que vamos a volar! ¿Estás lista?

La joven con risotadas y remilgos se acomoda y con ambas manos se ase del largo cuello de su amigo quien, corriendo con cierta velocidad por el campo raso, de un suave impulso se eleva en el aire y empieza a volar.

Ella presa de una desagradable sensación de vacío en el estómago, y del corazón que se le quería salir por la boca, no atina a hacer nada, y solo se pega más contra el cuerpo calenturiento del compañero, y para no marearse cerró sus ojos.

Pero asustada por la rara experiencia, abre los ojos y ve que los cerros se alejaban y las cosas en el suelo se veían pequeñas. La corriente de aire frío le calaba los huesos, y enfadada balbucea:

- Oye, ¡qué haces! ¡Qué eres! ¡Acaso eres cóndor? ¡Bájame! ¿Adónde me llevas? ¡No se vayan a perder mis animales!

El mozo no respondía. Furiosa desprendiendo una mano le da de golpes en la espalda. Aquél le advierte que puede caerse y

en eso, se meten en una especie de socavón, oscuro y maloliente, y con un movimiento brusco aterrizó y la hizo caer en el piso duro y frío. El olor nauseabundo a carroña invade sus narices. Desesperada llama el nombre del mozo, sin conseguir respuesta. Las asustadas aves abandonaron bulliciosamente la cueva. Multitud de murciélagos chillaban por encima de su cabeza. Tentando con las manos a su alrededor arrastrando sus entumecidas piernas avanza sin rumbo. Sus ojos se fueron adaptando a la oscuridad, y en un esfuerzo por distinguir algo, le parece ver un tenue resplandor. Se dirige hacia allá, y siente aire fresco que le sugiere que la puerta debe estar cerca. En efecto, a cierta distancia se veía como una ventana. Guiada por el vaho avanzó y se encontró con un recodo y al voltear, se dio con una enorme puerta. Era una especie de antesala de la cueva. Pudo ponerse de pie y llegar a la puerta, y al otear desde allá, divisó el gran vacío que había abajo que le produjo vértigos.

En lontananza, estaba Qilluqillu, como una parda costra, al pie del gigantesco "Patrón", humeante, y arriba, el cielo como un techo de nubes, oscurecía.

El viento frío silbando arreciaba, y al estrellarse contra las escarpas, estallaba. Los helechos tiritaban como ralos bigotes junto a la boca de la cueva. Ella ve remota la posibilidad de volver al hogar paterno, por esa noche. La idea la aterroriza, y al flaquearle las piernas se deja caer sentada reclinada contra el frígido muro de la cueva, recubierto de excremento de aves de rapiña, y llora pesándose de haberse confiado al desconocido,

Al serenarse un poco, pasea su mirada por los alrededores de la cueva, y unas plumas blanqui-negras que del techo caían atrajeron su atención, y al levantar la mirada, allá en la cúpula, en una especie de hornacina, un cóndor corpulento gigante, indiferente al drama que la pastora en esos momentos vivía, se despiojaba.

La visibilidad se fue cerrando a su derredor. Las aves retornan a la cueva, y al sentir la presencia de la muchacha, como flechas arrojadas se meten en los oscuros recovecos, aumentando su estado de nerviosismo.

~

Entretanto, en Qilluqillu, los padres de la joven viendo que no regresaba a la hora de costumbre, fueron a buscarla. Primero, obtuvieron información de los otros pastores. Les dijeron que, desde un tiempo a esta parte, la habían visto acompañada por un mozo desconocido, que no parecía natural de esta región.

Yendo al campo, lugar donde solía pastar el ganado buscaron vestigios que les sugirieren algo de su paradero, y encontraron desperdigadas algunas pertenencias. Su manta de lana batía el aire, izada en la punta de un cacto; y su sombrerito de copa circular, clavado entre unas piedras, llenándose de paja seca desmenuzada que por el efecto del viento se esparcía. Escena que puso tristes a sus padres, y a pensar que alguna desgracia le hubiera ocurrido.

No sabiendo nada de su paradero por los días transcurridos, recurrieron a los servicios de los adivinos más conocidos de la comarca, y la única conclusión a que habrían arribado era que la pastora se había ido con el forastero, posiblemente con dirección a Cusco o Arequipa.

~

Mientras en la cueva, Kuyllur, perdida la esperanza de vol-

ver a su casa, se fue resignando a vivir en su cautiverio, en compañía de su audaz raptor, que al parecer, se metamorfoseaba. De día, generalmente desaparecía, y de noche, estaba con ella, el hombre ése a quien ella había conocido hacía un tiempo.

No teniendo nada que hacer, la pastora, sentada a la puerta, se entretenía contemplando el panorama que delante se extendía, y aprovechaba para observar los movimientos del cóndor que como vigía paraba siempre en su hornacina, y cómo desprendiéndose suavemente de su asiento se echaba al vacío, y jugaba planeando, como un bañista que flota en el agua; luego se elevaba tanto hasta convertirse en un apenas perceptible puntito negro, desde donde parecía acechar a su presa, y cuando era oportuno el momento, descolgándose caía con tal rapidez, que por muy veloz que fuese el animalillo de caza no podía escapársele. Cuando retornaba a la cueva, apenas se oía el suave abrirse del aire, y con fuertes aleteos fijaba su equilibrio.

La pastora estaba convencida que su misterioso consorte la amaba, aunque no se explicaba claramente el porqué del cautiverio. Se esmeraba por llevarle carne de todo tipo y calidad. Le llevó muchas cosas que ella le pidió. Lo que no pudo llevarle fue lumbre, para que pudiera asar las carnes. Después de ayunar por varios días, porque no podía pasar carne cruda, para no morir de hambre, tuvo que hacerlo.

Cuentan que su joven cuerpo empezó a cubrirse de suaves plumones, de color blanco sucio, enhorabuena, pues le sirvió para contrarrestar el congelante frío que hacía en la cueva, Y al cumplirse el año de su concubinato, tuvieron un robusto vástago: mitad cóndor, mitad humano.

~

Los años de soledad y nostalgia fueron abriendo una brecha de dolor en el alma de la joven cautiva. Su voluntad para sobrellevar el sufrimiento se fue debilitando. En momentos lloraba amargamente, que parecía conmover a la misma roca. Su canción favorita decía:

¡Killinsituy, wamansituy,
cuando pases por mi casa
cuando veas a mis padres
diles que su hija en la casa del cóndor
está llorando!

Una avecilla que con ella, la cueva compartía, que silenciosa y compungida las escenas presenciaba, deseosa de ayudarla a mitigar sus penas, decidió hacer algo. A la hora que las aves suelen levantarse, dejando el tibio nido, emprendió vuelo con dirección a Qilluquillu, pueblo que quedaba más cerca.

Llegando a la población, posándose en el tejado de la primera casa, esparció en su canto el mensaje siguiente:

¿De quién será hija
aquella desconsolada pastora
que en la casa del cóndor llora?

Parecía que la historia de la pastora, por el tiempo transcurrido había sido olvidada, pues nadie respondió. El pajarillo cantó de casa en casa, y cuando cansado, y el día se acababa, retornó un tanto desalentado.

Al día próximo, el pajarillo regresó a Qilluquillu, para terminar de visitar el resto de las casas. Ya era casi la última casa, de piedras y barro con el techo de paja, cuando ya estuvo por volar a la casa contigua, un anciano saliendo con dificultad, contestó:

¿... Acaso será mía
aquella pastora

que por volver a casa paterna llora?

La avecilla respondió:

¡Oh tú padre atribulado,
decidme vuestro nombre
y el de vuestra hija,
que averiguando volveré
mañana con la noticia!

Cuando la avecilla estaba presta a volar, esta vez más aliviada, el anciano le dijo:

¡Llevalde esta prenda
que si es ella, la reconocerá!

La avecilla mensajera, cogiendo la cinta roja con dibujos en negro, con su diminuto pico, despegó.

Llegando a la cueva, a la cautiva nuevamente la encontró llorando, cantando su triste canción. Esperando el momento oportuno, hizo caer la cinta delante de ella, que notándola, emocionada la recogió y con voz quebrada exclamó, a tiempo que se la llevaba a su mejilla:

¡Oh, mi cinta!
¿Cómo viniste aquí?

Y llorando la empapó en lágrimas; y en el fondo de su alma veía renacer la luz de la esperanza de liberarse de su cautiverio. El pajarillo no pudiendo más soportar la tristeza de la joven, le dijo que él había llevado la prenda y la consoló, ofreciéndole su ayuda a fin de que pronto saldría libre de su prisión.

~

Desde que por medio del misterioso pajarillo se entablara comunicación entre los padres y la hija, hubo consulta constante con el consejo de ancianos de Qilluqillu.

Los ancianos aconsejaron que para el domingo próximo se invitara el yerno en nombre de los suegros. Kuyllur adivinando las intenciones de sus padres, al recibir el recado gracias al intermediario, persuadió a su compañero, que fuera de visita a la casa de sus padres, pare hacerse conocer y llevar noticias de su hija. Después de algunas negativas, aceptó asistir a la invitación acompañado de su comitiva, ya que era él, el jefe de la población condoril de su región.

El domingo por la tarde, el pueblo de Qilluqillu esperaba ansioso la presencia del singular personaje y de sus acompañantes. El sol justamente tramontaba el pico más elevado que rodea la comarca, agigantando las sombras, y el viento vespéral arreciaba desde los montes nevados, cuando el regimiento de hombres, de ropa negra, chalina blanca al cuello, todos a caballo, rompiendo la silenciosa tranquilidad del pueblo, ingresaron a trote y llegando a la plazuela se detuvieron, y el jefe habló:

- ¡Esta quietud me disgusta...! ¡El pueblo algo trama...! ¡Estad alerta...! ¡Si notan algo... ataquen...! ¡Yo solo debo ir primero...! -diciendo- el jefe desmontó y conduciendo a su caballo del cabestro, con dirección a la casa de los suegros, se fue.

A su paso, a un gallo se le escapa el canto, pero alguien le corta. Un perro aúlla, pero lo acallan. Un niño protesta llamando a su madre, y los caballos se inquietan, pero los jinetes los controlan.

A la puerta de una casa, una anciana sentada distraídamente juguetea con copos de lana. Ante la presencia del forastero, la anciana se pone de pie, pero cuando el visitante se identificó, con expresiones de aprecio lo recibe.

- ¡Pasa, has de estar cansado! ¡Debes de vivir lejos, pasa descansa! -le insiste, tu suegro ha salido, ya vendrá, y al verte se alegrará...!

El visitante, fija el cabestro en una estaca a la puerta, y con cierta desconfianza cruza el umbral, ya dentro siente un olor a carne fresca, pero le disgusta el calor húmedo, cosa muy extraña para él.

-Pasa con confianza y siéntate, acá en este asiento -dice la anciana- este asiento espera a los invitados como tú.

Al fondo del oscuro cuarto, un asiento cubierto de cuero de cordero sobresale. Con cierto recelo se acerca, y antes de sentarse da una vuelta y miró alrededor y... se sentó. El cuero se hunde. El invitado pierde equilibrio y lucha por recobrarlo. La suegra presta aparentemente acude a socorrerlo tomándolo de ambos hombros, pero en realidad más lo hunde, momento en que otras personas que habían estado escondidas, salen y ayudan a la anciana a hundirlo en agua hirviente. Al sentir el calor del agua, deja escapar de su garganta una especie de graznido de ganso atrapado. Trayendo ollas con agua hirviente le rematan por fuera y el animal agoniza, y lanza unos gritos desesperantes, que asustan al caballo que zafando el cabestro de la estaca emprende una loca carrera, que al llegar a la plazuela se convierte en el zorro jefe, que al pasar por los demás jinetes, asústalos, y éstos convirtiéndose en cóndores vuelan en precipitada fuga, y se pierden en el espacio; mientras que los caballos, tomando formas de zorros, se van corriendo tras el jefe y desaparecen de la vista.

Los habitantes de Qilluqillu, que pendientes esperaban el epílogo final, saliendo de sus escondites, se aunaron al festín.

Descuartizado el cadáver del audaz raptor de la más hermosa zagala del pueblo, por pedacitos fue distribuido a todos, y para adquirir la "intrepidez del cóndor", todos lo comieron.

~

Esa misma noche, el pueblo se reunió en asamblea general, y en ella organizaron equipos de salvataje para que fueran a rescatar a la pastora y a su hijo. La gente parecía estar alegre por haber liquidado al raptor de la muchacha, cuyo retorno al hogar de los padres significaba alegría para todo el pueblo.

Por otra parte, se preocupaban, porque el hecho de haber dado muerte a una de las "gallinas" del "Patrón" provocaría, tal vez, su ira, y en consecuencia habría que esperar alguna represalia de su parte...



¡HASTA EL GALLO!
¡HASTA EL GALLO!...

- ¿Es tu santo?

- ¡No, patroncito! Nosotros no tenemos santo, como Ud. bien sabe.

-Entonces, ... ¿de qué se trata?

-Como mi hijita, ha llegado de Lima, después de mucho tiempo, y quiere regresarse pronto, hemos pensado en darle un almuercito, con la presencia suya, pa' que nos honre, patroncito.

- ¿Como has dicho? ¿Que de Lima ha llegado tu hija?

- Sí, patroncito, ¡eso dije!

- ¿No me engañas?

-No, patroncito, pa' que le voy a engañar.

Yo no sabía que tenías una hija en Lima. Bueno, bueno, Julián, ahí estaremos.

-Ya gracias, patroncito. Entonces, le esperamos el domingo, para almorzar una pobreza. Aunque sea una chochoquita - diciendo- Julián Qonopa, el más antiguo de los servidores de la hacienda, se marchó.

~

A mediodía, el sol quemaba. Don Sabino Vallestar, era esperado en la modesta vivienda de la familia Qonopa, que queda-

ba en uno de los extremos de la parte urbana de la hacienda, en medio de un corral, que era la parcela que les tocaba, donde podían sembrar y criar animales para ellos.

Con la camisa arremangada y llevando el saco doblado en un brazo, y una botella envuelta en papel blanco en la otra mano, llegó y fue cordialmente recibido por el viejo Julián. La sala cubierta de techo de zinc, estaba oscura pero calurosa. Tomando asiento en una silla de paja recorrió la mirada, y al otro extremo vio una mesa de madera cubierta de un mantel blanco almidonado de extremos bordados, cuyas puntas caían sobre el asiento de las sillas de paja. Encima estaba una jarra blanca de fierro enlozado, con unos pocillos del mismo material. En la dirección de cada silla había montoncitos de cubiertos esplendientemente refregados, sobre unas servilletas bordadas en trapo nuevo, y al lado, un vaso de cristal. En medio de la mesa, se exhibían flores de pétalos morados y rojos en un florero de cerámica.

Julián que había desaparecido momentáneamente, dejando solo al invitado, reapareció acompañado de su esposa y sus tres hijas. A las dos mayores, el patrón las conocía, pero...

- ¡Esta es mi hija Rosa, patroncito! -Dijo el anciano presentándole a una muchacha delgada, alta, trigueña, con ojos negros y profundos, frente amplia, que remataba en un peinado juvenil de una colita.

Rosa se sentó junto al hacendado, con quien conversó de rato en rato muy animadamente. Sus hermanas y su madre sirvieron los platillos. Desde el primer plato, Rosa desaprobó la cantidad, diciendo que ella no era de mucho comer. Que la porción era mucho.

Las hermanas devolvieron el plato a la cocina, luego separando la mitad de la porción volvían a traerlo. A pesar de eso, ella sólo consumió la mitad y el resto lo dejó en el plato. El patrón

que a hurtadillas la miraba, al final le dijo;

- ¡Con que Ud. no come! ¿De qué vive? No se vaya a enfermar... y le sonrió,

- ¡Ay, don Sabino, le digo que la comida no me gusta mucho! ¡Yo soy de poco comer...! ¡Líquido nomás tomo...!

- ¡Entonces, Ud. ahorra mucha plata! Pues, Ud. sabe que la gente gasta la mayor parte de sus ingresos en comprar comida.

La madre que se había sentado al frente, intervino:

- ¡Esta no come nada, patrón! ¡Yo no sé cómo es que no se muere! ¡Yo ya me hubiera muerto hace rato! ¡Yo no podría vivir sin comer!... Así ha sido desde chica y hasta ahora sigue igual nomá...

~

Sería a la semana del almuerzo que tuvieran en la casa de los Qonopa, cuando el patrón pretextando un viaje de negocios, retribuyóles invitándolos a almorzar en su casa. Pero, Rosa continuó exhibiendo su poco comer, cualidad que poderosamente habría llamado la atención del patrón.

Algo inquietaba los sentimientos de don Sabino, aunque él no estaba muy seguro, de las causas. Pero hizo esfuerzos por analizar sus pensamientos, cuando descubrió que la causante de sus inquietudes era la tal Rosa,

Por primera vez en su vida, hizo en la intimidad de su alma, una sincera evaluación de su vida y de sus actos. Reconoció que estaba viejo y reconoció que había perdido tiempo y oportunidades de formar familia y de no haber satisfecho, siquiera el deseo

de su difunta madre de que le diera nietos. Él era el hijo único de sus padres, y en tal virtud, debía saber quién le heredaría la hacienda cuando muriese. Pasaría al poder de cualquier desconocido, quien con las manos limpias, se adueñaría, de aquellos bienes que había costado tanto trabajo hacerla próspera, especialmente a su padre, ya que él la mayor parte de su vida la había pasado en Lima, disfrutando de las bondades de la hacienda y de sus padres. Entonces, se cumpliría aquella sentencia de "Nadie sabe para quien trabaja". Y eso no le gustaría, desde luego.

Después de estas disquisiciones, decidió que debía casarse, aunque tarde. Más le valía tarde que nunca, y estaba seguro que la Rosa sería buena esposa para él, a pesar de la diferencia de edades. Máxime, teniendo en cuenta lo ahorrativa y económica que parecía ser. Ella sería diferente de otras mujeres, quienes sólo por interés de su dinero habían querido casarse con él.

Don Sabino Vallestar, aunque tardíamente se casó con La ahorrativa Rosa. Viajaron a Lima a pasar la luna de miel, cuya ausencia duró cerca de mes y medio. Al regresar, el patrón reuniendo en la casa hacienda presentó oficialmente a su esposa y pidió de todos sus servidores respeto y obediencia incondicional hacia ella, y que de ella aprendieran el sentido del ahorro y economía.

~

Aquel año, las tierras fueron muy pródigas. Hubo mucho que cosechar y de vender. El patrón, dejando ahora a su flamante esposa frente a la dirección de la casa y del personal de servicio, se entregó por completo a dirigir la cosecha y los negocios durante varios meses.

Apenas lo patrona quedó sola, mandó llamar a la cocinera, y sin más preámbulo le preguntó:

- ¿Puedo confiar en Ud.?

- ¡Claro que Ud. puede confiar, patrona!

- ¡Bueno, bueno! ¡Mira! Se trata de unos huerfanitos que por mucho tiempo no han comido bien. Están en la Parroquia, y el padre me ha pedido que me hiciera cargo de ellos. ¡Están los pobres angelitos totalmente desnutridos! ¡Quiero colaborar con ellos!

- ¡Ud. mande, señora! ¡Ud. dirá lo que tengo que hacer.

- ¡Quiero que Ud. guise algo que alimente a los niños y que contribuyan a su pronta recuperación! Puede hacerlo a base de aves.

- A propósito, ¿hay aves?

- ¡Uf! ¡Hay aves, señora! Si las aves se acaban, habrá reses - concluyó solícita la cocinera.

- ¡Pero, de ésto nadie debe saber! ¡Me promete guardar el secreto! Pues, Ud. sabrá que las enseñanzas dicen que la mano derecha no debe saber lo que haga lo otra, sentenció. Me lo guisas y me lo traes acá y yo me encargaré de que el potaje llegue a su destino.

Desde entonces, la cocinera fiel a las instrucciones de la patrona, luego de preparar el platillo lo llevaba a su recámara a la misma hora, y todos los días. Poco después, un servidor salía a caballo llevando algunos productos a la parroquia.

La cocinera, hacía avisar a la patrona, cuando el almuerzo estaba listo. De vez en cuando iba para complacerla, probando algunas cucharadas de la comida, y otras veces, ni siquiera iba al comedor, o pedía que le llevaran su porción a su cuarto.

Los días transcurrieron. Una mañana la cocinera tocó la puerta de la habitación de la patrona, para decirle:

- Señora, vengo a hacer de su conocimiento que ya no quedan pollos para seguir guisando. Quedan algunos pavos y patos, Ud. dirá si sigo preparando a base de estas aves.

- ¡Desde luego, dijo! -Compromiso es compromiso. Hay que cumplirlo.

Tiempo después, lo cocinera volvió para notificar a la patrona:

- Disculpe Ud., señora. Resulta que ya no quedan ni patos ni pavos. Los pavos los he estado preparando en dos y hasta tres partes. Solo quedan pichones. ¿Quiere que guise pichones?

- ¡Claro que no! ¡No me gustan pichones...! ... ¡Es decir, para los niños...! Pero yo no puedo creer que las aves se hayan acabado...

La patrona fue a la granja, seguida de la cocinera a constatar personalmente, encontrando, solo multitud de polluelos. Al recorrer rápidamente la granja se dio con una jaula, que en cuyo interior, estaba un gallo de apariencia extraña: tenía el plumaje brillante, de un color que tiraba a azul, y en el fondo se veían plumas amarillas, con pintas rojas. Tenía la cabeza aplanada, una parada garbosa, una mirada profunda y desafiante.

- Y... ¿éste? ¿Qué corona tiene? -dijo con tono de impaciencia.

- En efecto, patrona, tiene corona. ¡Es el campeón de la hacienda! -respondió con entusiasmo.

- Gua, ¡qué va! ¡Cómo va a ser campeón este gallo tan feo...

- Sí, señora. Este gallo no es de comer. Es de pelea. El patrón tenía varios de éstos que los ha vendido. Dice que cuestan

mucha plata, A éste lo he dejado aquí porque es el campeón. Va a ver Ud. señora. Ahora que el 28 de Julio se acerca, éste va a pelear contra los representantes de otras haciendas.

- Bueno, bueno, puede ser lo que tú digas, pero hay urgencia de que se atienda mi compromiso, Dime, ... ¿cuál obra es más importante, la mía que consiste en atender a unos angelitos, o la del patrón que consiste en realidad, en una diversión?

- ¡Ay, no señora, si le pasa algo al gallo, el patrón se muere! ¡Yo sé lo que le digo! Yo trabajo muchos años en esta hacienda y conozco al patrón...

- ¿Es necesario discutir tanto por un ridículo gallo? - Además, te lo digo que, nadie que tenga los sesos en su lugar, va a morirse por un gallo- respondió la patrona.

- Señora, yo solamente le digo. Ud. es la patrona, Ud. manda. Yo no le puedo discutir, pero...

- ¡Ya, ya, ya! ¡Llama al muchacho, que mate y a la hora indicada, me traes lo que hayas preparado...!

El mozo de servicios, con mucha pena, lo mató y quitando las plumas cuidadosamente, por tratarse del campeón de la hacienda, las guardó en una cajita.

Unos días más tarde, llegó el preparador, preguntando por el gallo. No encontrándolo, se regresó a su casa. El patrón había estado de viaje. Había llevado granos a la ciudad vecina a venderlos.

Al regresar del viaje, el patrón quería saber si el preparador había empezado con el entrenamiento del campeón. Hizo llamar al hombre. Él le dijo que no lo había encontrado, y pensando que el patrón sabía dónde estaba, no se había preocupado por indagar...

El patrón le pidió que regresara a la hacienda y preguntara por el campeón a los servidores. -Lo deben haber cambiado de lugar. Porque como es el campeón, mi gente lo adora- le dijo.

El preparador volvió a la hacienda, y justamente acertó a hablar con el mozo que lo había matado. Acongojado por la muerte del campeón le mostró sólo las plumitas...

El preparador regresó al patrón y le dio la noticia. Aquél, no pudiendo dar crédito a la información que le habían llevado, cogiendo el caballo más rápido fue a la hacienda, más directamente a la granja, que la encontró literalmente diezmada. No quedaban pavos, ni patos, ni pollos adultos, sino los más pequeños y tiernos.

- ¡Qué pasó...!

- ¡Qué pasó de qué, patrón! ¿Acaso no sabía Ud. que desde que llegó la patrona, todos los días hemos venido matando aves? Por supuesto, ...para dar de comer a sus protegidos...

- ¡Qué! ¿Cómo? pro...protegidos... ¿has dicho? Y... ¿por qué no me informaron de lo que ha estado ocurriendo con lo granja? -decía indignado.

A trancos avanza hacia el galpón, y ahí encuentra vacía la jaula del campeón, y aplicándole un puntapié al objeto, pálido de susto y cólera, pregunta:

- ¡Y... mi gallo! ¿Dónde está mi campeón?

El mozo le muestra la cajita con las plumas dentro.

- ¡Ay, mi gallo... mi gallo... mi gallo... mi campeón, no puedo creer, no puedo creer...! -tomándose la cabeza entre las dos manos, se reclina desesperado contra la pared, como fuera de sí, balbucea:

- ¡Embustera! ¡Canalla! ¡Miserable! ¡Falsa...! -se le doblan

las rodillas, y se le clavan en al piso, y en esa posición seguía diciendo:

- ¡Arruinada mi granja, que me costó tanto sacrificio...! ¡Y... hasta el gallo... hasta el gallo... hasta el... ga... lloooo! -cayó.



¡JERINGA!

¡JERINGA! ¡JERINGA!

Se encontraba don Pancho, sentado en un viejo sillón de madera en el patio de su casa, dormitando por la mala noche, que por desarreglos estomacales, su pequeño hijo le había ocasionado.

Pasando doña Santa, su comadre, por la puerta, viéndolo en esa pose, le pasó la voz. A don Pancho le cuesta abrir los ojos, y con pocas ganas de hablar, y mascullando las palabras le contesta el saludo. Esta actitud llama la atención de doña Santa, conociendo a su compadre, que en situaciones normales, es muy di-charachero y conversador...

- ¿Qué le pasa a uté compare, que etá con cara de pocos amigos? -se permitió decirle.

Después de restregarse los ojos y de darse unas palmadas en los cachetes, como para despabilarse bien, encogiendo las dos piernas que las tenía extendidas, y levantando perezosamente la cabeza que la tenía reclinada, contra el respaldar del sillón, respondió:

- ¡Ay comare! ¡Uté me dijculpa! E sólo sueño... solo sueño, comarita -y volvió a echar la cabeza atrás.

- ¿Por qué compare? ¿Acaso alguien de la familia etá enfermo?

- ¡No comarita! ¡Claro que no! Lo que pasa e que el conde-nao de su ahijao, se quejó de la bariga toa la noche y no pudimo pegá la pestaña...

- Pero... ¿qué ha pasao con el muchachito? ¿No será que etá empachao? Po' que lo chico compare, más de etómago se enfer-

man que de cualquier otra cosa... -¿Dónde está ahora...?

-Por ahí ha de andar el condenado, comare...

-Ah, entonces, no es grave, comare...

-No, comare. ¡Qué va...! -menea la cabeza y deja que sus negros ojazos, den vueltas al derredor, entonces, llama:

- ¡Panchito, Panchito...! ¡Ven! -Panchito que había estado jugando en la cocina, al oír la voz de su padre sacando la crespita cabecita, aguitó:

- ¡Ven, hijo, ven! ¡Te llama la marina...!

Panchito, ojoso y barrigón, vistiendo camiseta listada y manga corta, que caía sobre sus pantaloncitos también cortos, y calzaba unas zapatillas raídas y desabrochadas, cruzando lentamente el patio de tierra se le acerca a su madrina. Esta tomándole del bracito lo echa contra su abultado vientre y le colma de caricias.

- ¡Qué tiene mi lindo nene! ¿Qué te ha pasado, mi hijito...? -le pregunta.

Sin decir palabra, con el labio inferior suelto, sus ojos hundidos, y el semblante visiblemente desmejorado, la mira, y solo atina a indicar con el dedo, su abultada barriguita. La madrina coloca la palma de su mano en la frente...luego, en la barriga.

- Sí, me parece que es la barriguita, comare. Me parece que tiene calentura. Toque usted la frentecita... Hay que cuidarlo mucho a lo chico, principalmente a esta edad. ¿Qué habrá comido? Seguramente que algo pesado...

- Sí, comarita. Creo que usted tiene razón. Estos condenados, por mucho que se les cuida, resultan enfermándose. Apenas uno lo deja, ¡juácaten! cualquier cosa que les cae pesado, se engullen.

El chico, sentado en uno de los rollizos y morenos muslos de la madrina se limita a mirarlos. La madrina oliéndole el aliento, insiste:

- ¡Sí! Sí, compare. E empacho. Su alientito etá pesao como lo puede uté comprobá. Huela uté. Don Pancho que hace esfuerzos para mantener sus ojos abiertos, mira a su comadre, como si ella nada hubiera dicho,

- ¿Ha tenido diarrea? ¿Vómito?

- ¡No, comarita! ¡Ná de éso! Pero puede sé empacho tal como dice uté...

Haciendo esfuerzo por mantenerse despierto, volviendo a levantar su cabeza del respaldar de la silla, dice:

- ¡Ay, comare, si le cuento lo que ha ocurrió con este condena, tal vé no me crea...! Resulta que, como sabe, su comare hace frijón colao pa' negocio, como a éto condenaos le gusta el dulce, apena se decuidó su comare, un pote entero se lo había despachao, ella ni cuenta se hubiera dao, sino e por contá al entregá a su cliente...

- Ah, entonces, éso e, compare. Ahora... ¿qué piensa hace?

- No lo sé aún, comare... -menea la cabeza, y nuevamente deja girar sus ojazos. Luego, dice -Quizá sería bueno que le lleve a la ciudad, a hacelo ve por el dotó. ¿Qué me aconseja uté, comarita?

- Pero compare, si sólo e empacho. Eso se cura uno mimo. E muy fácil. Yo con mis hijos, no he gastao un solo centavo, haciéndole ve por el dotó.

- Es que yo no se curá esa cosa, comare. Dijculpe, uté, pero nosotros como uno inútil...

- ¿Tendrá uté por casualidad una jeringa?

- ¡Je...je...je... ¿qué, dice uté...? -se sonríe y se rasca la cabeza.

- ¡Jeringa, compare. Digo jeringa...

- ¡Je...je...jeringa!

- ¿Sabe uté qué es...?

- No, comare... ¿no le digo que como uno inútil?

- Bueno, no tanto, compare, jeringa e pa pone enema

- ¡Ah, claro, jeringa pa' pone enema...!

- Pero no creo que la tengamo, comare. Sin embargo, déjeme preguntá a mi mujé -con dificultad se pone de pie y asegurándose de que sus pies estén en los zapatos, arrastrando los tacones, va renqueando hacia la cocina. Unos momentos después, vuelve, y dice:

- Su comare dis que no tenemos ninguna jeringa. Con la parsimonia que le es característico, vuelve al sillón, y después de ensayar, se sienta,

- Pero éso se preta, compare. Alguna vecina ha de tené. Se preta, se usa y se devuelve.

- Claro, comare, claro. ¡Ay qué cabeza la mía! -se da un palmazo en la frente. Nuevamente se levanta y vuelve a la cocina a preguntar a su mujer, si sabe quién tenga una jeringa. Regresa y dice:

- Bueno, su comare no sabe quién pueda tené éso que dice uté que sirve pa' pone enema...

- ¡Jeringa... jeringa...!

- ¡Ah éso mimo...! Pero ella cree que pueda tené su comare Blanca...

- ¡Aaaajá...! ¡La comare Blanca, la que vive allende el bos-

que...!

- ¡Ah, ella mima...!

- Entonce, mande uté a que le preten. Yo mima se la voy a poné y de paso a mi comare le enseño... pa' que ella mima cure a lo chico...

- ¡Qué bueno, comarita...! ¡Qué bueno...! ¡Mucha gracia...! Ahora, onde etará el condena del muchacho. -Después de buscarlo con la mirada, al verlo jugando llama a su hijo mayor, llama:

- ¡Oyeme muchacho ven! -el chico de unos nueve años va corriendo adonde estaba su padre...

- ¡Oyeme bien, muchacho! Irás onde la comare Blanca y le pides prestao una... una... ¿una qué, comare...?

- ¡Jeringa... jeringa, pa' poné enema...!

- ¡Ah, éso... a ve repítelo...!

- ¡Jeringa, jeringa, jeringa...!

- Muy bien, muchacho. Cuidao con olvidá. No te demore. A la comare le dices que tu hermanito etá enfermo y que appena se desocupe se la retornaremo... ¿entendite?

- ¡Sí, apá...! Pero... ¿qué tiene mi hermanito...?

- Tiene empacho, anda muchacho, no pregunto má... ¡Cuidado con olvidá! ¿Qué vas a pedí...?

- Jeringa, jeringa, jeringa... -Va repitiendo para no olvidar. Cruza la población. No saluda y le habla a nadie. Llega al bosque, donde hay huertos, y en él árboles frutales. -Jeringa, jerin...ga, je... je...!

- ¡Ay qué rico duranos! ¿Mangos...! ¡Higos...! -la boca se le llena da saliva. Coge uno piedra y lo arroja. Cayó un durazno. Se

lo mete en la boca. Trepa la tapia y otea, - ¡qué bestial, qué higos...! -jala una rama y los acerca... ¡qué ricos...! ¡Qué maduritos los higos con sus gotitas de miel transparente...! -jala la rama para acercarlos más, en eso la rama se quiebra produciendo un chasquido. El perro hortelano ladra. Una voz masculina: - ¿quién está ahí, dice. El muchacho asustado se descuelga de la pared y pone los pies en polvorosa... y llegando ya a la casa de la comare Blanca, se acuerda del mandado.

- ¡Ay, caray, a qué he veniu! - ¿qué tenía que pedí de lo madrina Blanca...? -se da de coscorriones, se rasca lo cabeza, se jala los pelos... ¡Nada! Y en esta actitud, como autómata regresa al lugar... Ahí estaba el hombre de la voz...

- ¡Aquí no má lo perdí, aquí no má lo he de hallá...! Da vueltas alrededor del hombre que desconcertado lo mira. El muchacho sigue musitando ¡Aquí nomá lo...!

- ¡Qué lo perdí... ni qué jeringa, no vengas o fastidiar...! ¡Tú eres el pillo que...!

- ¡Eso mimo e señó, muchas gracias, señó! ¡Eso nomá lo había perdido! ¡Aquí nomá lo había perdido...!

¡...Jeringa...jeringa...jeringa...! -se alejó...



EL CONDENADO CRISPI

Aquel atardecer, las acémilas, cargadas de oro, sedientas y jadeantes, entraron alborotadamente en Soqollo, un pueblo pacífico, situado entre el cerro "Supo" y el río Mantaro.

A pesar de sus pesadas cargas y la gran distancia recorrida, desde la aurífera mina "La Viudita", no parecían cansadas. Deteniéndose en la plazuela, unas relincharon, y otras husmearon buscando al parecer, agua y algo de comer.

El arriero Justo Qallu, ayudado por su hijo Espíritu las azuzaron, para que continuasen su marcha al Depósito que quedaba a la orilla del río, a unas cuadras del radio urbano.

Las bestias enfilan a través del pueblo. Los hombres notando a una de ellas con la carga ladeada y por caerse, la detienen, y levantando el saco en vilo, lo enderezan y lo vuelven a fijar en el lomo. Aprovechando del momentáneo descuido, se desperdigan. Dos de ellas, saliéndose de la acostumbrada ruta, vanse hacia el río, y doblando hacia la derecha, desaparecen de la vista, y al pie de unos árboles al borde del río, se detienen a ramonear.

Crispi Yanapa, conocía a los burros y el contenido de su carga, y no era la primera vez que éstos andaban sueltos. En otras ocasiones habían estado por esos lugares y había planeado mil maneras de apropiarse de un saquito de oro, sin ser descubierto, lo cual era demasiado difícil en un pueblo chico donde todos se conocen con todos. Al ver a los animales frente a su casa, sigilosamente se les acerca, y soltando las amarras echa los sacos al canto del turbulento río, que a dos o tres metros abajo bravamente se contorsionaba. Después de mirar para todas partes, taimadamente retornó a su casa a refugiarse. Los jumentos avanzaron por la estrecha callejuela, donde fueron encontrados por

Espíritu que había ido a buscarlos.

Justo que llevaba tiempo en esta actividad, pensando que se trataba de una broma, recorrió toda la población haciendo averiguaciones sin resultado alguno. El español Leónidas Castro, al ser informado, le dio un plazo perentorio para que hiciera entrega de los dos sacos de oro, misteriosamente desaparecidos.

Transcurrido el plazo, el caso fue puesto a consideración de las autoridades de la población, quienes hicieron buscar casa por casa y al no poder resolver lo elevaron a las autoridades provinciales.

~

Unos años más tarde, Justo Qallu, infestado de piojos y atacado de tuberculosis pulmonar, abandonado y olvidado de sus familiares, en una celda de la Cárcel Departamental de Huancavelica languidecía, acusado de robo de dos sacos de oro puro.

En Soqollo, Crispi Yanapa continuaba con su locura de riqueza, esperando el momento oportuno de poder reflotar los sacos del metal precioso. Solía caminar por entre los árboles, bordeando el río, para complacerse mirando dibujadas las siluetas de los sacos, que solo él podía distinguirlas a través de las aguas, especialmente cuando el caudal bajaba.

¡Cuántas noches, aprovechando la luz de la luna llena, mientras su esposa y sus hijos dormían, subrepticamente había bajado al río para acariciar y tratar de encontrar la manera de extraerlos del río, sin que nadie se diera cuenta! Y cada vez se convencía más que, sin la ayuda de otra persona le iba a ser menos que imposible salir con la suya. Y su problema mayor consistía en encontrar a esa persona para confiarle el secreto.

La última vez que bajó comprobó que el yute se había podrido completamente, y quedaban dos bloques moldeados por los sacos pegados en la ciénaga del fondo del río. El viento frío le azotó inmisericordemente, el agua helada le ortigaba la piel, y el ladrido insistente del perro del vecino le hizo rendirse y abandonar por enésima vez el precioso botín.

~

Atacado por un extraño mal, Crispi cayó enfermo. La totalidad de su piel, negrecíase paulatinamente. Sus familiares y vecinos, fieles a las costumbres, recurrieron a los curanderos más connotados de Soqollo y de las comarcas vecinas. Lo envolvían como a una momia en pétalos de flores silvestres de la región; le cubrían con barro blanco en la creencia de que actuaría contra el negreamiento; le pasaban cuyes vivos, batracios, insectos, huevos y otras cosas envueltas en trapos, por el cuerpo. Pero a pesar de todo lo que le hacían, lamentablemente, su piel fue cobrando el aspecto de la cáscara seca del plátano.

Crispi, desahuciado por los facultativos vernáculos, poco a poco se fue muriendo. Las generosas vecinas que iban a acompañar a la casi viuda esposa le contaban de casos similares que en otros tiempos u en otros lugares habían sucedido.

Crispi agonizaba sin poder morir. Le decían que en estos casos había que buscar y descubrir algún 'guardadito' que el aspirante a difunto pudiese tener oculto. Le contaron el caso de un hombre que no había podido morir, y al buscar en su casa encontraron el hierro de la chakitaklla, envuelto en una prenda de vestir, metido debajo del tejado. Apenas la descubrieron, el hombre había exhalado el último suspiro. Y el caso de una moribunda que tomando una medalla de oro de una Virgen, la había enterrado, y

cuando tuvo dificultad para morir el esposo logró que susurrara y dijese donde se encontraba el "guardadito", y al descubrirlo y devuelta la medalla a su virtual dueña, de inmediato pasó a la otra vida.

Llevándose de esos consejos, la esposa del moribundo con la ayuda de sus familiares y amigos peinó toda la propiedad de Crispi, sin lograr encontrar ningún posible "guardadito".

Crispi Yanapa, cual rescoldo abandonado al aire libre, lentamente se extinguió. Al tercer día lo enterraron, y el quinto día, a la usanza del pueblo, realizaron el tradicional "lavatorio", en que la viuda con la cooperación de sus comadres y vecinas limpió en el río las pertenencias, y en especial, la ropa del difunto, y esa misma noche la velaron.

~

Era una noche de invierno, sombría y silenciosa. Tras los cerros, menudeaban los fucilazos en el cielo fosforescente, fogonazos de fotógrafo. El pueblo dormía, cuando una voz humanoide, gangosa y deforme, como si escapase por el perforado del cráneo, se oye muy distante. ¡La voz se acerca paso a paso! ¡Sus clamores se van haciendo más audibles y repercuten en los collados! Los perros aúllan. Aquella extraña voz va bajando por las faldas del cerro Supo hacia el centro del pueblo. Los gritos se repiten cada cierto rato. La población desconcertada y asustada despierta, y reteniendo el resuello esperan que los gritos se repitan, y cada vez se oyen más cerca. ¡Hasta que llegó y atraviesa el centro! ¡Los perros ululan de terror! No se entiende fácilmente lo que dice la voz, y al llegar el río, calla.

Minutos más tarde, como si hubiese demorado en cruzarlo,

resurge la voz al otro lado del río, subiendo cuesta arriba, por las faldas del cerro de enfrente. Poco a poco la voz se fue perdiendo, por fin al tramontar la montaña, calló definitivamente.

Los pobladores asustados aún hacen comentarios. Los perros empiezan a callar. ¡Vuelve el silencio! El río aumenta el volumen de su rugido con el resonar de las peñas que lo rodean. Las estrellas parpadean, inquietos ojitos de multitud de vivarachas muchachitas, a través del azul tñ del nocturnal cielo.

Al día siguiente, el tema de la conversación eran los extraños gritos que habían pasado por el pueblo. Unos decían, que cuando la voz pasaba por su casa, logrando aguaitar vio que era un condenado. Que era hombre. Que era negro. Otros decían que clarito habían oído hasta el chasquido de sus ojotas.

- ¡Quien se habrá condenado! -decían.

- ¿Oíste lo que decía en sus gritos? -preguntaban.

- ¡A mí me pareció que decía "Crispi"! -respondían.

- ¡Por qué se habrá condenado...! -volvían a cuestionar.

- ¡Esta noche, si vuelve -decían envalentonados- voy a verlo bien y voy a estar atento al nombre que diga, aseguran... que los condenados siempre dicen sus nombres!

Entretanto, quienes habían sentido mucho miedo no deseaban que el día se acabase, para no volver a oír en la noche, la voz del condenado.

La noche siguiente, la gente temerosa de que al condenado se le ocurriese entrar en su casa había tomado ciertas medidas por precaución. Unos habían colocado una cruz en la entrada. Otros, rociado con agua bendita, otros, colocado espinas; y otros, simplemente un recipiente con agua.

El condenado pasó de nuevo y los comentarios del día pos-

terior, decían:

- ¡Era verdad! ¡El condenado dijo "Crispi", y a veces, "Crispi Yanapa"!

Sin embargo, algunos tenían todavía sus dudas de que el condenado fuese Yanapa, pues en la opinión de muchos él había sido un hombre tranquilo y buen vecino. Pero, las noches siguientes pudieron escuchar mejor y todos estuvieron, entonces, de acuerdo, que el condenado era Yanapa.

Los vecinos volvieron con sus sugerencias de que la esposa hiciese todo lo que estuviere a su alcance por encontrar el "guardadito", que de todas maneras debía de tener en algún sitio. La viuda hizo cuanto le pedían infructuosamente.

Los estremecedores gritos del condenado frecuentaron todas las noches sin luna. Cuando ésta cambió de fase, cesaron; y cuando la noche volvía a hacerse tenebrosa, los gritos reaparecían.

Entretanto, las malas lenguas comentaban muchas cosas, y éstas servían para segregar a la familia de Yanapa. Alguien contó que, la noche del velorio todos los velantes se habían quedado dormidos, y él fue el primero en abrir los ojos, en el instante de hacerlo, vio que el cadáver de Yanapa desaparecía por el techo ayudado por unas manos velludas y feas, presumiblemente, del demonio. El ataúd estaba vacío. Despertó a la esposa y ésta para no tener que dar explicaciones, lo llenó de piedras y otros objetos para dar la apariencia del peso de Yanapa y lo cerró con clavos. De ésto nadie supo con excepción de él y la viuda. Que si no se hubiese condenado, lo hubiera mantenido en secreto.

La viuda, por estos y otros comentarios visitó la tumba de su difunto, y le pareció que todo estaba en orden y no comprendía porqué la gente hablaba cosas acerca de Crispi Yanapa. Ella creía haber conocido bien a Crispi, él no había robado nada... a

ella no le constaba... que alguna vez lo hubiera hecho.

~

Celebrábase el Día de San Ramón, patrono del pueblo. El tercer día de las festividades, se cerraba con una corrida de toros. Era mes de agosto. Los toros que eran conducidos hacia el improvisado coso, fuera del pueblo, por la callejuela que iba por el borde del río, uno que iba por la parte interior, al voltearse bruscamente asustado por un imprudente perro, empujó al animal que iba a su izquierda, precipitándolo al abismo, cuya caída fue amortiguada por las aguas sobre el arenal de la playa.

Los hombres bajaron con sogas y palos a rescatar al toro. Este renqueaba, pareciendo como que se había lastimado una de sus extremidades. Las aguas estaban bajas por la temporada. Echaron el lazo y lo tironean para hacer que el animal salga de las aguas. Uno de los hombres que se había metido en el agua, al hacer fuerza se resbaló y para levantarse, se asió de algo como un montículo amarillento, y al volver a hacer fuerza se quedó con un trozo de metal en la mano. El hombre distinguió el oro e hizo saber del hallazgo a los demás, que dejando al toro en un lado, se ocuparon en inspeccionar el bloque, y ahí estaba el oro que hacía años, inexplicablemente se le había perdido al finado Justo Qallu! Las autoridades, al ser informadas ordenaron el rescate del tesoro, y cuando lo tuvieron, mandaron localizar al dueño, quien hacía tiempo, vendiendo la mina, se había ido de Soqollo.

Cuando se lo hubieron devuelto al propietario, el condenado Crispi nunca más apareció en Soqollo.



LA IMITACIÓN

Santusa Paqsi estaba cansada de vivir mucho tiempo en Platería, adonde había sido llevada por sus padres de la comunidad campesina de Chila Pukara a la edad de seis años. Su padre había sido favorecido con el puesto de Guardián del Centro Escolar de Varones, cuando su ex-patrón había llegado a ser Diputado.

A los nueve, a la usanza de antes, fue a la escuela donde conoció a la profesora Vilma Mauca, quien más tarde se convertiría en su consejera y amiga. La maestra llegó a apreciarla mucho, y la hacía participar en las actividades de la escuela, hasta que el último año que estuvo en dicho Centro Educativo, ganó la corona del Reinado de la Primavera.

En ese entonces, en Platería no había más que instrucción primaria. Quienes deseaban continuar sus estudios y contaban con posibilidades económicas, tenían que emigrar a Puno o a otra ciudad.

Santusa hubiera querido ser como la señorita Vilma, maestra de escuela, pero las estrecheces económicas y la poca visión que los padres de ese tiempo tenían, en cuanto al futuro de los hijos, no hicieron posible que sus sueños se vieran realizados.

Diez años habían transcurrido desde entonces, durante los cuales, Santusa los había pasado acariciando los recuerdos de su vida estudiantil, en especial aquellos que se relacionaban con su reinado, que le había atraído a varios admiradores. Entre ellos al Jorge, el hijo del jefe de la oficina de correos, que para ella había sido el muchacho ideal para casarse. Era guapo, estudioso y bueno. Este se había ido a Arequipa a seguir estudios de secundaria, luego ingresaría en la universidad para hacerse agrónomo. Otro mozo que le gustó fue el Julio, el hijo del músico del pueblo.

Este se había ido a Puno y estaba allá, estudiando. Pero si le daban a escoger de los dos, hubiera preferido al Jorge, Aunque este ingrato ni con una línea escrita se había acordado de ella.

Con mucho sacrificio se resignó a vivir en Platería. Cuandoquiera que alguien se iba, ella sufría. No veía el día que a ella también le tocara irse. A pocos años de haber terminado su primaria perdió a su madre. Le fue difícil acostumbrarse a vivir sin madre. Unos años después, su padre contrajo segundas nupcias, y en adelante tuvo que lidiar contra una madrastra autoritaria y celosa. Un día, después de una acalorada discusión con su padre, a causa de su madrastra, por primera vez fugó de Platería, yendo a refugiarse en la casa de la señorita Vilma, quien no aprobó su actitud, y la persuadió a retornar el hogar paterno, autorizándola más bien, para que la visitara las veces ella quisiera. La segunda vez fue a parar a la casa de la Isabel, su ex compañera de estudios, quien vivía en Puno. Santusa se convenció que, para una muchacha como ella, no era fácil vivir en una ciudad, máxime cuando no sabe hacer nada para ganarse la vida.

Durante esos años ella había tenido ofrecimientos de matrimonio de parte de modestos copoblanos. Pero no aceptó, porque tenía esperanzas de casarse con un hombre que la sacara de la pobreza y de Platería. Ese hombre sería el Jorge, que había prometido regresar a Puno, cuando se hiciese agrónomo. La Isabel que no era mejor que ella, se había casado con un hombre que tenía mucho dinero, aunque no sabía qué ocupación tenía, sabía que se iba de viaje con frecuencia a Arequipa. Con estas y otras disquisiciones, uno de esos días cumplió sus 27 años. En el calendario de sus planes y esperanzas, este año debía ser el decisivo.

El Jorge, según noticias que le llegaban ya había terminado su carrera y ya debía llegar. Le habían dicho que una oficina de Agricultura se abría en Puno, y que el Jorge vendría como el jefe.

Unos meses más tarde, le dijeron que el Jorge ya estaba en Puno, Ella se interesó en verlo. Pretextando ir por una u otra razón frecuentó a la ciudad. En una de esas visitas, un día se encontraron en la plaza de Armas frente a frente. Los dos estuvieron contentos de encontrarse después de casi once años. Jorge la invitó a almorzar en un restaurante. Conversaron animosamente de todo, menos de lo que a Santusa le interesaba: el matrimonio. Cuando ella insinuaba, él evadía. Estos encuentros se repitieron varias veces.

Estalló una epidemia de Aftosa en la región que empezó a diezmar la ganadería. Agricultura organizó una campaña de vacunación. El personal calificado quedó chico para la gran demanda. Tuvieron que establecer centros de entrenamiento en diferentes lugares, entre ellos en Platería bajo la coordinación de un médico veterinario venido de Arequipa, quien al instalarse en el pueblo por una temporada, conoció a mucha gente pueblerina. Santusa no perdió el tiempo en averiguar sobre el estado civil de Jorge.

- Justamente, ayer llegó su esposa con sus dos hijitos -le dijo- se conocieron estando todavía estudiando en la universidad...

La noticia le cayó a Santusa como un baldazo de agua fría. Con mucha desilusión vio derrumbarse sus esperanzas, aunque al principio, se resistía a dar crédito a la información salida de boca del veterinario. Pues, hacía poco que había conversado con él y nada le hacía sospechar que fuese casado.

Queriendo indagar por sí misma, nuevamente frecuentó a Puno. En efecto, uno de esos días vio de lejos a Jorge en compañía de una mujer con las características descritas por el veterinario. No lo quedó duda que el Jorge era casado y padre de dos niños.

Al regresar a su casa pensó que ya nada tenía que esperar. Como nunca le pesó haber perdido el tiempo soñando con el Jor-

ge, ya que por hacerlo, había tenido que despreciar la proposición de matrimonio de otros pretendientes. El Julio que hoy trabajaba en el Municipio andaba resentido con ella.

~

Un domingo por la mañana, las campanas del vetusto templo llamaban insistentemente a misa. El sol brillaba fríamente en el cielo invernal, doblando sus pálidos rayos en los techos de zinc de la población. Multitud de curiosos, apostados a la puerta de la pequeña iglesia, ansiosa esperaba la terminación de la ceremonia.

El cura que había celebrado la misa fue el primero en salir, y con maletín en mano abordó un pequeño camión que a la puerta esperaba y salió hacia llave, a celebrar otra misa.

Los novios con vestimenta típica de la región, un tanto recelosos traspusieron el umbral de la iglesia hacia la calle, donde unas cuantas personas los abrazaron uno por uno. Ella vestía una falda amplia de felpo con una cinta de seda brillante al borde, una blusa de amplio faldón cuyos bobos descansaban sobre la elegante pollera, y a la espalda, una pañoleta de estambre, abrochada al cuello. Un sombrero de falda escasa cubría la cabeza, y los pies calzaban brillosos zapatos de charol. Sus negros ojos brillaban con un dejo de tristeza y descontento. En cambio, él parecía sonreír de satisfacción. Era alto, delgado y trigüeño.

La fiesta duró todo el día. Los vecinos bailaron al son de una banda de músicos, dirigida por el padre del Julio. La gente comentaba que la Aftosa había traído matrimonio a Santusa. Resulta que cuando Agricultura invitó a la gente que voluntariamente quería capacitarse para lo campaña de vacunación antiaf-

tosa, Paulino al igual que muchos otros se había presentado, y unas semanas después, salía al campo a vacunar a las reses. La gente le decía "Doctor".

Cuando la tarde empezó a caer rendida, la pareja saliendo a la carretera esperó movilidad, y haciendo parar un camión que iba hacia Ilave, subió y partió. Unos días después terminaba la campaña de vacunación. Pero como el mal persistía, Agricultura decidió ampliar la campaña en otros seis meses más. Paulino tuvo un semestre más de trabajo.

~

Durante los seis meses más que duró la campaña de vacunación, Santusa vivió en Ilave en la casa de sus suegros. Al término del semestre Paulino se vio desocupado. Buscó alguna ocupación en su tierra, pero no tuvo suerte. Para Santusa su matrimonio fue una decepción. Pues, ella al aceptar a Paulino para casarse, pensó que él era "doctor de animales", como aquel veterinario que conocía al Jorge. Pero ahora que había perdido su trabajo, nadie le decía doctor. Y en Ilave todos lo conocían como ayudante de chofer de camión. Desde su temprana edad había trabajado en esa actividad viajando en los camiones que iban de Puno a Desaguadero y viceversa. Muchas veces había estado en Platería cuando el vehículo paraba a recoger carga. Santusa no recordaba haberlo visto antes.

Ambos decidieron trasladar su residencia a Puno, donde les pareció que era más fácil conseguir trabajo para él. La única ocupación que pudo encontrar fue de carretillero, gracias a que Santusa se conocía con el presidente de la Asociación de Carretilleros. Como él no poseía un vehículo tuvo que compartir las ganancias con el propietario de uno. Pero así y todo pudo llevar

algunos centavos para el sostenimiento de su hogar.

Santusa sufría el chasco de haberse casado con un carretero. Cuando le llamaban "doctor", por lo menos sentía orgullo por él. Hasta algunas amigas suyas habían sentido envidia. Mientras Paulino dormía profundamente por el cansancio de la recargada labor del día, ella en la soledad de su alma analizaba las cosas que ocurrían en su vida y se lamentaba, a veces, hasta las lágrimas. Una de esas noches en la mente le nació una brillante idea. Los ojos se le iluminaron de contento. El rostro se le puso radiante y el corazón le latió más animosamente, y esa noche durmió mejor.

Al día siguiente, apenas la oficina de Agricultura se abría, una mujer solicitaba ver al jefe. Era Santusa que quería pedir trabajo al Jorge para el Paulino.

- ¡No importa, de cualquier cosa! -dijo Santusa.

- ¡Por ser Puno, una región agrícola y ganadera, esta oficina ofrece mucho porvenir...! -respondió Jorge- Habrá mucho trabajo en el futuro.

Paulino hacía de mandadero, hasta que se creara un puesto permanente para él. Al cabo de algunos años, le dieron un cargo de ayudante de técnicos y agrónomos con quienes iba al campo. Su docilidad y buen carácter le había ganado fácilmente el aprecio de sus jefes. Santusa se sentía mejor. A las personas que preguntaban por él, respondía que trabajaba en Agricultura, sin mayores detalles.

~

Santusa aparentemente ya resignada a su nueva vida, es-

tando de compras en el mercado de Laykakota, se encontró con su amiga, la Isabel; quien le dijo que por qué no participaba en las actividades que estaba realizando el Centro Cultural de Platería en Puno. Que tenía reuniones todos los domingos, y que como la fiesta del Año Nuevo estaba cerca, el Centro Cultural estaba organizando un Baile Social para sacar fondos y hacer obras para Platería; ella era miembro de la comisión organizadora por tal les invitaba y esperaba verlos en la fiesta.

Santusa transmitió la invitación a su esposo, y entre los dos conversaron acerca de la posibilidad de asistir a la fiesta y llegaron a la conclusión de que no podían hacerlo por falta de dinero. Pues, tendrían que comprar ropa para los dos y no estaban en condiciones de competir con la flor y la nata de la sociedad plateyense que seguramente asistiría.

No habían vuelto a hablar del asunto. Un mediodía cuando Paulino llegó a almorzar, Santusa no estaba. Estaba él, a punto de salir a buscarla, cuando toda desalentada y la tristeza evidentemente dibujada en su rostro llegó y sin dirigirle palabra a Paulino, se puso a terminar el almuerzo que lo había dejado a medio hacer.

Paulino se echó de espaldas en su cama y trató de hacerla hablar. Ella contestó con monosílabos, hasta que rompió a llorar y cubriéndose el rostro con el canto de su delantal, sentándose en el borde del camastro lloró con amargura. Paulino trató de calmarle preguntándole la razón de su llanto. Ella le rechazó y siguió llorando.

Se calmó sola y fue a servir el almuerzo. Paulino después de comer en silencio regresó al trabajo. En la tarde, la encontró más serena. Aprovechando de su estado de ánimo le preguntó la razón de sus penas. Ella volvió a ponerse triste. Se le humedecieron los ojos. Volvió a cubrirse el rostro con el delantal y se puso a sollozar. Paulino la miraba silencioso.

- ¡Estoy harta de esta miseria...! -murmuró. ¡Tantos años de pobreza me tiene traumada! ¡Pobreza en Platería al lado de mis padres...! ¡Pobreza... aquí...! ¡Colmo de pobreza que... no pueda ir ni a una fiesta...!

- Pero, Santusa, de eso ya habíamos hablado. Pensé que habíamos llegado a un acuerdo. No creí que tuvieras interés en ir a esa fiesta...

- ¡Claro...cómo voy a pensar en ir a la fiesta, cuando estoy como la mariposa con mi ropita que se me hace polvillo encima...!

- ¡Pero todavía no es tarde, mi querida Santusa! ¡Cálmate y hablemos! No parece que el problema sea tan grave. Toda la gente tiene problemas, pero para cada problema hay una solución. Tú sabes que tenemos algún dinerito guardado para que algún día nos compremos, tal vez, un pedacito de terreno para hacernos siquiera un miserable cuartito como éste. Habrá, pues, el equivalente de unos cinco salarios. Pero gástalos. Compra lo que alcance.

- Pero... tendría que... que comprar ... to...todo... tartamudeó, al tiempo que se serenaba.

- ¡Qué importa...! ¡Ya que vas a gastar ese dinerito... compra todo...!

- Las telas están caras. La hechura... está cara. Todo está caro... los zapatos, la ropa interior... todo... y para ti... tú tampoco tienes un traje para como una fiesta.

- Por mí no te preocupes... yo ya veré cómo me las arreglo... con tal que tú estés contenta... para mí no importa...

Santusa sonó las narices. Se enjugó bien las lágrimas y doblando el borde del delantal echó el vaho de su aliento y aplicó uno por uno a sus ojos. Después de un prolongado silencio, añadió:

- Esa platita alcanzará, pues, para comprarme la ropa interior, los zapatos, las medias, el vestido y una chompita... pero... tú sabes que encima hay que ponerse algo más...

- ¡Mira, Santusa, ya lo tengo resuelto!

- ¡Qué...!

- Con ese dinerillo compra todo lo que puedas... y ve lo que te falte. Si, por decir te faltan zapatos, puedes ir donde el chino, mi paisano y pedirlos al fiado. Le pagamos a fin de mes. También puedes pedir medias... El otro día nomás me estuvo ofreciendo...

Esa noche Santusa estuvo contenta. Hubo reconciliación. A la mañana siguiente, estuvo animosa y hasta tarareó una canción de su pueblo,

Al mediodía, la encontró otra vez desanimada y nerviosa. Paulino para animarla le dijo:

- Ahora estuve donde el chino y dice que tiene zapatos como para ti. Todo lo que tienes que hacer es pasar por su tienda y escoger el modelo que te guste...

Llenando los pulmones de aire con esfuerzo, ella respondió:

- Casi está todo. Inclusive una chompita. Pero me faltaría, tal vez lo más caro... el abrigo. Tú sabes que de noche hace frío y las mujeres usan abrigo... no voy a ir con vestido solo... y la chompita es muy delgada, es para usarla bajo el abrigo... y una joyita...

- Bueno... eso de abrigo me parece bien, pero eso de joyita, me parece que podrías reemplazarla con una flor o un pañuelo o algo...

- No seas ridículo, Paulino. ¡Cómo voy a ir a una fiesta social con flores en la cabellera o en la solapa del abrigo... se vería

muy pobre... tú sabes que mucha gente va a ir... echando chispas de elegantes...

- ¿No podrías, entonces, pedirlos prestado?... Como es solo paro una noche. Préstate el abrigo y cualquier joyita...

- ¡Ya...! -dijo saltando de su asiento como si algo le hubiese picado... -tienes razón... ¡Cómo no se me ocurrió...! Hasta el vestido pude haberlo pedido prestado.

- ¡Por qué no...! -dijo Paulino mirándola con satisfacción.

- ¡Ah, ya sé a quién voy a molestar...! -y se respondió- ¡A mi señorita Vilma, por supuesto! ¡Ella nunca me ha fallado! ¡Uf, ella ha de tener abrigos...! Aunque yo soy una ingrata. Hace tiempo que no he ido a visitarla.

- ¡Bueno, éste será un motivo...!

~

Vilma Mauca, llevándola a su dormitorio, haciéndola tomar asiento, abriendo su ropero, sacó los abrigos, y echándolos sobre la cama, le dijo:

- ¡Escoge lo que quieras...! -dejándola sola salió.

Santusa emocionada los miró de una ojeada y uno por uno empezó a probárselo. Uno era de lana de alpaca; el otro, de tela acolchada; y el tercero, de piel. Era el más elegante. Pero dudó que la profesora la dejara llevar el de piel. Cuando justo se estaba probando el abrigo de piel, la maestra reingresó en la habitación, y le puso con una mano un arete en el lóbulo de una oreja, y con la otra, un broche amarillo en la solapa del abrigo. Y mientras sostenía las dos piezas de joyería, dijo:

- ¡Pintadito te queda...!

Santusa más emocionado aún, se miró de cuerpo entero ante el espejo del ropero. ¡Qué bien le quedaban!

- ¿Me podrá prestar este abrigo, señorita...?

- ¡Conque mi visón te gusta...! -Dijo riéndose.

- ¡Ay cuánto costará uno de visón! Ha de costar una fortuna. Hasta las imitaciones cuestan mucho. Este lo compré en una excursión que hice a Arica. Lo he usado muy poco. Me quedaba justo. Cuando me casé y tuve mi bebe, quedé un poquito subida de peso, y me quedó estrechito. A mí no me gusta mucho la ropa ajustada... y estuve pensando hacerlo reparar... pero ¿tú no tienes hijo?

- ¡No, señorita...! Es que...

- ¡Bueno... ya lo tendrás, todavía eres joven...!

- ¡Claro, sí, señorita...! -respondió Santusa, casi mecánicamente, concentrada en que si la maestra le iba a prestar el abrigo de piel... ¿me lo prestará, señorita? ¡Será solo por una nochecita...! Al día siguiente nomás se lo devolveré...

- ¡Ahí los tienes...! ¡Cuídamelos...!

- ¡Señorita... muchas gracias... claro que los voy a cuidar mucho...! -diciendo la abrazó fervorosamente y la besó en ambas mejillas, y como huyendo de una posible retractación de parte de la maestra, cogiendo el abrigo, a trancos cruzó el patio empedrado y desapareció.

~

A golpe de once de las campanadas de la catedral, la fiesta arrancó. Los salones del Club Social "El Lago Titicaca" que quedaba en la Plaza de Armas, estaban llenos de gente de bote en bote. Hombres y mujeres, luciendo sus mejores galas bailaban alegremente al son de la orquesta "La Costanera" de Ica. Paulino y Santusa fueron juntos hasta una cuadra antes del Club, y como él no había podido conseguir el traje de fiesta, a ella sola la mandó, luego se fue a buscar a unos amigos que a la usanza de sus pueblos celebraban la víspera del Nuevo Año. Los amigos preguntaron a Santusa por su esposo el "Dr. Qura". Ella arguyó algunas disculpas.

Allí estaban los amigos y las amigas; el Jorge con su esposa, el Julio que no quiso bailar y se dedicó a beber. Un pretendiente, que entonces, vivía en Lima y había estado visitando a sus familiares en Puno, al enterarse de la fiesta asistió, al reencontrarla después de mucho tiempo sola, la tomó de pareja y bailó con ella toda la noche.

A eso de las cuatro de la mañana hubo un alboroto en la puerta del Club. Un hombre muy borracho quería meterse por la fuerza reclamando a su esposa. Pero como estaba en un estado de embriaguez tan avanzado, no pudo explicarse, y el portero tuvo que llamar a un guardia para que lo impidiera. Una media hora después, se repitió el alboroto. El encargado de cuidar la entrada, ingresando en el salón informó a las señoras que a la puerta un hombre en estado de ebriedad preguntaba por su esposa. Que la interesada fuera a atenderlo, de lo contrario el policía lo llevaría detenido por alterar el orden,

Santusa se acordó del Paulino, Desprendiéndose de su acompañante, echándose a la espalda una chompita de color lila que toda la noche había estado en el respaldo de una silla, a la carrera abandonó el salón. El hombre que con ella había bailado durante la fiesta, salió tras ella. Paulino, de pie con la frente re-

clinada contra la pared de la esquina tiritaba de frío y luchaba por mantenerse en pie. Cogiéndolo de un brazo lo condujo a toda prisa por la Plaza de Armas y ambos desaparecieron tras la catedral, con dirección al Barrio Wajsapata, en cuyos confines quedaba el cuarto en que vivían, jadeantes y cansados llegaron a su vivienda. Paulino cayó como muerto en su camastro. Santusa con mucho esfuerzo lo acostó. Mientras éste roncaba, ella no sentía sueño, a pesar de su cansancio provocado por las horas de baile y las emociones. Sentándose en un lado de la cama se puso en pasar revista a sus recuerdos: El baile había sido uno de los mejores de todos los bailes a los que ella había asistido en su juventud. Las notas ejecutadas por la orquesta sonaban aún en sus oídos. Si no hubiera sido por la imprudencia del Paulino, hasta esos instantes todavía hubiera estado bailando. Las palabras del Roger, cargadas de pasión, resonaban en sus oídos. Su ropa estaba impregnada del humo del tabaco. Los perfumes y los olores de las comidas, las golosinas y de los tufos estaban presentes en su olfato.

Su cuerpo fue enfriándose y rindiéndose al cansancio poco a poco, y fue cayendo tras el casi inerte cuerpo del Paulino, y jalando instintivamente la frazada sobre sí quedose seca.

Un dolorcito punzante en una oreja la despertó. Medio dormida, automáticamente se llevó la mano. Era el arete que por el peso de su cabeza estaba medio incrustado en el lóbulo. Se lo quitó. Mojando el dedo en la saliva se lo alivió. El resplandor del sol que por las rendijas del techo se metían le herían los ojos, que terminaron por despertarla completamente. Recordó el trabajo que le había costado el acostar al Paulino, quien todavía dormía. Pero no se acordaba cómo así se había acostado ella. Se pasó la mano por el cuerpo y estaba vestida tal como había ido a la fiesta. De un impulso se incorporó. Sintió pesada la cabeza. Se puso de pie preocupada porque el vestido se le hubiera ajado. Pero no

estaba. Hubiese querido verse de nuevo de cuerpo entero, pero su espejo era pequeño. Buscando su pequeño espejo se miró lo bien que le quedaban los pendientes de oro de la señorita Vilma.

Los aretes le recordaron el broche que había estado en la solapa del abrigo de piel - ¡Ah, el abrigo! Volteándose rápidamente buscó el abrigo con la mirada. No lo vio. Abrió las dos hojas de la puerta de hojalata para dejar entrar más luz. Corrió a la cama y jalando la ropa de cama buscó y rebuscó hasta descubrir el dormido cuerpo de su consorte, y desesperada empezó a llamar:

- ¡Paulino, Paulino, Paulino...! -le sacude. Hasta que despertándose con voz aguardentosa respondió:

- ¡Ah... ah! ¿Qué pasa? ¿Qué tienes...?

- ¡El abrigo, Paulino! ¡El abrigo no está... parece que no lo hemos traído del Club...!

- ¡No lo sé! ¡Yo no sé nada, tú lo llevaste puesto!

- ¡Ay, Dios Santo!, ¡y el broche de oro estaba prendido en la solapa! ¡Levántate, Paulino, y anda al Club, por si se quedó allá!

Paulino se levanta con parsimonia, bostezando de rato en rato y sacando agua de unas latas, se mojó la cabeza y luego de pasar el peine por su hirsuta cabellera y chorreándole agua por las sienas salió con dirección al Club.

Era la mañana del Año Nuevo y la ciudad dormía. Las calles estaban llenas de basura y botellas rotas, con olor a alcohol y pólvora de los cohetillos. En la noche había llovido. Había charcos de agua en ciertas partes de las calles. El cielo estaba nublado. El "Cancharani" estaba con su montera en la cabeza. -Va a seguir lloviendo- se dijo Paulino. Al cruzar la Plaza de Armas miró el reloj de la catedral que marcaba las nueve y media. Por el norte el cielo empezaba a despejarse. La puerta del Club estaba cerrada. Tocó y al-

guien que hacía limpieza la abrió, Paulino entrando en la sala inquirió por el abrigo de piel. El hombre moviendo la cabeza dijo:

- ¡Usted mismo puede constatar! Yo al venir aquí sólo encontré ese paraguas negro que alguien dejó olvidado y nadie ha venido aún desde que estoy aquí...

Paulino estirando un poco el cuello alcanzó a ver el cuarto que durante el baile había servido de ropería en cuyo piso se veía un paraguas plegado con el mango reclinado contra la pared...

- ¡Qué otra persona podría saber del abrigo...!

- Pueda que haya estado el Administrador... él generalmente está para recibir el local. Pero unas veces se queda toda la noche, otras veces, viene solo para la finalización de la fiesta... como le digo, solo a recibir el local. A estas horas ha de estar durmiendo... de una u otra manera... ¡quién no celebra el Año Nuevo!

~

Al retornar a su cuarto, Paulino encontró a su esposa que lloraba amargamente. Su sexto sentido le decía que algo había sucedido con el abrigo, que no lo iban a encontrar.

Después del mediodía ambos fueron a buscar la casa del Administrador.

- ¡No! -dijo el Administrador- cuando me entregaron el local, la ropería estaba vacía. Más bien había un paraguas... ¿han ido al Club?

- ¡Sí, yo fui en la mañana...! -dijo Paulino.

- ¡Ya ve Ud....! Cuando alguna vez se queda algo, ahí espera

a su dueño o dueña. Aquí nada se pierde -concluyó el hombre mientras se pasaba la mano por sus negros bigotes. - ¡Ah!, tal vez sepan algo los organizadores -añadió.

Ese día, aprovechando de que era feriado, ambos anduvieron de casa en casa en vano.

Al día siguiente abrieron las tiendas y buscaron los precios estimados, primero para la joyería. En la joyería "Los Rubíes" del jirón Lima, le dijeron que no podían hacérselo igual. Pero que podían procurar hacer una imitación en oro peruano, que saldría costando un poco más caro, pero que quedaría mejor. Les dio el precio. Respecto al abrigo, recogieron información de que había una persona que hacía contrabando de ellos.

- ¡No! ¡Nosotros no hacemos negocio con esa clase de artículos! Sólo vendemos material sintético -les dijeron. Terminó dándoles referencias de unos comerciantes en pieles en Arequipa.

Al otro día, Paulino buscaba consejo de parte de algunas personas en quienes tenía confianza, inventando un caso en cabeza ajena.

- ¡Uuuf!, un abrigo de visón deba estar costando una fortuna... Pero ¿han dado parte a la policía? ¡Yo que tu amigo me ponga a buen recaudo! Porque no sabes cómo va a reaccionar la dueña. Pueda que le pida garantías o lo haga guardar en la cárcel.

Paulino pretextando ayudar a un amigo, le pidió a su jefe que se iba a Arequipa a que se lo averiguara el precio del abrigo de visón.

Llevándose de algunos consejos, Paulino fue a la Comisaría a querer poner la denuncia de la desaparición del abrigo. Le dijeron que llevara la factura. El jefe de Agricultura al retornar de Arequipa le dio el precio aproximado del abrigo.

Paulino llegó preocupado y asustado a su cuarto y le dijo a Santusa que había necesidad de hablar con la dueña de los artículos, que tal vez, por la amistad que les unía podría guiarles para reponérselos o pagar por ellos.

- ¡No! -gritó frenética. -Eso no puedo hacerle a mi señorita que ha sido tan buena conmigo. ¡Esperemos un poco más! Si me hace llamar inventaré cualquier cosa.

Esa noche a la luz mortecina del lamparín, sacaron sus cuentas. Según los precios aproximados de las cosas le tomaría a Paulino unos siete u ocho años pagar por el abrigo de visón, los aretes y el broche de oro. ¡Esto es salarios íntegros! Aquella noche tomaron una decisión: irse de Puno.

Era fin de mes, Paulino recibió su último salario. No dijo nada a nadie. Como si fuera a retornar al día siguiente, se alejó del centro de su trabajo. En la noche sigilosamente desocuparon el cuarto. Algunas cositas dejaron en Platería, y otras, en llave, y antes de que amaneciera lograron internarse en territorio boliviano.

Al cabo de un mes, Vilma se encontró con la Isabel a quien le transmitió su preocupación por la actitud de Santusa. Isabel le dijo que no la había visto desde la fiesta, y que no sabía dónde vivía, pero sí, que el esposo trabajaba en Agricultura,

Regresando a su casa, Vilma dio vueltas a la idea de poner denuncia ante la policía... pero, decidió esperar un poco más, pues ella creía conocerla, que no era capaz de robar...

Unos días después, le llegó una carta en la cual, Santusa le narraba lo que había ocurrido con los objetos que ella le había prestado. Pero que tenía el problema resuelto con la captura del ladrón, que le hiciera el favor de esperarla, que pronto se los estaría enviando.

Hacia mediados de febrero, la maestra recibió un paquete procedente de Bolivia. Dentro, estaba una carta en la que le agradecía y le pedía disculpas por la demora. Abriendo la caja, sacó el abrigo, le pareció que tenía otro olor, se veía arrugado por haber sido metido en una caja de cartón, y un poco disgustada y un tanto arrepentida de haber prestado, colgó de un gancho y lo guardó en el ropero, y las joyas los arrojó en una cajita, y dio el caso por cerrado.

~

Era el mes de noviembre, un sábado por la tarde, en compañía de unos amigos fue a Chucuito a espectar un festival de música y danzas folklóricas de la región. Había mucha gente. Una compacta multitud rodeaba el pequeño escenario donde se presentaban los conjuntos con sus vestimentas típicas, marcando los pasos al compás de tarkas, pinkillos y zampoñas.

Vilma y sus amigos se habían instalado al borde de la carretera, de donde se dominaba el lugar donde se realizaba el festival. Los cerros se cruzaban con dificultad en ese lugar por la multitud de espectadores, en su mayoría de gente indígena, y un pequeño grupo de gente citadina, amante de la música vernacular.

Abriéndose paso entre la multitud de enfrente, una mujer de negro, con la mirada fija en dirección donde estaba Vilma, avanza. Pero ella no prestó mucha atención a la mujer por estar distraída con los conjuntos.

Momentos después, nuevamente la mujer se apareció más cerca, como tratando de llegar con dificultad hacia ella. Hasta que, apareciéndose delante, le dijo:

- ¡Ay, señorita "Wilma" Ud. no se habrá olvidado de mí...! - su voz y sus ademanes eran por ella conocidos. ¡Pero aquel rostro demacrado con claras muestras de haber sufrido mucho! La profesora titubeó buen rato tratando de conciliar en su memoria el rostro con el nombre, que ambos le eran familiares, pero como habían transcurrido mucho tiempo de la última vez que la había visto, y mientras en su mente rebuscaba la identidad de la mujer, viéndola en ese estado, maternalmente la abrazó. Hasta que se acordó:

- ¡Ah, tú, Santusa...! ¿Qué ha sido, pues, de tu vida? ¡Años que no te has dejado ver...!

- ¡Ay, si pues, señorita...! -se le hizo nudo en la garganta y no pudo continuar hablando, y se puso a llorar como una niña que después de larga ausencia ha dado con su madre. La maestra la vuelve a estrechar contra su pecho y trata de consolarla. Poniéndose un poco serena, tratando de contener el llanto, y con la voz entrecortada por los sollozos, y conteniendo sus lágrimas que le perlaban ambas mejillas, pudo decir:

- ¡Ay, señorita... el Paulino pue ha muerto shimpre! ¡Hace unos días nomá lo enterramos en su pueblo!

- ¿Quien, pue, era Paulino?

- ¡Mi esposo, señorita...!

- ¡Ah, me imaginaba! ¡Qué pena que haya muerto...! Yo sabía que te habías casado, pero no tuve el gusto de conocerlo.

- ¿Qué le ocurrió?

- ¡Ah esa noche del baile, para el que Ud, me prestó el abrigo, esa noche pue, el abrigo con el broche se perdió shimpre! ¡Nunca shimpre lo encontramos!

Le contó que en Bolivia los precios habían sido más bajos

que aquí, pero que a plazos, les había resultado casi igual. Que, para pagar la deuda, el Paulino tuvo que trabajar en la mina y para pagarla más pronto, prácticamente se internó en la mina y trabajó día y noche. Cuando terminó de pagar ya estaba enfermo de los pulmones. Tuvieron que regresar a la casa de sus padres y poco después, falleció,

- ¡Pero, Santusa, qué pena que no me hayan dicho! Por supuesto que hubiéramos arribado a algún arreglo sin que tuvieran que hacer ese sacrificio.

- ¡Ay, señorita... el Paulino quería ir donde Ud! Pero yo tonta, ¡no quería que a Ud. le molestara shimpre...!

- ¡Pero... por qué... para qué están entonces los amigos...! Bueno, nuevamente lamento lo ocurrido. Si Uds. hubieran ido con confianza y me hubieran contado hubiéramos buscado una solución. Han hecho Uds. mucho gasto, si el abrigo, así como las joyas eran sólo imitaciones. ¡Desde luego, imitaciones finas!



YAWAR MAYU

Don Germán Waranqa era el dueño de la única panadería que había en Unquy. Le ayudaba su familia a elaborar y distribuir el pan. Para inducir a sus hijos, hacia el trabajo honrado, un día por semana y por turno, solía darles la dirección del negocio. Uno dirigía y lo administraba con la ayuda de los demás, y la ganancia líquida de ese día, era para él. Que la usaba para comprar su ropa y pagar los gastos que sus estudios ocasionaban. Haciéndolo así, don Germán lograba que sus hijos aprendieran por la práctica a amar el trabajo.

Sin embargo, se suele decir, que en toda familia hay una oveja negra. En este caso, era el Herminio. El quinto de los hermanos. El trabajo ni el estudio le atraían. Aunque el pedagogo moderno hubiese dicho que, él tenía su propia vocación y que no se le ha guiado adecuadamente. Algunos días se los pasaba íntegros “trucheando” en el río. Con el producto de su afición, pagaba ahora, sus golosinas.

A causa de este extraño comportamiento de Herminio en casa había con frecuencia, rencillas y discusiones entre padres e hijos. Problema que se agravó, cuando el muchacho llegó a la adolescencia, pues, juntándose con los malos amigos se emborrachaba, y como su pesca no le producía lo suficiente, se dedicaba a robar.

El padre se cansó de lidiar con él, y como diciendo "árbol torcido, no se endereza", un día lo botó de su casa, a pesar de las imploraciones de la madre.

Emigró a Ayacucho y se empleó en una panadería como ayudante, actividad que le era familiar. Al cabo de un año retornó a Unquy y pidió perdón a su padre prometiendo portarse bien en

adelante. Las promesas y las lágrimas de su esposa le ablandaron el corazón, y con la esperanza de que el año de alejamiento del hogar, le hubiera servido de escarmiento para componerse, lo aceptó.

Muchos dicen que escobita renovada, barre bien. Los primeros días se portaba de maravillas. Volvió a estudiar a la escuela, aunque ya grande para el grado. Volvió la calma al hogar.

Lamentablemente, el reencuentro con su patota echó a perder todo. Empezó de nuevo a beber, y como consecuencia, a faltar al colegio y a frecuentar al río a pescar, y ya no paraba en la panadería. Volvieron las discusiones y rencillas hogareñas, hasta que volvió a romperse la paz.

Un día, un guardia fue a buscarlo a la casa del padre. Estaba complicado en el robo de gallinas. Lo llevaron detenido. Don Germán, más por cuidar el prestigio familiar, fue a interceder por su hijo.

Era un día de fiesta. El cuidante de la panadería estaba con permiso. En casos como éstos, don Germán tenía que ir a dormir en el establecimiento. La noche era tenebrosa. Solo las luciérnagas volaban encendiendo y apagando sus lucecitas. Cuando ya se había acostado, alguien tocó la puerta con insistencia. Llamaba y silbaba al cuidante que no estaba. Los toquidos se hicieron más enérgicos, hasta tornarse en patadas en la puerta. Don Germán fue a abrir. Era nadie menos que Herminio, en estado de ebriedad. Por demorarse en abrir le arremete a puntapiés y puñadas. El padre no sabía que el mozo, cuando bebía, iba a pasar la noche sobre el horno, donde había paja y chamiza. Vino la policía y lo llevó detenido por agredir a su progenitor.

Al día siguiente, las autoridades le hicieron llamar a fin de que escogiera el castigo para el agresor, pues en Unquy, podían tolerar cualquier cosa, pero a hijos que agredan a sus padres,

jamás. Le sugirieron que lo enviaran al Ejército, para que le "enseñen a ser hombre", ya que la leva acababa de comenzar. Don Germán aceptó la sugerencia y firmó al pie de una hoja de papel.

Tras unos días, un camión de capota y toldera verdes llegó rugiendo como un tigre. La oficina de Gobernación estaba rodeada de una mancha de gente indígena. Los varones, con los rostros estampados de tristeza, como bueyes rumiaban hojas de coca. Las mujeres, además de hacer lo mismo, lloraban con amargura.

Apenas se abrieron las puertas del calabozo, los mozos con rapidez felina, treparon al vehículo y con forzada serenidad, despedíanse de los presentes. Ante el alarido general de las mujeres, el camión partió con su cargamento de conscriptos. Nadie estuvo a despedir al Hermi, quien permanecía oculto en uno de los ángulos de la carrocería. Cuando Unquy empezó a quedar atrás, un sentimiento de tristeza invadió su alma, no porque se alejaba de su pueblo, sino porque estaba dejando a Undina.

~

Habían transcurrido dos años, sin que se supiera nada de Herminio. Se celebraba la fiesta del Carnaval. Unquy estaba de fiesta. Realizaban reuniones en sus casas, donde bailaban y cantaban. A eso de la medianoche un camión que iba a la selva se detuvo a la puerta de la panadería. Del techo, alguien bajó envuelto en una frazada y cruza como una sombra la oscura callejuela y tocó la puerta. El ladrido seco de un perro respondió.

Don Germán era hombre alegre. Se encontraba en la casa del "Mayorista", tocando la guitarra y cantando animaba la fiesta. Su esposa, con el rostro talqueado y unos adornos en el sombrero y cuello bailaba. Un muchachito entrando en la confusión la

llama "tía Justina" y le susurra al oído. Ella sale y desaparece tras el muchacho,

Herminio había llegado de la capital. La madre llora de emoción y se esmera en atenderlo. Después de una breva charla, va a la cocina a prepararle comida. Apenas vino de la cocina, sorpresivamente le pregunta:

- ¡Mamá! ¿Qué sabes de Undina?

- ¡Nada, hijo! Hace tiempo que no la veo. Antes sabía visitarme.

- Es decir... ¿Sigue sola?

- Es posible. Tú sabes que en pueblo chico todo se sabe. Pero tú no te has acordado de ella, ni con una letra.

- ¡Así está mejor, mamá! Ella ya no debe hacerse ilusiones. Ni siquiera debe saber que estoy aquí. He venido solo a sacar mi Partida. Cuando cumpla el servicio militar me quedaré en Lima. Tú sabes que el porvenir está allá -concluyó.

~

Después del jubileo carnavalesco, Unquy presenció un entierro. La esposa del "Mayorista" murió de malaria. Antes de la fiesta se había empeorado, y poco después falleció. Sus vecinos sintieron mucho la pérdida. Había sido buena amiga para todos, y para él una buena esposa. Con su ayuda había hecho su fortuna.

El viudo llevó durante el año riguroso luto. Pero se dice que el tiempo cicatriza las heridas, después del aniversario, se lo quitó y se convirtió en uno de los más codiciados candidatos para las casaderas.

Como decían los despechados, el comerciante, un día dio el "zarpazo". Repentinamente anunció su matrimonio con Undina, la chica más buenamoza del momento.

Ella no parecía estar totalmente desligada del amor de Herminio. Este cumplía el servicio militar a fin de ese año. Undina, como dándole la última oportunidad, fijó el matrimonio para mayo. Llegado diciembre camiones llenos de soldados, recientemente licenciados pasaban. ¡De Hermi, ni sus noticias! Llegó mayo, el comerciante se casó con Undina.

~

A medida que pasaba el tiempo, Undina fue asumiendo con responsabilidad su papel de esposa, y el comerciante fue recuperando el ritmo normal de su vida que desde hacía tiempo había perdido. Reanudó sus viajes a la selva y a las sierras bajas, de donde traía mercadería para surtir a su clientela.

Undina se quedaba al frente de los negocios, y hasta entonces, todo había ido muy bien. Una tarde, en ausencia de su esposo, se encontraba sola en la tienda ocupada en empaquetar la mercancía. Extrayendo de los sacos, la echaba en el platillo de la balanza, luego, vaciándola en un papel la empaquetaba y las iba colocando en los andamios de madera, para facilitar su expendio. El sol declinando, dirigía sus rayos por la puerta cegándole los ojos. Oscureciendo momentáneamente el interior, entró Gabina:

- ¡Hola, Undina! ¡Dichosos los ojos que te ven! ¡qué suerte la tuya! ¡Cómo te envidio!

- ¡Gracias, Gabina! ¡No te quejes, ya te tocará tu turno! -le dijo a tiempo que esquivaba sus ojos a los rayos del sol, para verle la cara.

- ¡Qué bien que te has casado con don Rodolfo! ¡Figúrate que te hubieras casado con el loco del Herminio!

Undina sonrío con gesto de satisfacción mirando fijamente a su amiga.

- ¡Ya sabes que el Herminio llegó anoche?

- ¿A... a...noche? ¿A...noche? -pregunta visiblemente nerviosa. La sonrisa de alegría y triunfo que Undina lucía dibujada en sus labios, gradualmente se fue esfumando, hasta convertirse en un gesto duro.

- ¡Sí! ¡A eso de la medianoche! ¿No sentiste pasar el camión?

- ¡No, Gabina! Yo no siento nada. Termino el día tan cansada que me quedo dormida como un tronco -dijo con desaliento.

- ¡A mí, el perro de don Lorenzo me despertó! Y siempre ese perro me tiene que despertar en la noche. Yo no sé para qué ciertas personas tienen perros, cuando acá no hay ni ladrones.

Undina no parecía estar escuchando a Gabina. Retomó lo que había estado haciendo cuando Gabina vino. Ella al notarla así, se fue.

Undina, informada de la presencia de Herminio en Unquy, intuyendo que iría a buscarle, se hacía acompañar por alguien. Unas veces, por su madre; otras, uno de sus hermanos.

Herminio al parecer, cuando la veía en compañía de alguien, no se atrevía a entrar en la tienda. Pero apenas estaba sola, se metía. Uno de esos días habían tenido ya su altercado. El mozo la acusaba de haber incumplido su palabra, y ella a él. La última vez que discutieron, ella habría perdido la paciencia y le habría prácticamente arrojado del establecimiento, y prohibido su reingreso, si no quería que la próxima vez lo botase "a palos".

En eso habría llegado su madre, que también le habría pedido no hable con ella, para no dar que hablar a las malas lenguas. Desde entonces, el mozo tenía recelo de ingresar en la tienda, sin embargo, no dejaba de acecharla, y quienes adivinaban sus intenciones, le habrían aconsejado que no jugase con fuego. Una mañana, Hermi acertó a pasar por la tienda, cuando Gabina compraba algo y se detenía para conversar con Undina. Pretextando saludarla ingresó, le estrechó la mano a Gabina. Le hizo una venia a Undina, y sin más ni más empezó a quejarse de las actitudes de la última,

- ¿Qué quieres ya pues, con Undina! ¡Ya deberías olvidarla! ¡Ella ya está casada! ¡Ella te ha esperado, tú no llegaste! ¡Mala suerte la tuya! -le dijo alzando los hombros.

- ¡Está bien -dijo- todo está bien! Pero quiero que me deje explicarle les razones que tuve para no llegar a tiempo.

- ¡Pero, para qué ya van a servir tus razones! ¡Por tus razones, ella no se va a descasar! ¡Yo estoy de acuerdo con ella!

- ¡Mira, Gabina! ¡Yo por poco no llegué a ser coronel! ¿Sabes lo que eso significa?

En eso alguien llamó con urgencia a Gabina, que de inmediato salió, dejando a los dos ex-enamorados frente a frente. Undina que en silencio había escuchado el diálogo entre Herminio y Gabina, se puso de costado tras el mostrador para no darle la cara.

Herminio, que había interrumpido su conversación al verla a Undina sola, le dirigió la palabra a ella:

- ¡Eso era lo que yo quería explicarte, Undina! ¡Te imaginas un coronel llegando a Unquy para casarse contigo! ¡Quería darte esa grata sorpresa! ¡Todo hice por ti, pensando en nuestro futuro!

- ¿Por qué, pues, no llegaste a ser coronel? -preguntó Gabina, al tiempo que regresaba de fuera.

- ¡Es que los planes a veces fallan! A mí me falló. ¡Me faltó mi Partida de Nacimiento!

- ¡Cómo no habías venido hace tiempo a sacar tu Partida? Y que según dicen, ¿no quisiste que nadie te viera?

- ¡Bueno...sí! Es que llegué tarde y perdí la oportunidad. No sé si ustedes me comprenden. Un coronel manda un cuartel. Puede llegar a ser Ministro de Estado y hasta Presidente...

Las dos muchachas se miraron de soslayo como si se preguntasen: ¡Qué dices tú, a eso!

Herminio tomando pose militar, se despidió de ellas y dando una media vuelta, se fue a paso redoblado. Undina quedó confundida, sin saber qué pensar de él.

Otro día, pasando por la tienda vio al comerciante haciendo sus cuentas sobre el mostrador. Ingresando lo saludó cordialmente y le felicitó por haberse casado con la "chica más guapa de Unquy".

Llegada la ocasión, el comerciante habría comentado de la buena impresión que aquel joven le había causado, por su caballerosidad y lo bien que habla el castellano.

~

Llegó otoño. Las intensas lluvias amenguaron. El cielo amanecía límpido y azul. A mediodía hacía calor, y las brisas andaban tibias y cargadas del aroma de la fruta fresca. Bandadas de pintados papagayos, perturbaban la tranquilidad del pueblo cru-

zando bullangueros el espacio.

Este año, el comerciante deseaba volver a celebrar su onomástico, que coincidía con el segundo aniversario de su matrimonio con Undina, como sabía hacerlo antes de la muerte de su primera esposa, con la asistencia de personalidades y medio pueblo. Las semanas precedentes, con la ayuda de comadres y familiares, Undina estuvo muy ocupada con los preparativos, desollando reses, pelando cerdos y aves y poniéndolos a secar en el patio.

La noche de vísperas los más allegados estuvieron a darle serenata, los mismos que fueron agasajados con ponche caliente de maní y ajonjolí.

El día central, en efecto, medio pueblo estuvo a saludarlo y disfrutar de la apoteósica fiesta, que duró todo el día, que pasaron bebiendo, comiendo, cantando y bailando al compás de que- nas, guitarras y arpas.

Al caer la noche, sólo quedaban los familiares. El cumplimentado, rendido por las emociones del día, la bebida y la mala-noche, se retiró a dormir. Los padres y hermanos de Undina fueron los últimos en retirarse. Undina quedó sola. Se sentía muerta de cansancio. Quedaban cosas que arreglar, pero podía dejarlas para mañana e irse a descansar. Se sentó en la silla y sin querer, hizo una especie de evaluación de los resultados de lo que hasta entonces, había venido haciendo. Estaba contenta de cumplir con su deber de esposa y tener contento a su esposo. Pero, por otra parte, sentíase insatisfecha, de cuya causa no estaba segura.

Desechando los pensamientos que le dejaban sabor de infelicidad, decide irse a descansar. Como era costumbre, va a asegurar la puerta del zaguán. Cuando alguien tocó suavemente. Al abrirle, se dio cera a cara con el Herminio, que medio chispa se había retirado, después de bailar todo el día. Una sensación de

temor recorrió su cuerpo. Sin decir palabra, esperó que él dijera lo que quería.

- ¡Necesito sacar le guitarra que mi padre dejó adentro! le dijo.

Ella, luego de vacilar unos instantes, se hizo a un lado, como dándole permiso para que pasara. El mozo a trancos recorrió el pasadizo y llegando a la puerta, al verlo sin luz se detuvo y esperó que Undina le llevara el candil. Dentro, reclinados contra las paredes había varios instrumentos musicales. Cogía uno, después de mirarlo lo dejaba. En vista de que se demoraba en salir. Undina encendió otro candil que estaba en la ventana y se retiró a la cocina.

Al verse solo y con luz, el joven sentándose en una silla se pone a afinar la guitarra. Luego, tararea la música de un conocido yaraví y lo canta repetidas veces, con unas letras que terminaban así:

¡Este fuego de amor
que arde en mi pecho
solo con la muerte
con la muerte se apagará!

Undina, al tiempo que hacía sus cosas, escuchaba desde la cocina. Se le quebró la voz al cantante y terminó llorando con tristeza. Luego, sale del cuarto para irse, con la guitarra en una mano; y el pañuelo con que se enjugaba, en la otra. Con una voz susurrante le dice que se va, adoptando un gesto de un niño que espera palabras de consuelo de una madre. Ella va atrás, a volver asegurar la puerta. El mozo al sentirla acertó los pasos, y llegando al umbral la espera, y cuando ello llega, dando un traspie como fiero en ataque, sorpresivamente la coge y la llena de caricias, al tiempo que, con voz temblorosa de emoción le dice:

- ¡Undina! ¡Undina, mía, te amo! ¡No podré vivir sin ti! ¡No

me resigno a perderte! -y antes do que ella se repusiera de su sorpresa y atinara a hacer o decir algo, el mozo traspuso el umbral y apresuradamente se alejó. El perro del vecino ladró y ella apoyada contra la pared recuperaba su aliento, mientras le temblaban los huesos, un poco por miedo y otro poco, de pasión.

Regresando a la cocina, trata de recuperarse y de ordenar sus pensamientos. Coge una botella de la mesa y sorbe largos tragos de su contenido. Y temerosa de que Rodolfo estuviera despierto, cogiendo el candil se va a dormir. Al parecer, la luz despertó al gorrión que dormía en un árbol del patio, que soltó un estridente silbido, como de susto. El cielo estaba estrellado. Los peldaños de madera se quejan en cada pisada. Ingresando ve replegarse una sombra. Los huesos le vuelven a temblar. El sudor frío humedece su cuerpo y un dolor raro presiona su cerebro. Rodolfo dormía, con el rostro volteado contra la pared. Al constatarlo, la sombra que se movía al movimiento del candil era un saco colgado.

~

Rodolfo despertó al canto del gallo. A su lado yacía dormido el cuerpo de la mujer amada. Estaba orgulloso de ella. Era eficiente como esposa y ama de casa. Gracias a sus esfuerzos, la fiesta había tenido el éxito esperado. Los invitados se habían ido muy satisfechos.

- ¡Auxilio! ¡Auxilio! -Undina gritaba con voz gangosa.

- ¡Auxilio! ¡Auxilio, el río me lleva! ¡El río...!

Rodolfo, para no asustarla, con mucho cuidado y delicadeza la llamó y la sacudió hasta despertarla. Guardó silencio. Incorporándose bruscamente escupió tres veces, fuera de la ca-

ma, y con la cabeza entre manos permaneció sentada buen reto.

- ¡Qué feo sueño! -Dijo después. El corazón le latía aceleradamente. El cuerpo le temblaba como de un pajarillo asustado. El cerebro le traqueteaba.

- ¿Qué soñabas, hija? Preguntó Rodolfo.

- ¡Un río... un río de sangre... me... había estado llevando...! ¡Qué feo sueño! -diciendo guardó silencio y no contó más.

Días después, habría contado a Gabina:

Había ido al río a lavar ropa. Como era temporada seca, poca agua corría por enmedio del lecho. Hermi apareciendo por la otra orilla, le alcanzaba una flor. Ella por el esfuerzo que hizo por alcanzarla, resbala y cae en el agua. Asustada flota y es arrastrada por el agua. Mira al agua y había aumentado de volumen. Lo vuelve a mirar, el río cubría todo su lecho, pero las aguas se habían tornado sangre. Miró al otro lado, Hermi era también arrastrado por el río.

~

Vino setiembre, y con él las primeras lluvias, inaugurando la temporada de siembras. Al atardecer de un día, un labrador con el arado a cuestas iba tras los bueyes por la arteria principal, y al pasar por la casa del comerciante, desde la puerta, pregunta:

- ¿Siempre salimos de viaje mañana, don Rodolfo? - ¡Sí, mañana, Sebastián! ¡Saldremos como siempre por la tarde! ¿Acabaste de sembrar?

- Quedaron dos corralitos, don Rodolfo. Al regreso lo completaré. Todavía hay tiempo... -Despidiéndose hasta mañana,

Sebastián se alejó con las reses.

Llegando a su casa, en las afueras de la población, arreó el ganado al corral. Guardó el arado en su lugar y extrayendo la bola de coca, la arroja sobre el montón de piedras del patio. Las gallinas corren a picotear. Sacando agua con un pocillo de una olla de barro se enjuaga, y entra en el pequeño cuarto de cocina, donde su esposa sentada frente al fogón tostaba maíz y asaba carne seca para el viaje.

- ¡Será suficiente? Pregunta la mujer.

- ¡Creo que sí! La carne tuesta bien, para que me dure siquiera ocho días. ¿Recuerdas el último viaje? Nos demoramos por esperar que el río bajase,

A tiempo que decía, empuñando el tostado arrojó en su boca. Un grano reventó dentro. Como picado de víbora se levanta y sale a escupir los granos. Las gallinas se los tragaron en un santiamén. Lanzando imprecaciones retornó, y dijo:

- ¡Chike! ¡Chike! ¡Algo va a ocurrir!

La mujer al verle enojado, en tono burlón, añade:

- ¡El viaje se va a aguar!

~

Ante la curiosa mirada de familiares y vecinos, montado a caballo, escoltado por sus peones y una caterva de acémilas cargados de sacos y barriles vacíos, el comerciante partió con destino a Mollebamba, e unas veinte leguas de Unquy. Como el viaje de día resultaba penoso por el calor, para avanzar más, solían aprovechar de la sombra de la tarde y el frescor de la noche.

Después de algunas horas de haber salido, volteaban un recodo para tomar un desfiladero, brotando de un matorral, dos aves desconocidas, riendo y jugando cual dos enamorados, avanzaban hacia el camino, formando las dos una especie de pelota cayeron a los pies de las bestias, encabritándolos, luego de rodar por el suelo, levantando el vuelo fueron a perderse en la espesura.

Los hombres, al tiempo que calmaban a los animales, decían:

- ¡Chike! ¡Chike! ¡Chike!

La noche había caído. La luna, como un huevo gigante posada sobre la colina, sonreía. Las últimas aves velozmente se refugiaban en las copas de los árboles, poniendo nerviosas con sus zumbidos a las bestias. Salvando la última cuesta, llegaban a "Samanapata", primer descansadero. En el momento en que ingresaban, otra cuadrilla de viajeros justamente se iba... Era Gonzalo Anchapuriq, conocido traficante de alcohol de caña y coca. Entretanto se saluda con Rodolfo, los animales lanzando relinchos estridentes armaron una batalla campal a patadas y mordiscos. Los peones por un momento se vieron impotentes de controlarlos. A palazos y pedradas, los hombres de Anchapuriq lograron separarlos y reemprender por fin el viaje.

Rodolfo con sus hombres, sentándose al pie de un árbol aliviaron el hambre y la sed. Mientras los animales hacían igual cosa, en el bosque.

Después de sentar la cena, con sendos tragos de aguardiente de caña y puñados de coca, se disponen a continuar el viaje. Los peones van por los animales. Vuelven con ellos, y ya en el camino, a la luz de la luna montan a caballo y parten. Rodolfo fue el último en hacerlo. Uno de los hombres que iba adelante, apeándose rápidamente, observa la pata de uno de los jumentos

y da la voz:

- ¡Patrón, este burro tiene la pata rota! Todos desmontando fueron a ver.

- ¡Qué mala pata! -dice una voz con tono de lamento.

- ¿Qué hacemos con este animal?

- ¡Se la entablillamos y lo llevaremos con nosotros!

- ¡Ni hablar! ¡No avanzaríamos el viaje yendo al ritmo del animal herido!

- ¡Entonces, se la entablillamos y lo dejaremos hasta nuestro regreso!

- ¡Se le gangrenaría! ¡O sería carne para los pumas!

- ¡Patrón, patrón! ¡Este animal está sangrando! Todos van allá. Lo tenía el lomo herido de un mordisco.

- ¡Patrón, este también está con el codo herido! Rodolfo, terminando de pasar revista a todos los animales, se pone a cavilar e intercambiar ideas con el Damián, su hombre de confianza, y arribando a una decisión les dice;

- ¡Bueno, bueno, tenemos tres burros en mal estado! ¡Es mejor que regresemos a casa! ¡Reemplazándolos, mañana volveremos a salir!

~

La luna plena avanzaba hacia el ocaso, recargando las sombras. Soplaban el viento frío desde el río que, a la distancia rugía. Los hombres, al ritmo de los animales heridos, comentando los incidentes que habían anunciado el fracaso del viaje, avan-

zaban camino a Unquy. Unos contaban sus sueños; otros, de las aves malagüeras; y otros, del maíz tostado que había reventado y no había saltado del balay.

Rodolfo, hasta ese instante, iba sin pronunciar palabra, limitándose a oír las ocurrencias de los peones cuando, repentinamente frenando su caballo, volteándose hacia ellos, vocea:

- ¡Sebastián! ¡Sebastián!

- ¡Sí, patrón, le oigo!

- ¡Mira, Sebastián! ¡Yo me voy a adelantar! ¡Ya Uds., vienen con los animales! ¡Les espero allá! -Picando el corcel de pintas blancas en el pescuezo, velozmente se alejó.

Sería casi la medianoche, cuando a galope, despertando a los vecinos de la vía principal, el comerciante atravesó la población. Los perros se pasaron la voz, cuyos ladridos repercutieron en los cerros. Algunos becerros mugieron reclamando a sus madres. Y un niño se quejó dormido.

El caballo resoplando llegó a la puerta. El perro negro de al lado el tronar se atoró y tardó mucho en aclarar la voz, y soltó un prolongado aullido como de agonía.

El jinete al desmontar sintió un aguijonazo en el nervio y el dolor se le extendió por el espinazo. La puerta del zaguán estaba sin el seguro. Conduciendo a la bestia por el cabestro, entró en el patio y quitó las pocas cosas que traía consigo, y dándole una palmada en el lomo, arreó al animal, dando coces al aire y relinchos entrecortados, fuese al corral y armó un alboroto entre los suyos.

El amante esposo, con la alforja a cuestras y el poncho doblado en un brazo, sube por la crujiente escalera de madera al dormitorio. El gorrión que dormía en el árbol del patio volvió a lanzar su estridente silbido. El perro negro seguía ladrando. Los

vecinos tosieron como anunciando que estaban despiertos. La puerta estaba trancada por dentro. Toca suavemente. Espera con aparente sosiego, vuelve a tocar, esta vez con más fuerza.

- ¡Undina! ¡Undina! Llama con la ternura con que el amoroso padre llama a su hija. En vista de que no hay respuesta, zarandea la puerta. Una voz de mujer plañe dentro, como si tratase de despertar a alguien.

Una vocecita, apenas audible, dices:

- ¡Quién es?

- ¡Yo, Rodolfo tu esposo! ¡Abre, hija!

Nuevamente un prolongado gemido, da a entender que la mujer está en una situación difícil, que a Rodolfo le desespera. Empuja la puerta con toda su fuerza. Cede un tanto, lo suficiente para meter la mano extendida. Logrando retirar el palo, irrumpe y... Undina con ojos relucientes en la oscuridad, cual ave herida, acurrucada en un rincón, con el cuerpo sudoroso y calenturiento languidecía. Rodolfo, tomándola amorosamente la estrecha. Ella vacía de su pecho un alarido, y llora a morir. Dejándola delicadamente, busca fósforos en su alforja, y rastrillándolo enciende el lamparín.

Alguien, con el rostro volteado contra la pared duerme profundamente, ocupando su lugar. Ante tan cruda e inesperada realidad, Rodolfo enloquece. Vuelve a la alforja, y extrayéndolo blande el puñal de viajero.

Undina aterrorizada, ya casi sin fuerzas, con voz entrecortada, tartamudea:

- ¡Ro... ro... dolfo, yo... yooo... no lo quería! ¡Yo... no quería ofenderte! ¡No... no lo mates! ¡Si lo vas a matar, mátame también! -siguió sollozando. Y volviéndose al hombre dormido:

- ¡Despierta, Hermi! ¿El sueño de la muerte te ha agarrado?
¡Hermi, despierta...!

Como un coloso, del cogote lo levanta. Este despierta y como fiera acorralada pugna por huir. Lo vuelve a coger y con fuerza lo arroja de espaldas sobre la cama. Le cae la primera feroz puñalada, abriéndole un forado en el pecho, por donde se le escapa un grito aterrador con un chorro caliente de sangre.

El despechado hombre, fuera de sí, con toda la fuerza de su brazo, asesta puñalada tras puñalada hasta cansarse, como si con el arma homicida, buscara en el pecho traidor el amor robado. La sangre borbota y el herido se convulsiona en el suelo, con el ronquido de la muerte que se le fuga por las heridas.

Con el puñal tinto en sangre, voltea hacia ella, y sin mucho esfuerzo, le traspasa el desleal corazón, y el agonizante cuerpo lo arroja con desprecio sobre el cadáver del amante.

El olor salino y nauseabundo se expande en el cuarto. Ambos cuerpos yacen inertes en un solo charco escarlata en cuya vidriosa superficie, el lamparín de luz amarillenta se refleja.

Afuera, la luna caía tras el cerro, dejando a Unquy en una calma sepulcral. Los perros ululaban en una angustia de muerte, y a la distancia se oía el ajear de una lechuza.

Y en la obnubilada mente del asesino, el ruego agónico de su infiel esposa aún resonaba:

¡No, Rodolfo, no lo mates!
¡Si lo vas a matar,
mátame, también...!



LUCICHA Y JUANCHU

Una madrugada, el pueblo de Rumipata se ponía en movimiento. Había llovido durante la noche. Un denso vaho se levantaba de los cuerpos calenturientos de los animales y se mezclaba con el humo blanquecino que brotaba de las casuchas. Se oía el crepitar confuso de los granos de maíz y el sonido peculiar del constante agitar con el palo en la callana de barro, para que los granos doren y no se quemem, y amén del traqueteo de los batanes.

Allá lejos, en el punto donde el viejo camino se une con el nuboso cielo, aparecen tres jinetes uniformados con sendos sables que cuelgan sobre el abultado vientre de las bestias.

Algunos hombres que se encontraban inspeccionando los sembríos en sus tierras, notándolos, pasaron de inmediato la voz:

- ¡Guardias! ¡Guardias! ¡Guardias! Unos momentos después, todos estaban escondidos y las casuchas habían dejado de humear. Los resoplidos de los equinos, con los inconfundibles chasquidos de sus pesos en el pedregal, se acercaban. La gente metida en sus escondrijos, reteniendo el resuello, espera lo que va a suceder.

El perrazo del Sr. Apuri, cuya casa queda en la entrada, ladra con su voz ronca. Los caballos acortan sus pesos y se detienen. El Sr. Apuri, casi el único que en Rumipata habla el castellano, uno de los pocos sobrevivientes de los antiguos hacendados, les dirige la palabra y saludándoles, les da la bienvenida. Después de un breve coloquio hablan de "indios", como el Sr. Apuri siempre lo hacía, al referirse a los habitantes de la comarca.

Para la asustada población los minutos se hacían horas. Por las experiencias pasadas, tenían pánico a los uniformados, y sin saber qué querían o a quien buscaban languidecían de miedo en sus escondites. Quienes comprendían un poco de castellano, sabían por el diálogo que habían sostenido con el hacendado, que venían siguiendo los pasos de unos ladrones que habrían robado ganado de una propiedad vecina. Las últimas palabras que oyeron de los labios del Sr. Apuri fueron, "indio Martín Qurpa".

Las impacientes pisadas de los caballos volviéronse trotes. A cuadra y media en línea recta, estaba la modesta choza de la familia Qurpa. Martín desde hacía días estaba enfermo. Por querer salvar a la vaca que se había desbarrancado se había accidentado. A la postre, tuvieron que sacrificar al animal, porque estaba malherido, cuyo cuero fresco se exhibía extendido sobre el techo de su casa para que secase.

Las bestias vuelven a detenerse. A un costado de la choza estaba el corral de la entremezclada ganadería. Uno de los guardias se apea y llama:

- ¡Martín Qurpa! ¡Martín Qurpa! -el perro chusco, blanquisucio responde.

- ¡Martín Qurpa! ¡Martín Qurpa! -los perros de la vecindad unieron sus voces, y algunos de ellos salieron a darles el encuentro y furiosos de todos lados les ladraban. El guardia impaciente, derribando el cerco de piedras superpuestas, ingresó en el corral de animales y aproximándose más a la casucha, vuelve a llamar:

- ¡Martín Qurpa! ¡Martín Qurpa! -cuando el guardia se proponía echar el otro cerco abajo, para llegar al patio interior, la esposa de Martín, sacando apenas la punta de la nariz aguaitó y volvió a meterse. El otro guardia, que parecía el que comandaba, fue tras el primero. Volvieron a llamar. La mujer volvió a sacar la cabeza y con una vocecita apenas perceptible, en lengua ver-

nácula respondió:

- ¡Está enfermo! ¡No puedo levantarse... taitay!

El que parecía jefe, de un empujón derribó el cerco y se metió en el patio. El perro clavando los dientes en una bota le jalonea. El guardia con el otro pie le aplica un puntazo y lo hace rodar cual si fuera una pelota. El animal al reincorporarse llorando de dolor se guarece en el sembradío, desde donde lanza unos ladridos intermitentes.

El guardia se mete en el cuarto, donde Martín tembloroso trataba de vestirse ayudado por su esposa. El guardia descarga su ira en el cuerpo enfermo del indefenso hombre. Le llueven puñadas y puntapiés. El hombre cae al suelo, donde la caen más patadas. La mujer les implora que no lo maltraten que está enfermo. Dos niños de unos tres y seis años de edad, prendidos de la pollera de la madre lloran muertos de miedo. Martín apenas pudo echarse el poncho encima, salió rengueando seguido por los dos guardias. Ayudado por su esposa cogiendo un extremo del cuero de res lo jala, que con piedras y todo cae al suelo. Con el cuero a la espalda, y cubriéndole literalmente todo el cuerpo, caminando con dificultad como un gorila, partió delante de los jinetes, con dirección a la ciudad de Huancavelica.

La esposa, con su hijo menor a la espalda le sigue a cierta distancia. Cuando Martín y la ingrata caballería cruzaron el horizonte, la asustada multitud empezó a salir de sus escondites y la vida en Rumipata cobraba poco a poco su normalidad, entretanto, la densa neblina trepaba el cerro con paso felino, borrando toda imagen al derredor del pueblo.

Juanchu, se había quedado llorando con la mirada fija en el punto donde sus padres acababan de perderse de vista. Sus pequeños pies clavados en el barro, con sus lágrimas cuajadas por el frío, en sus ruborosas y cuarteadas mejillas, y los mocos col-

gando como velas, gimoteaba.

- ¡Juanchu! ¡Juanchu! ¡Juanchu! -la voz de su tía, la hermana de su madre, le despertó.

- ¡Ven para que comas y lleves el ganado a pastar!

Su desolado corazón se sintió reclamado y al recordar a la tía buena, comprendió que no todo estaba perdido. Se pasó por sus llorosos ojos el dorso de sus pequeñas y negreadas manos y caminó por el barrizal hacia la casa de su tía, que quedaba media cuesta arriba. Ahí el tío comía. Sentóse sobre una piedra plana cubierta de cuero de cordero. La tía le sirvió de la olla que estaba en el fogón, evaporante sopa de cebada con papas fresquitas, hojas verdes de mostaza, trozos de carne magra de apariencia dura.

Entre trago y trago de la estimulante sopa, los tíos decían:

- ¡Ese Apuri tiene la culpa! ¡Ese mal hombre ha puesto en la cabeza de los guardias que el Martín es quien habría robado la res! ¡Mala hora que justamente ahora tenían el cuero fresco de la vaca! Comentaron en seguida el caso de los Yaranga, que por culpa del Apuri los habían llevado presos y después de un mes de tenerlos detenidos, por falta de pruebas les habían dado libertad y que al salir había regresado solo a vender todas sus cositas para luego irse para siempre de Rumipata. ¿Dónde estarán? - preguntó la mujer. - ¡Están en la mina! ¡Dicen que están bien! Respondió el marido.

- ¡Ay, pero con estas cosas, a quien no le va a faltar ganas de irse de este odioso pueblo! -concluyó la mujer.

~

Juanchu, ya reconfortado va tras el ganado, que se extiende en fila larga hacia las chacras de los Qurpa donde hacía poco había comenzado la cosecha. A mitad del camino, se detienen en el manantial a saciar la sed. El agua fluía bulliciosa un tanto turbia de tierra roja por las recientes lluvias.

El pequeño pastor también recoge el agua en su raído sombrero de lana, ajustando la copa que estaba rota bebió jadeante y se entretuvo cazando con sus deditos las pequeñas burbujas que nadaban en la superficie del arroyuelo. Cuando despertó, el ganado había desaparecido de su vista. Se fue corriendo, dejando selladas las huellas de sus pequeños y desnudos pies en el fangal del sendero. El ganado ya había ingresado en el sembrado, azuzándolo lo hace pasar la parte sembrada y finalmente lo arreó al pastizal, luego inspecciona la propiedad, a la cual desde el domingo pasado nadie había ido.

Ahí estaban las tres piedras negreadas por el hollín que habían servido para preparar el almuerzo. Su madre que ahora no estaba, lo había preparado, muy agradable, a base de los nuevos frutos sazonados. Como ella sola sabía hacerlo. No supo explicarse qué le pone la madre para que su comida sea tan especial y único para el paladar de sus hijos. Allá al pie de la peña se había sentado su padre y a su lado su madre, y su hermanito y sus amiguitos, ahora ninguno estaba ahí.

Más allá sobre la piedra, en forma de sapo en actitud de saltar, bruñida, cantó el gorrión con tono melancólico, atrayendo la atención de Juanchu. En esa piedra él, su hermanito y los amigos se habían divertido de lo lindo. Aquella piedra era su favorito. Le servía de tobogán. ¡Qué triste era estar solito! Los recuerdos le pinchaban el corazón. Acordóse de las escenas de la mañana, ¡No sabía si sus padres y su hermanito volverían a ir a ese sitio! Para pasarlo juntos y contentos como el domingo pasado, ¡Sus pequeños ojos volvieron a llenarse de lágrimas! No podía

comprender cómo era posible que aquellos hombres de vestimenta rara, metiéndose por la fuerza en su casa, y sin tener ninguna consideración, golpearan brutalmente a su padre que estaba enfermo. ¡Y esa noche había tosido! Su mamá había dicho que su padre había tenido calentura. Él, que nunca se ha quejado de dolor, se había quejado con los golpes que esos hombres le habían propinado, que él nada de lo que habían hablado había entendido. Hablaban el castellano. Él ni nadie en su casa sabía hablarlo. Y cómo cuando su madre les había suplicado que no lo golpearan, ése de la barbita la había arrojado al suelo. Ella había caído sentada. Y él, por ser pequeño no había podido hacer nada por defender a sus padres. ¡Qué desventaja que había en ser niño!

¡Cómo podía haber gente mala como el Sr. Apuri! Paraba insultándolos. Paraba llamándolos indios. ¡Qué será eso de ser indio y de no serlo! Aparte de tener más chacras y hablar el castellano, qué le hacía distinto de su padre y de las demás personas. Por qué no sería como el tío Ishtacu, el tío Mariano, o el tío Marcelo, el padre de Lucicha. ¡Ellos sí, que eran buenas personas, y sus padres cómo los querían!

El fuerte mugido del becerro le sacó de su abstracción. Las vacas no estaban a la vista. Nadie más que él, estaba para ver de los animales. Bordeando el sembrado las encontró en el maizal. Comiéndolo. Las arreó fuera y las botó en el otro extremo donde había abundante pasto.

El cielo aún seguía nublado. El viento frío sopló repentinamente. Sus cuarteadas mejillas le ardieron. Comprendió que había estado llorando sin darse cuenta. Regresa a la piedra bruñida. Ese lugar era el mejor para estar. Al pasar, la vaca más vieja, levantando la cabeza le miró con expresión compungida. El chico, acercándosele, y acariciándole la quijada la habla:

- ¡Tú no sabes nada! No sabes que en la mañana, esos hom-

bres que se metieron en la casa, después de golpearlo se lo llevaron preso. ¡Nadie estuvo para defenderlo! ¡Y... yo... nada pude hacer!

Cuando volteó la cara, la alpaquita de albo vellón lo contemplaba con expresión de bondad. Dejando a la vaca va hacia la alpaca con los ojos turbios por las lágrimas, y en eso planta un pie en algo como la espalda de un erizo. No pudiendo dar un paso más, doblando sus débiles rodillas se deja caer en el pastizal. Levanta el pie y lo mira, algo como lana lo cubría. Al retirarla, la planta del pie estaba tachonada de espinas.

El dolor colmó el límite de su resistencia, con lágrimas brotadas desde el fondo de su pequeño pecho, lloró y lloró. Con sus ojos empañados de lágrimas miró a la vaca. Y le pareció que la vaca lloraba, volviendo la mirada hacia la alpaca, vio que también ella lloraba. Los becerros, los corderos e incluso los asnos, lloraban. La piedra bruñida de forma de sapo, también le pareció que lloraba.

- ¡Juanchu! ¡Juanchu! ¡Juan...chu...! Una vocecita amiga resonó en sus oídos. Su convulsionada alma se aquietó. ¡Era la voz de Lucicha! De la buena amiguita, que con su pollerita de bayeta rosada, con florecitas celestes en los bordes; su blusita de percal, y su pequeña lliclla en arco iris, y su atadito a la espalda miraba ansiosa a Juanchu. Ella, una mujercita en miniatura, era hermosa, de espíritu alegre, que contrastaba el melancólico carácter de Juanchu.

Cuando Juanchu no reaccionaba, ella bajando la cuesta, y acercándosele, preguntó:

- ¡Juanchu! ¿Por qué llorabas? ¿Tu mamá no ha venido? ¿Tu papá? ¿Tu hermanito? -Juanchu no contestó nada y permaneció agachado. Lucicha como una muñequita vestida a todo color, doblando sus rodillas se sentó al lado de Juanchu. Este se pasa el

dorso de su mano por sus escaldadas mejillas, y tomando aire exhala con fuerza. Dejando caer su dolorido pie, sigue silencioso y mirando el suelo. Un tremendo suspiro le convulsiona.

Lucicha desconcertada, no sabe lo que le ha sucedido, y colocando su manita en el pequeño hombro de Juanchu, le vuelve a hablar:

- ¿Por qué llorabas? ¿Qué te ha pasado? ¡Pero, cálmate ya! ¡Ya no llores! ¡Mi mamá siempre dice que los hombres no lloran! ¿Qué te pasó en el pie?

- ¡Creo que pisé espina! ¡Creo que es cacto!

- ¿Te duele mucho? Levantando ligeramente el pie y ella inclinándose un poco, lo mira y exclama:

- ¡Way! ¡cuánta espina! Y espina por espina se pone a jalar con sus pequeñas uñas, - ¡Way! ¡se rompen! ¡Ahora se te va a formar pus; ¡Te va a doler y no vas a poder caminar!

Lucicha quitándose el sombrerito, del cintillo saca una aguja y se pone a palanquear las espinas. Juanchu todavía silencioso, observa fijamente las dos manitas de la niña, que como dos arañas se mueven en su pequeño pie.

- ¡Way, no se va a poder sacar todas! ¿Te duele...? ¡Seguro que te duele por eso llorabas...! -decía Lucicha a tiempo que lidiaba con las espinas del cacto.

- ¡Las mujeres nunca sabrán, porque algunos hombres lloran! ¡Yo no estuve llorando por las espinas...!

- ¿Por qué llorabas... entonces...?

- ¡Porque mi papá dice lo mismo... que los hombres no lloran...! ¡Pero... pero... nunca dice, porque las mujeres lloran! ¿Por qué... entonces... lloran les mujeres?

- Yo no sé. Yo no lloro. Solo... a veces.

- Pero lloras. ¿Por qué? ¿Porque eres mujer?

- ¡Yo no sé! A mi mamá le he oído decir que las mujeres lloran porque tienen el corazón más sensible.

- ¡Bueno... entonces... no puede haber hombres que tengan el corazón sensible...!

- ¡Ya no discutamos, Juanchu, no quiero salir peleando contigo!

Juanchu, calla y unos minutos después, dice: - ¡Es que ocurrieron cosas en mi casa... con mis padres!

- ¿Qué fue...?

Juanchu vuelve a callar... y repentinamente, pregunta:

- ¡Oye! ¿Somos gentes?

- ¡Claro! ¡Somos gentes! ¡Por qué!

- Pues, a mí me parece que gentes son otros.

- ¿Por qué dices eso? Mi mamá dice que todos somos iguales... Todos comemos, dormimos, nos enfermamos, y... todos vamos a morir! ¡En qué somos diferentes!

- ¡...Claro... todos tenemos una cabeza, una barriga, unos pies... una boca, una nariz, unos ojos...! -los dos niños terminaron riéndose,

- Todavía no me has dicho qué ha ocurrido en tu casa con tus padres... ¿me vas a decir?

Juanchu, nuevamente guarda silencio por un rato y vuelve a preguntar...

- ¡Oye! ¿Alguna vez, unos hombres raros con sombreros de

fierro y con unos enormes cuchillos al cinto se han metido en tu casa a pegar a tus padres y... luego... luego... se los han llevado a la ciudad...?

- ¡No! ¡Nunca...!

Los dos niños callaron. Lucicha seguía con sus pequeñas manos ocupadas en sacar las espinas. Juanchu, apoyado en sus dos codos, casi de espaldas, observaba.

- ¡Oye, Juanchu! ¿Este año vas a ir a la escuela? - ¡No lo sé!

- ¡Yo voy a ir!

- ¿Tú? Si tú eres mujer. Las mujeres no van a la escuela,

- Mi papá dice que todos debemos ir. Además, dice que solo la escuela y la instrucción pueden librar de su situación actual al campesinado. ¡Claro... no sé bien...!

Lucicha al terminar de decir eso, se puso de pie y se quitó su atadito y su lliclla de su pequeña espalda. Ya se sentía calorcito. Las neblinas se habían esfumado. El cielo estaba ahora límpido y azul. El sol brillaba en el cénit. El tiempo se había compuesto y el estado de ánimo de Juanchu, también.

- ¿Jugamos? ¿Vamos a la piedra? -preguntó Lucicha. Los dos niños fueron a la piedra bruñida. Se resbalaban y caían en el pastizal y volvían a trepar a la piedra... hasta el cansacio. Juanchu olvidó del lastimado pie y... de todo. Cuando tuvieron hambre, juntando sus fiambres... lo saciaron. En un intermedio echaron de menos a los animales. Todos descansaban tumbados en el pastizal, luego de llenarse... y volvieron el juego.

El frío aliento de la tarde les anunció que el día había llegado a su fin. El sol caía tras el elevado pico, dando pinceladas de color intenso en los celajes que en el cielo se dibujaban.

Los animales solos enfilaban de retorno hacia sus hogares,

siguiendo el curso del río Mercurio, que abajo en su canal de roca turbulento rugía. Lucicha y Juanchu se despidieron, llevando en sus tiernos corazones el sabor de la alegría infantil. Y, ¡hasta el próximo domingo...!



LOS OJITOS

Cierto día, llegó por vez primera, a la ciudad de Cajamarca, un joven limeño, estudiante de Arqueología.

En las casi veintena de horas que duró el viaje de Lima a Cajamarca, se hizo amigo de los viajantes cajamarquinos que retornaban a sus pueblos, de quienes pudo recoger las informaciones que creyó necesarias.

Le gustaba la comida típicamente cajamarquina, y quería una pensión aparente. Le dieron información de Los Baños del Inca, de donde tomar movilidad, y hasta de la composición química de sus aguas y de la temperatura; y que, si quería pasar huevos por agua caliente, lo podía hacer en los famosos "perolitos", cuyas aguas estaban a punto de hervir.

Desde luego, en su condición de estudiante de Arqueología, también estaba interesado en los yacimientos arqueológicos. Entonces, le hablaron del cerrito Santa Apolonia, que quedaba cerquita de la ciudad, donde podía admirar la silla de piedra de los Incas; además de pumas y serpientes grabados en roca viva.

Por otra parte, le recomendaron que no dejáse de ir a las famosas "Ventanillas de Otuzco", que quedaban en las afueras del radio urbano. Aquellas seguían teniendo turulatos a los estudiosos, que no acertaban a explicar con claridad, para qué habían servido dichas hornacinas vaciadas en roca, que no eran ni muy profundas ni muy grandes. Finalmente, le hablaron de los restos arqueológicos de "Cumbe Mayo", donde había un canal, cortado en roca viva, que aún estaba en uso.

Al llegar a Cajamarca, Beto ya sabía qué hacer y qué rumbo tomar. En compañía de unos jóvenes que llevaban la dirección

del cementerio general, fuese caminando. Al llegar a la carretera a Chilete, pudo ver un montón de eucaliptos cuyas ramas caían sobre el tejado de una vetusta casa de adobe. En el frontis, un letrero se leía: "Pensión Los Eucaliptos". Sus acompañantes le dijeron a Beto:

- ¡Ahí está tu pensión! -y continuaron de frente. Beto al entrar por la puerta principal, fue amablemente recibido por una mujer joven, de mediana estatura, casi obesa, de tez clara, cabellera negra y de fácil sonrisa. Mientras daba sus datos personales, risotadas y griterío se filtraban del patio interior. Cuando, después de tomar posesión de su cuarto, cuya ventana daba a la calle que iba hacia el Cementerio, bajó para conocer los alrededores de la pensión y en el patio, un grupo de gente jugaba por equipos el sapo. Otro grupo de espectadores vitoreaba a los ganadores. Sentados a una mesa rústica de madera, bebían chicha de jora en unos vasitos de cerámica.

El sol acababa de ocultarse. El cielo estaba cubierto de una fina capa de nube color perla. El viento ligeramente frío soplaba obligando a los presentes a abrigarse con sacos y chompas de lana. Las lanceadas hojas de los eucaliptos jugaban al viento sin cesar, produciendo al rozarse unas con otras, unos ruidos muy peculiares. Más allá estaba un pequeño coliseo de gallos, al frente una enorme sala, donde según los informes, se servían ocasionales banquetes.

~

Hacia algunos años que, Silverio Chotón, natural de San Marcos, había inaugurado su establecimiento; justamente a su regreso de haber estado trabajando en fondas y restaurantes en la ciudad de Trujillo. Aún tenía vivos a sus padres, quienes, con la

venta de sus propiedades, le habían ayudado a Silverio a montar el negocio que hasta entonces, iba bien. La casa ésa, era de un paisano. Por falta de uso se estaba derrumbando. A cuenta de los alquileres, la hicieron reparar, y ahí funcionaba la pensión, en la cual el mayor volumen de sus pensionistas eran estudiantes universitarios.

~

El sol brillaba en el límpido cielo azul. Una multitud de multicolores jilgueros parlotaban en las copas de los árboles. Aquella mañana, Beto se levantó tarde, pero muy contento, y fue a tomar su desayuno por primera vez en la pensión. Al entrar en el comedor vio en una mesita rectangular de madera, cubierta de hule con vistosos dibujos, una panera de toquilla, de donde unos panes de harina de trigo despedían unos olores exquisitos y provocativos; al lado estaba un platillo con rebanadas de queso. Cuando se hubo sentado en la silla, le trajeron una taza de leche caliente con pasta de cacao.

- ¡Sírvase, joven -le dijo cortésmente, don Silverio- espero que le guste!

- ¡Oh qué rico...! ¡No se preocupe que a mí me gusta la comida serrana, por eso estoy en su pensión! -añadió con voz delgada y por partes chillona a tiempo que metía un pedazo de queso en el pan.

-Entonces, lo va a pasar bien. Pues, aquí servimos cosas que en la costa ni se conocen.

- ¡Qué rico! ¡Qué aroma! -volvió a decir al llevarse la taza de leche y cacao evaporante a la boca.

- ¡A propósito! -dijo, don Silverio- ¿Quién le recomendó la pensioncita?

- ¡Ah...! ¡varios...!

- ¿Eran del lugar?

- ¡Sí! A ... ver... ¡Sí, eran cajamarquinos! Precisamente con unos muchachos, de quienes me hice amigo, vinimos desde el paradero. Ellos continuaron hacia el Cementerio. El Cementerio queda, allá ¿no?

-Sí. ¡Quienes habrán sido! Pero los que viven por aquí, conocen ya la pensión -decía mientras ordenaba las sillas.

- ¡Ahí -dijo Beto- Hay un señor que le aprecia mucho! Cuando habló de Ud. lo hizo con mucho respeto y cariño.

- ¿Le dijo su nombre?

- No. Pero es un señor casi de la edad de Ud. Trigueño, alto y un lunar en una mejilla.

- ¡Ah! A ver... aguárdese... ¿con bigotitos?

- Creo que sí. Sí. Ahora que me acuerdo. Los tenía ralos.

- Debe de ser mi paisano. Es ganadero. Toda vez que pasa por aquí, se queda dos o tres días como en su casa, ¡Por qué no habrá venido! ¡Se habrá ido a mi tierra! Seguro que estaba apurado. Al regreso vendrá.

~

Beto recorrió todos los lugares que ansiaba conocer.

A mediodía, con el sol en el cénit, se encontraba en la cima del cerrito Santa Apolonia, de donde como de una especie de atalaya, pudo contemplar la vasta campiña. Los destellos de luz que despedían los techos de zinc cegaban los ojos. Sentía hambre y cansancio. Era suficiente por esa mañana. Volvió a la pensión.

Cuando llegó, la pensión estaba llena de comensales. Se sentó hacia la ventana, por donde podía contemplar la naturaleza. El muchacho que servía le llevó primero, una jarrita de fría y efervescente chicha, para calmar la sed, además de un vasito de cerámica burda, seguida de evaporante sopa y un guiso de carne con papitas negras y enteras.

Beto, dejando íntegro el "segundo" se retiraba de la mesa, cuando Silverio le observó:

- ¡Ah, Ud. me había dicho que la comida serrana le gustaba!

- ¡Es que ya no me entra! Ya estoy, lleno. No se preocupe.

Silverio recordó que en alguna parte había oído que los limeños eran de poco comer y no le insistió.

Las actividades se convirtieron para Beto en una rutina pesada, que al principio pareció ser un viaje de placer. Se levantaba temprano, tomaba su desayuno, salía al campo a seguir conociendo lugares arqueológicos, en las tardes iba a buscar a algunos coleccionistas de cerámica cajamarquina, y de vez en cuando asistía a algunas clases en la Universidad.

Uno de esos días, Beto llegó tarde a almorzar. Quedaban en el comedor unos cuantos estudiantes que, mientras comían hojeaban un periódico o leían sus lecciones. Sentándose en su lugar favorito esperó. El muchacho nuevamente vino con su jarrita de chicha fresca y burbujeante, con la cual Beto alivió su sed.

Comió rápidamente, y dejando otra vez el guiso que llevaba

papitas largas y enteras, se iba. Doña Lidu, la esposa del dueño, que en compañía de sus dos pequeños hijos había estado comiendo, levantándose se le acercó y le platicó:

- ¡Qué pena que la comida no le haya gustado! ¿No le agrada que le prepare alguna otra cosita? Diga no más, que yo se lo mando preparar en un ratito.

El joven le dijo que ya estaba lleno y que no se preocupara. Pero ella le insistió diciendo que no se quedara sin comer y que por algo que no comiera no debería pagar y que tal vez, le fuera mejor cambiarse de pensión.

Después de vacilar un momento, adoptando una sonrisa burlona, le dice:

- Bueno, doña Lidu, ¿quiere Ud. saber la verdad?

- Sí... diga nomás...

- ¡No, señora, mejor no le digo nada! ¡Ud. capaz me bota de su pensión...!

- En verdad, joven, no va a pasar nada.

- Prométame que no se lo va a decir a don Silverio, pues, es buena gente, y no quisiera ofenderle,

- ¡Le doy mi palabra, que no le voy a decir nada...!

- ¿Sabe Ud.? -le dice susurrando al oído- ¡Es que hay unos ojitos que me están mirando...!

- ¡Ojitos...!

Beto, antes de que la mujer se repusiera de su sorpresa, rápidamente cruzó el salón y ganando la puerta desapareció de su vista.

Más tarde, doña Lidu comentó el caso con su esposo. Supu-

sieron varias posibilidades:

- ¡Tal vez, al joven limeño no le gustan los niños...!

- ¿Por qué no los dejamos que de hoy en adelante coman en la cocina...?

Al día siguiente, sus hijos almorzaron y cenaron en la cocina.

~

Doña Lidu cumplía años. Este año no lo iban a celebrar como los anteriores. Generalmente había un invitado de honor. Un Alcalde Provincial; Prefecto o Subprefecto. Este año las autoridades habían sido cambiadas. No eran sus amigos. No los conocían.

Por esta vez, se contentarían con que sus compadres, paisanos notables y sus pensionistas asistieran. Una especialidad de la pensión era el cuy a la brasa. Muy estimado por le gente de la región. Cuando había banquetes, no podía faltar en la mesa, este succulento platillo. Esa noche, cada invitado recibió medio cuy, que parecía medio lechoncito asado, con sus papitas enteras, salsita de tomate con cebolla picada y rocoto y la infaltable chicha de maíz germinado.

A medida que la cena evolucionaba, los tratos corteses, fríos y desconfiados, se fueron haciendo francos y calurosos. Beto que tenía gran facilidad para hacerse de amigos, se conocía con todo el mundo y conversaba animosamente, especialmente con quienes le rodeaban. Todos los invitados estaban por dar fin al medio cuy, con excepción de Beto que aún lo tenía intocado.

- ¡Ya Beto, come...! -le decían. Unos en broma y otros, en serio.

- ¿Qué pasa pué compare, no me dirás, que en Lima no se come el cuy...? -dijo un zambito piurano, estudiante de la universidad.

- ¡No, no! ¡Nada de eso, compadre! ¡Claro que se come! - respondió Beto a tiempo que sorbía chicha de su vasito de cerámica.

Por allá, en corrillo, los muchachos cuchicheaban y reían a mandíbula batiente, mientras algunos meneando la cabeza decían:

- ¡Qué tonto...!

Aunque Beto no sabía si decían por él.

Don Silverio y su esposa conversaban abstraídamente con sus compadres; sin embargo, estaban atentos a todo lo que a su alrededor sucedía. Estaban conscientes de la batalla que libraban contra Beto. Entonces, para distraerlos un poco, Silverio levantando su copa les dijo - ¡Salud...!

Todos respondieron - ¡Salud...!

Un muchacho de Jesús, que silenciosamente había estado observando la escena, levantándose, y dirigiéndose a don Silverio dijo:

- ¡Que no haga pues ese desaire! ¡Que por lo menos por tratarse del onomástico de la señora, que se sirva el cuysito...!

A iniciativa de una de las chicas universitarias, empezaron a corear:

- ¡Que se sirva! ¡Que se sirva...! Al ver que el asunto se ponía serio, Beto jala el plato hacia sí, y con los ojos casi desorbitados fijamente lo observa. Los demás, reteniendo el aliento le miran ansiosos de saber qué iba a hacer. Y como Beto se demoraba, para alentarlo volvieron a corear:

- ¡Bravo! ¡Bravo, Beto! ¡Bravo, Beto...!

Beto meneaba la cabeza y lo vuelve a alejar...

- ¡Que lo coma! ¡Que lo coma...! ¡Que lo coma...!

Beto se pone de pie, y dice tener necesidad de ir al baño y sale.

- ¡Que no se vaya! ¡Que no se vaya! -y en su ausencia preguntaban:

- ¿Por qué no lo comerá? ¿No le gustará? ¿No comerán cuy en Lima...?

- ¡Algunas comidas no les gustan, pues...!

Silverio que se divertía con las ocurrencias de los jóvenes invitados temiendo que Beto se hubiese dado por resentido, levantándose fue tras él. Pero, poco después regresó.

Beto volvió a aparecer entre el marco de la puerta y los muchachos otra vez corearon:

- ¡Que coma! ¡Que coma! ¡Que coma...!

Cuando apenas el joven se hubo sentado, doña Lidu acercándosele le dice con voz dulce y maternal:

- ¡Sírvese... jovencito...! ¡Está rico... pruébelo por lo menos!

Beto nerviosamente dibuja una sonrisa en sus temblorosos labios, jalando nuevamente el plato de cuy, lo vuelve a mirar. Vuelve el suspenso. Todos aguantando el aliento, permanecen atentos llenos de curiosidad. Beto ríe nerviosamente, y tartamudea:

¡Es que... es que... hay unos oji...tos que... que me están mirando! ¡Por eso... no... no lo puedo co... comer...!

- ¡Qué!!!! -dijeron todos al unísono.

- ¿Ojitos? ¡Este está ya borracho...! -criticaron algunos, impacientes.

Doña Lidu creyendo haber entendido el problema, cogiendo el plato, fuese rápidamente hacia la cocina.

- ¡Oye, habla, pues...! ¿A qué ojitos te refieres...! -decían otros...

- ¡Aquí tiene, joven! -dijo doña Lidu, al tiempo que le ponía el plato de cuy, esta vez acompañado de arroz graneado, en lugar de las ojonas papitas de San Marcos.

- ¡Ay muchas gracias, señora! ¡Ud. es la única que me comprende... es Ud. mi madre...! -y empezó a devorar el cuy asado con el arroz blanco. Todos se miraron y soltaron una sonora carcajada...



EL BELLO SALVAJE

¡El Bello Salvaje, es bello de verdad! ¡Arisco y juguetón! ¡Fuerte y salvaje! ¡Alerta y siempre listo para la fuga! Pareciera confirmar aquel pensamiento que, ningún animal salvaje se domestica por completo. Por su imponente figura, enhiesto sobre sus largas extremidades, con fuertes y poderosos músculos, se diría que es una avestruz empequeñecida.

Le gusta bañarse en agua cristalina y pura. Cuando ve el fluir del agua, se torna ansioso. No habla, pero comunica su deseo.

Su dueña, una niña de pocos años, por la portezuela mete en la jaula, un platillo lleno de agua. Entretanto ella maniobra la jaula y el platillo, él se trepa en el techo, desde donde observa anheloso. En cuanto se retira, el Bello se descuelga y pesadamente salta en el piso. Sigilosamente se acerca, y en el agua se ve retratado de cuerpo entero. Se hincha como esponja como si ahí descubriese un contendor. Por un momento permanece izado sobre sus largas patas, como un atleta que se impulsa en la punta de la garrocha para salvar la valla.

El ralo plumaje de su testuz se eriza, como el de un gallo de pelea cuando se alista para el ataque. Alarga el pescuezo y acerca el pico hacia el supuesto contendor, y en esa posición, volteándolos cual toro de lidia, gira los ojitos como abalorios de cristal y aplica un fuerte picotazo, que al darse en el agua, ve su imagen diluirse, y orgulloso levanta su cabecita en actitud de triunfo. En seguida, mete una pata en el agua, luego la otra, y al sentir el frescor pía de contento. Y doblando las rodillas, como si plegase dos zancos, se posa.

Hundiendo su quilla, relaja sus músculos, y desplegando

sus alas a guisa de abanicos, cubre totalmente el platillo. Busca el agua con el poderoso pico. Sacando, vierte picotadas de agua a su espalda. Chapoteando, se divierte cual nene. El agua al esparcirse forma una fina garúa que, al juntarse con los rayos del mañanero sol, dibuja un vistosísimo pequeño arcoíris.

- ¡Se acabó el agua! El Bello se revuelve en el platillo como queriendo sacar la última gota. Se tranquiliza y observa por un momento el líquido que ha derramado, recoge algunas gotas y las mordisquea. Se alza sobre sus “zancos” con sus plumas pegadas en su afiebrado cuerpecillo, que por partes deja ver le piel desnuda. Aplica un fuerte remezón a su empapado cuerpo y la última llovizna, aviva el pequeño arcoíris.

Ahora empieza con el secado. Recorre con el pico pluma por pluma, con el movimiento de las alas, airea y las alisa. Momentos después, se le ve como pintado: enhiesto sobre sus largas patas, su testuz oscuro salpicado de puntos rojos y azules; su pecho redondeado como capullo de rosa carmesí. En el ángulo de la jaula se relaja y se amodorra al calorcito que producen los dorados rayos del sol.

A la vista tiene hambre. Se acerca al vasito de mostaza y la esparce con el pico, y repite varias veces la operación. Recogiendo algunos granos, los mordisquea; unos se los traga y otros, los escupe.

Vuelve al vasito, y con toda delicadeza, tomándolo del borde lo baja y a picotazos, en un momento lo convierte en una coladera. El vasito de agua que estaba fijo en un anillo de alambre corre igual suerte. El piso de cartón se ha hecho sopa, lo toma a picotazos hasta convertirlo en un montón de basura. Escarbando con las patas como una gallinita, forma un montículo, que atrás apenas se nota su presencia.

Le metálica jaula ya no está en su lugar original. Metiendo

su fuerte pico bajo la jaula, y usándolo como palanca logra deslizarla. Fuera sólo queda la huella enmarcada por el agua, lo mostaza y los fragmentos de cartón.

La dueña, para quien la mascota es su juguete, llega con su cesta en la mano. Al sentir su presencia, arma tremendo alboroto. Cogiendo la escoba y el recogedor realiza limpieza tanto dentro, como fuera de la jaula. Coloca nuevo cartón, nuevos vasitos y agua y mostaza. El Bello colgando del techo como un loro, espera. La niña coge de nuevo su cesta. El alboroto se renueva. Un racimo de uvas cae en su techo, y aquél va ansioso al ataque. Coge grano por grano y los parte, después de comerlos, succiona el jugo. Seguidamente, la pequeña dueña le pone higo maduro con lagrimitas de miel cristalina. Al terminar de comer, se aquietta. Los rayos del sol ya no caen a la jaula. La niña la traslada al balcón, mientras camina a su mascota le conversa:

- ¿Estás contento...? ¿Y tu baño... te gustó? ¿Y tu fruta...? Pareciera que con sus gestos y remilgos respondiera que sí.

Los rayos del sol caen intensamente en el balcón. La gente transita de prisa por las aceras de la avenida Brasil, y los carros pasan con sus vidrios y cromados que despiden fugaces y ardientes destellos.

El tibio ambiente, al Bello le amodorra. Con sus ojillos vigilantes al menor ruido dormita, hasta que poco a poco se queda profundamente dormido, como un niño después del refrescante baño.

A poco rato se despierta. Estira las patatas hacia atrás una por una, como tratando de desentumecerlas. Y echa sobre ellas un ala desplegada como protegiéndolas, del candente sol. Se pone de pie. Se pasea de extremo a extremo. Estirando el pescuezo mete el picazo en el vasito de agua, se traga un sorbo de ella, y adoptando la pose de un cantante de ópera, con el pecho inflado

emite unos silbidos. Le va poniendo requiebros, hasta que arranca con un recital continuado de unas dos horas. De rato en rato sorbe del agua como si la garganta se le secara.

- ¡Es voz cristalina y pura...! -diría el entendido en canto y música. Los hechizados corazones que transitaban por la avenida, buscan que ubicar con el oído el lugar donde ejecuta su canto el artista. Las notas, de su melodía juegan con el estado de ánimo del oyente. ¡Cuando feliz, más feliz! ¡Cuando triste, más triste...!

~

Era una tarde otoñal en Cajamarca; temporada en que las mieses se doran, y la campiña se tachona de florecillas multicolores, cuando el Bello llegó a nuestra casa. Fue una niña campesina la que trajo a venderlo. Cuando salimos a atenderla, sostenía una pequeña cesta de carrizo, negreada por el tiempo y el uso. La boca la tenía cubierta con un mantel blanco percutido. Sujetando el borde del mantel contra la boca de la canastita metió su pequeña y cuarteada manita, y después de una breve escaramuza en el interior extrajo un huanchaco pollo y nos mostró por el pecho que era anaranjado intenso, y sus fuertes y largas patas, terminaban en unas uñas que parecían agujetas. El polluelo con su fuerte pico y poderosas alas pugnaba por fugarse.

- ¿Vuela?

- ¡Sí, ya vuela...!

- ¿Qué tiempo tiene?

- Aproximadamente un mes. Es el mayor de tres.

Nuestra pequeña se apareció con la desvencijada jaula de alambre, que desde hacía tiempo había estado en el depósito. La

pequeña vendedora con esfuerzo lo metió y se quejó de dolor. Cuando se la miramos, su pequeña mano sangraba. El huraño huanchaco le había clavado sus punzantes uñas.

- ¡Sólo come choclo...! -nos dijo. - Si no quiere comer hay que ponerle la comida abriéndole el pico...

En efecto, no quiso comer. La pequeña dueña hacía esfuerzos para colocarle la comida en el pico de su flamante mascota.

En este plan estuvo varios días. En más de una oportunidad quedó con la mano ensangrentada en el afán de sacarlo de la jaula y devolverlo luego de hacerle comer. Un día, con impaciencia protestó:

- ¡Este es un salvaje...! ¡Una le hace comer y en lugar de agradecerle, miren lo que hace...!

Para suavizar un poco su enfado le dijimos:

- ¡Claro, es un salvaje, pero no te parece un bello salvaje...!

- Entonces, en adelante que se llame Bello Salvaje. Así nació el nombre para el hermoso huanchaco, que a nuestro parecer es el ave representativa de la campiña de Cajamarca, y es el otoño, que más se parece a la primavera, la temporada de su apogeo.

~

Era mayo, mes de flores. El cielo se veía puro. Parecía un gigante cristal-violáceo, engarzada en lo cima de las verdes colinas. El sol, alegre y juguetón divertía sus candentes rayos en el hervidero de vida que bullía en aquel paraje.

Los picos y los élitros, los mugidos y los balidos, los aullidos y gruñidos, uníanse armoniosamente en... una sinfonía muy

original.

Para los ojos: flores, gualdas y rosas, carmíneas y malvas, azules y celestes, como si el cielo se hubiese deshecho en florecillas silvestres.

Para las narices: aromas de miel, ácida y picante; perfume de retama, con sabor a remedio; de alfalfa y trébol, que recuerdan la fresca leche.

Como desprendiéndose de aquel cuadro pintado por la mano divina, cual petardo arrojado al aire, surgiendo del matorral, elévase un ave, y esparciendo su canto de notas abreviadas en el espacio, vuelve a su lugar. Al ampliar el área de nuestra observación pudimos ver que esto se repetía por todas partes.

A lo lejos los clic, clic del rapaz cernícalo se oyen. Las asustadas avecillas corren a guarecerse en los malezales, conociendo los hábitos de aquél, que es buen cazador en el aire. Su inconfundible sombra planea sobre el trigal. ¡Ninguna ave resuella! Pasando por la copa de un árbol por instantes se sobrepasa. Hay aleteos. El cazador reemprende su vuelo, dejando caer plumas azulinas, rojas amarillentas, que el viento las esparce en el sembrío.

Aquel cohete que habíamos visto volar en una prueba de acrobacia veloz, surgiendo con la celeridad del salvavidas, parte tras el cazador. Lo alcanza y en el aire se entabla la lucha. El cernícalo suelta la presa, que cae sobre el trigal. Creímos que estaba muerta, pero casi de inmediato corrió a esconderse en el pastizal.

La batalla continúa. Llueven más plumas. No se sabe de cuál de los paladines son. Uno de ellos abandona la lucha y emprende una veloz fuga. Es el rapaz, que con sus lastimeros clic, clic, clic, se aleja y piérdese de la vista.

El campeón, posándose en la cima de un árbol, inflando su

carmíneo pecho suelta su canto triunfal.

¡Qué valiente!

¡Viva campeón!

¡Cosa inaudita! Un carnicero vencido por un granívoro.

El valor y la inteligencia se impusieron a la fuerza bruta. Desde entonces, nos convertimos en su admirador.

Los campesinos los consideran destructores del maizal. Nos recordó del refrán que decía:

"Todas las aves comen el maíz, pero el huanchaco carga la fama." Empollan sus huevecitos en nidos precarios en el suelo, entre los maizales, los cebadales, los habales, etc.

~

Nuestra permanencia en Cajamarca llegó o su fin. Viajamos a Lima. El Bello hizo un buen viaje en una casita de cartón que la dueña le había fabricado. Le compramos una nueva jaula. Se adaptó muy bien al cambiante clima de Lima. Durante los veranos solo había que duplicar la frecuencia de sus baños.

Ocho años más tarde, viajamos a Huancavelica, cuya capital, está a una altura de 3600 metros sobre el nivel del mar, donde, aunque un poco más difícilmente que en Lima se adaptó. Los primeros días estuvo acatarrado. Había que envolver su jaula en mantas de lana para protegerlo del frío. En cuanto los rayos del sol entibiaban el ambiente, se le trasladaba al jardín, donde después de su acostumbrado ritual ofrecía su melodioso recital.

Aquí no había el bullicio de Lima, pero los perros vagabundos y los gatos techeros lo asustaban, además de la reventazón

de los cohetes de los festivales pueblerinos, y del monótono tañer de las campanas de la vieja iglesia de Santo Domingo que estaba a unos veinte metros del lugar.

Una mañana lo notamos triste y huraño. No le prestamos la debida atención debido a que, en otras ocasiones, solo, había superado estados similares. Tal vez, confiamos mucho en su fortaleza. Muchas veces lo habíamos dejado solo, al salir de viaje. Una vez, hasta quince días consecutivos, dejándole por fiambre camote crudo. Pues no se le podía dejar agua ni mostaza, porque tenía la manía de derramarlas.

La mañana siguiente agonizaba. Sus zancos estaban rígidos, su pico cerrado y su siringe de oro, callado para siempre. Por nuestra presencia pasaron algunas escenas del recuerdo cajamarquino. Estábamos por enterrarlo bajo el rosal, cuando alguien fue de la idea de disecarlo, para tener su monumento. El taxidermista nos informó que la causa de su muerte había sido rotura del pico inferior por usarlo para palanquear la jaula. Disecado.

¡Parecía vivo en actitud de cantar!



EL AMO

El sol de la mañana brillaba en el puro cielo azul de Acoria, replegando las sombras bajo los cerros, en su marcha hacia el cénit. Unas mujeres lavaban ropa bajo la fría cascada de aguas transparentes que, viniendo de las cumbres desemboca en una caída llamada "Paqcha" a unos metros de la línea de ferrocarril Huancayo-Huancavelica.

El autovagón hacía minutos que había pasado, dejando estelas de humo y el olor peculiar de gasolina que aún vagaban en la atmósfera. A una cuadra en línea recta, estaba la estación, donde se aglomeraba la gente para la hora de llegada del tren.

Las campanas de la centenaria iglesia empezaron a doblar a muerto. Las lavanderas se santiguaron con las manos chorreando agua, y comentaron:

- ¡Ay, Dios mío! ¡júzgalo según Tu divina justicia! ¡Ese canalla, me parecía que nunca se iba a morir! ¡En esta vida todo llegaba a su fin...! -Decía la más anciana, al tiempo que golpeaba ropa jabonada con el puño sobre la piedra, con la cara hinchada de la bola de coca, cuyo jugo extendíase por las comisuras, por el movimiento del maxilar,

- ¡Sí, pues, cuánto abuso, comadrita! ¡Quien no ha sufrido las consecuencias de sus fechorías! ¡Hacía trabajar gratuitamente a la gente! Cuando mi difunto esposo, cansado de servirle de balde, se negó a seguir haciéndolo, Uds. recuerdan lo que le hizo. Haciéndole detener acusándolo de desacato a la autoridad, ordenó su apaleamiento, y arrojando sangre por la boca, murió - guardó un silencio dramático y sus lágrimas corrieron por ambas mejillas y cayeron en el agua con que lavaba. Jalando el extremo de su fuste se las enjugó. Las otras mujeres, compungidas y con

gestos de indignación, la miraban de reojo, mientras atendían sus lavados.

- ¡Comadre, ya no llores! ¡Para qué vas a gestar más lágrimas! ¡Ya murió! -dijo la otra, fingiendo serenidad.

- ¡Verdad! ¡Qué no ha hecho! ¡Quien no ha sido su víctima! Mi pobre padre tuvo que entregarle sus únicos dos bueyes, para que a mi hermano no le enviara al ejército -intervino la más joven.

¡Qué han tenido, pues, estos... si todas sus haciendas las han agrandado a base de robos... Quien no ha perdido su propiedad en beneficio de ellos. Ahora que él murió, los hijos seguirán sus pasos. Sentenció la más vieja.

El tren pitó a la distancia, anunciando su presencia. Las mujeres callaron. La gente que esperaba comenzó a hormigear en la estación de ferrocarril. Las campanas continuaron tañendo, y la cascada parecía caer con menor fuerza.

~

Al día siguiente se llevaban a cabo las exequias. Los hijos del difunto que vivían fuera, llegaron. El primero en hacerlo fue Jorge, el menor de ellos, que residía en Huancayo. "La Oveja Negra" de la familia. Que no había tenido éxito en los estudios y no había obtenido ningún oficio. Los padres cariñosamente le llamaban Coco, y la gente de su hacienda, que solo hablaba lengua vernácula, le decía "niño Cucu". En la opinión de los observadores, éste sería quien heredaría las haciendas y tal vez, le sucedería a su padre, en la Alcaldía.

Por temor a las posibles represalias del virtual Alcalde, la

gente se fue sumando poco a poco al cortejo que iba camino al cementerio general, por la calle principal. El cura celebró la misa de cuerpo presente a la puerta del cementerio. Leyó algunos pasajes de la Biblia, entre ellos; "De polvo sois, y en polvo os convertiréis."

Un hombre, por todos conocido como el "Borrachito", tras la multitud sentenció:

"La maldad baja con el malo a la tumba,
la bondad sobrevive a la muerte."

Dos hombres cavaban la tumba. La tierra húmeda que fueron extrayendo, formaban un montículo, donde algunas gordas lombrices se entrecruzaban entrando y saliendo en el montón. El golpe seco del pico dio en una caja de madera. Uno de los hombres, con su mano retiró la tierra para ver qué era, y descubrió el extremo de un ataúd, donde se veía aún la pintura sobre la madera.

- ¡Es la doña Micaela! -dijo el hombre en un tono burlón.

- ¡Entonces, la va a pasar bien la vieja esta noche! -replicó el otro, y ambos reían.

La negra multitud permanecía a la sombra de los árboles, rumiando las hojas de coca, al tiempo que un hombre de chullo servía copitas de aguardiente.

~

Los días contiguos, los hijos del difunto Alcalde retornaron a sus lugares de procedencia, quedando en Acoria y al frente de las propiedades, el Jorge, tal como habían calculado algunos vecinos.

Celebrado, según las costumbres, el quinto día, el "niño Cucu", hizo importantes donaciones a la Parroquia y a otras instituciones.

Una de esas noches, como suele decirse, entre gallos y medianoche, se celebraba una fiesta en homenaje al flamante Alcalde, que por decisión del cura, el comandante de Puesto, el Regidor y el Teniente Gobernador, había sido ungido en una sesión secreta.

~

Desde que el finado Alcalde, Glicerio Llestas cayera con la parálisis, que varios años le tuvo postrado, y que finalmente le llevara a la tumba, no había habido otro jinete que montado en corcel blanco recorriera las estrechas callejuelas de Acoria.

Uno de esos pardos amaneceres, antes que cantasen los pájaros, el relincho de un caballo que subía el barrio de Chaqas, despertó a los pobladores. Ladraron los perros. Cuando el jinete ya trasponía la frontera del barrio, un perro lobo, erizando su ceniciento pelaje, se deslizó subrepticamente ante el caballo, y mostrando sus colmillos, lo encabritó. El jinete, a voz en cuello lanzó imprecaciones. Una susurrante voz de niño persuadió al animal a no molestar a la Autoridad. El can en la misma forma como había llegado hasta el corcel se metió en el corral y desapareció. La gente guardó silencio, hasta que el chasquido de los pasos se perdió a lo lejos.

- ¿Adónde estará yendo ese suwa(*)? -murmuró una voz femenina.

(*) En quechua: ladrón. Nota de la editora.

- ¡Hijo de suwa, dirás! -respondió una voz de varón.

- ¡Hijo de suwa, también es suwa! ¡Hijo de zorro, es zorro! ¿o no? -sentenció implacable con la voz irritada.

- Pero, mujer, éste puede ser diferente que su padre.

- ¡Sí, va a ser diferente! ¡Va a ser más fino! -concluyó la mujer.

Al otro día, Fermín Jampi y su mujer eran citados al despacho del Alcalde, por poseer en su casa un perro bravo, que representaba un peligro para la integridad física de la vecindad.

Después de un "tira y afloja", como se dice, llegaron entre las dos partes a un acuerdo: Que el demandado, en lugar de ir a la prisión, fuera con su perro a una de las haciendas a trabajar y cuidar del hato.

~

De los caseríos el alcalde regresaba, con un carnero desollado en las ancas de su caballo. Otras veces, además del desollado, dos o tres hombres a pie le seguían cargando sendos corderos vivos.

La familia Pirqa de Siripampa, había sufrido merma en su ganadería por acción del alcalde. Rufina, hija mayor, estaba al mando del hogar y de las tenencias, en ausencia de sus padres, quienes se encontraban en la mina. Rufina fue tras del suwa hasta la población y nadie le dio razón. En eso, encontróse con un tinterillo y ... le expuso su queja. Este le aconsejó que llevara su demanda a la capital provincial, conocida por ellos con el nombre virreinal "Villa".

Caminando por las punas, Rufina llegó a la Villa, y al reconocer sus limitaciones se sintió desalentada: No sabía hablar castellano, no sabía leer ni escribir, no tenía dinero y no sabía dónde comer ni alojarse, y en última instancia no supo qué puerta tocar. La Villa no era para ella, como su pueblo, donde fácilmente se comunicaba con todos, no tenía que comprar comida ni pensar en pagar por dormir una o dos noches. Si la noche le caía fuera de su casa, y quería quedarse por ahí, le bastaba llamar a algún “tío” o “tía” y decirles de quien era hija, y era bien atendida...

Andando con estos pensamientos por las calles, acertó pasar por los portales de una vieja casona, en cuyo corredor estaba un grupo de gente campesina, dos varones y como ocho mujeres, sentados en el piso de cemento. Ellas vestidas de negro, como cuervos, picoteaban con sus secos y negreados dedos, desmenuzadas hojas de coca, de un mantel extendido sobre sus rodillas. El declinante sol dirigía sus rayos oblicuamente hacia ellos. La vacilante sombra de Rufina, que quería acercárseles atrajo la atención de la mujer del extremo que parecía ser la más anciana del grupo. La joven aprovechó para saludarla. El resto también levantando les caras voltearon a mirarla. Ella saludó a todos uno por uno. Sentándose al lado de la anciana, le contó su caso y preguntó que si ellos podían guiarle.

-Nosotros también estamos en un asunto. Estamos esperando a nuestro Defensor, que ha ido a la Corte- dijo la anciana indicando con la mano el edificio de dos pisos, que estaba enfrente, revestido de cemento, en cuyas ventanas de cristal, el sol quebraba sus rayos, y no permitía observarlo bien. A la puerta, un gendarme se paseaba, y un pedazo de cielo curvado por el arco de la construcción azulaba la cima del cerro Santa Bárbara.

Minutos después, un hombre viejo de mediana estatura, de traje desvaído, con una calva que se le incurvaba hacia la nuca,

entró por uno de los arcos. El grupo se puso de pie. El hombre tratando de sobreponerse a su nerviosismo, les dijo que el abogado no había llegado y que no había podido hacer firmar el recurso, y que regresaran al día siguiente. El tinterillo salió a la Plaza, seguido por la oscura multitud, y diciendo que el asunto estaría resuelto en cuanto llegase el letrado, separándose del grupo se iba con dirección de la Corte Superior, cuando Rufina azuzada por la anciana, tomando valor le detuvo llamándole "tay-tay".

El hombre, mirando hacia la catedral le escuchó, luego le dijo:

- ¿Hay testigos?

- ¿Testigos? ¡Hay muchos! ¡Todo el pueblo es testigo!

-Entonces, vuelve a tu pueblo y regresa con dos o tres testigos...

- ¡Quiero que me pague de mis carneros... y todavía los mejores se los ha llevado ...tayta! -dijo quejosa... sin dejarle terminar al "Defensor".

- ¡Sí, sí! ¡Eso tiene que hacer! De lo contrario, va a la cárcel por robo y abuso de autoridad... diciendo terminó con media sonrisa y se fue.

El grupo ya doblaba la esquina hacia el barrio de San Cristóbal, Rufina no teniendo a donde ir fue a buscar la compañía del grupo, para ver si le permitían pasar la noche con ellos, aunque dos mujeres jóvenes con tiernos bebés, la habían mirado con desconfianza.

Pero, eso no le importó. Ella estaba contenta con la gestión que había iniciado. Pareció resuelto su asunto. ¡Qué fácil era llevar la queja a la Villa! De ser varón, se hubiera ido de noche a su pueblo. Pero al día siguiente temprano por la mañana se iría y

hablaría con fulano y mengano, quienes, estaba segura, que de buena gana vendrían a declarar contra el ladrón de carneros.

Los campesinos pasaron la noche en un zaguán, sentados en fila, pegados de costado. A Rufina no le importó la incomodidad. Ella solo había ido en busca de justicia y le pereció que iba por buen camino... Durmió una que otra pestañada y esperó ansiosa que amaneciera. Mientras tanto dio vueltas a sus pensamientos. El "Defensor" le había perecido buena gente. Su quechua no era huancavelicano, sino ayacuchano. Ella tenía buenos recuerdos de los ayacuchanos que vivían en Acoria, eran amables y amistosos. Se imaginaba la cara de sorpresa que el alcalde iba a poner cuando le notificasen con orden de comparendo de la autoridad respectiva.

~

Rufina que había retornado a su casa con el corazón henchido de contenta, sufrió un gran contraste al encontrar frías a las personas de quienes había esperado apoyo. Resulta que el Alcalde había llegado a saber del viajecito que la Rufina había hecho a la Villa y de los propósitos que la habían llevado y... enviando a un secuaz había hecho amenazar a toda la población, que quien se metiere con él se haría acreedor a sus represalias... y conociendo de lo que era capaz, la gente desistió su ánimo de llevar sus quejas a la capital provincial como lo había hecho Rufina.

~

Por estar ocupado en agrandar sus bienes, el alcalde no había reparado en su edad. Bordeaba ya los cuarenta años, y no había tomado esposa, aunque él paraba enamorando, como alguien decía, a todo títtere con falda. El cura que era su consejero, en broma y en serio le decía que debía sentar cabeza, tomando una mujer por esposa. Sus amigos y el pueblo murmuraban que no lo hacía por tacaño. Su disculpa ante todos era que, en su pueblo no había mujer digna de él.

Coincidentemente, a estas alturas llegó una muchachita delgada y espigadita, y de tez pálida, hermana de uno de los comerciantes establecidos en Acoria, atrayendo la mirada de todos los galanes, incluyendo las del alcalde, quien evidentemente perdió la cabeza por ella y la creyó suya. Como primer paso, para acercarse a su familia, hizo nombrar su Regidor de confianza al hermano y tuvo motivos para estar día y noche metido en la casa del comerciante. Se esmeraba en prestar atenciones a la muchacha, quien no parecía interesarse en él ni en nadie.

A mitad de año, llegó Juanito Chaupi, hijo de otro de los comerciantes de Huanta que estudiaba en Ayacucho con quien, al parecer la muchachita simpatizó a la primera vista. Aunque, se comentó más tarde, que desde hacía tiempo eran enamorados. Esta actitud encendió los celos de los pretendientes y en especial del alcalde, quien, resentido con ella y su familia, decidió tomar la primera represalia que se le ocurriera.

Una tarde de sol, tal como lo hacían todas las muchachas, la huanteñita se fue al río a lavar ropa. Instalándose en su lugar favorito, en un recodo del río, secreto y poco frecuentado, esperó a Juanito. Este para no delatar el lugar de la cita, para despistar a los vigilantes, dando un rodeo por el pueblo, fue al encuentro de la chica.

Cuando ambos enamorados, olvidados del mundo que les rodeaba, se encontraban en un caluroso coloquio, hecho una fu-

ria, echando a tierra el cerco de piedras superpuestas, que separaba del lecho del río un campo de sembradío, de sorpresa les cayó. Ambos jóvenes asustados como hojas que vibran con el viento, temblaban ante el sádico, mirándolos de pies a cabeza, prepotentemente golpeando un fuste de cuero en la palma de su mano, se pasea alrededor de los dos jóvenes, que pálidos de miedo se miran sin atinar a hacer nada.

- ¡Su Libreta Militar...!

Juanito mete nerviosamente la mano en un bolsillo, la saca, la vuelve a meter; la mete en los demás bolsillos, y finalmente en el de la camisa y saca un papel doblado, y extendiéndolo se lo muestra.

El Alcalde lo coge, lo mira al muchacho, luego a la chica, que permanece de pie y con la mirada gacha, y se queda buen rato mirando el papel.

- ¿Su Libreta Militar? -vuelve a preguntar.

- ¡No... no... no la te... te... tengo to... todavía!

¡Es... que no... no no la la he can... canjeado to...avía...! - tartamudeó.

¡Ah, entonces, está mal pues! ¡Tendrás que ir al Ejército! Acabo de recibir la orden de la superioridad. A todo omiso debo mandarlo al cuartel.

- ¡E... es... que to... to...avía no...no me toca! ¡El...el próximo me... mes, me... me toca... can... canjear...!

- Bueno, bueno, jovencito, a mí ni Ud. ni nadie me va a engañar, "Dura es la ley, pero es la ley" -decía mi padre. Así es que me acompaña Ud.

- ¡Pe... ro por qué! ¡Ahí está mi Boleta de Inscripción! - serenándose se resistió a seguirlo,

- ¡Vamo... vamo! ¡O lo llevo a la fuerza! -volvió a golpear el fuele que solía llevar consigo a todas partes.

El joven, estando del parecer que no tenía otra alternativa, con renuencia empezó a caminar tras el impositivo mandamás. Y éste, frenando sus pasos en seco, volteándose hacia la muchacha, que muerta de miedo había presenciado la escena, le dijo:

- ¡Ah y tú, pórtate bien, pues tengo permiso de tu hermano para hacerte vigilar! Remirándola por buen rato, con los ojos inyectados de ira, se alejó seguido del joven enamorado.

Los próximos días se celebraba la fiesta patronal de Acoria. El alcalde se refugió en su casa con el pretexto de prepararse para las fiestas y no recibió a los padres ni a los parientes y amigos que fueron a interceder por el joven que estaba detenido.

Un cura vino expofeso para la festividad. Muchas personas que no habían querido confesarse con el cura de Acoria, aprovecharon para hacerlo con el visitante. El alcalde también lo hizo y el día central, comulgó junto con los otros. Los padres de Juanito Chaupi esperaban compungidos a la puerta de la iglesia. Tenían prisa de hablar con la Autoridad para pedir la libertad de su hijo, quien, a juicio de ellos, se encontraba injustamente en cautiverio.

Salió al fin, llevando los brazos cruzados en el pecho, y la mirada elevada al cielo. No parecía pisar el suelo, ni mirar a nadie. En esa reverente posición atraviesa el patio y desemboca en la plazuela y se abre paso entre la multitud. Un cerdo chusco que por ahí vagaba, caminando distraídamente se le cruza, y casi le hace caer, que le hace lanzar imprecaciones y groserías arremetiéndolo a puntapiés al irrespetuoso animal. La gente que lo esperaba a hurtadillas, se ríe.

Al día siguiente, el recién comulgado alcalde bailaba con la multitud, al compás de una banda de músicos por las calles de la ciudad. Los festejos duraron toda la semana. El lunes siguiente,

por fin se abrió la Alcaldía y los padres de Juan pudieron hablar con él. Su negativa de darle libertad fue rotunda. Los amigos más allegados al comerciante y a su vez al Burgomaestre fueron a interceder por el muchacho, y obtuvieron la misma respuesta. Ana, que era le huanteñita, fue la última en hacerlo. A ella le ofreció soltarlo de inmediato, si le prometía casarse con él.

Cuando los padres del estudiante insistieron, les dio una última alternativa: Que al mozo lo sacaran del pueblo, a más tardar al día siguiente. Ellos aceptaron. Y Juanito, salía de retorno a Ayacucho.

Poco después, también Anita, se fue de Acoria, cerrándose así el asunto.

~

Los pobladores de Acoria se indignaban cada vez más por las actitudes abusivas del jefe del municipio. Cuando Juan Chaupi se fue antes de que transcurriera el período vacacional, su compañero de colegio, Máximo Qori, quedóse bastante preocupado y extrañando su ausencia. Un día, echado de barriga al pie de un guindal, leía un libro que en el colegio se lo habían prestado. Se topó con el siguiente pasaje:

"Quien teme a Dios, nada teme..."

"Quien no Le teme, hasta a su sombra teme".

"Los impíos son cobardes y supersticiosos..."

Que le recordaron una experiencia de brujería, que hacía algunos años, había presenciado. Resulta que tenía un tío aficionado a las magias. Tenía un libro, un tratado de magias. Pero que no sabía leer. Una noche recibió un trabajito de hechizar o em-

brujar a un vecino que en ciertos pleitos por la posesión de tierras, le había ganado. Quería volverlo ciego. En su libro estaba la fórmula. Consistía en coser los ojos de un sapo, en una noche sin luna, mientras alguien leía la fórmula. Máximo, aprovechando de esta ocasión había logrado hojearlo y había encontrado otra fórmula que decía:

"COMO MATAR A UN ENEMIGO"

y recordaba la fórmula. De inmediato se puso a fabricar un muñeco, con una apariencia casi exacta del alcalde, con el corazón de globo de tinta roja y en la noche, cuando la luna se hubo ocultado, bajó sigilosamente a la población, y mientras la vecindad dormía, diligentemente colgó el muñeco en el dintel de la puerta de la Alcaldía, y atravesándolo con un puñalito por el pecho, y chorreándole "sangre" lo dejó.

A las cuatro de la mañana pasó por ahí el panadero que iba a amasar el pan de la mañana. Fue el primero en verlo. Llegando asustado y jadeante, murmuró ante sus dos ayudantes:

- ¡Cómo lo han embrujado al alcalde! ¡El alcalde tiene que morir! ¡Pero, qué profesión la mía, a mí me tenía que tocar la mala suerte de toparme con el hechizo!

Apenas aclaró el día, horrorizada la gente esperaba, y luego de escupir y hacerse las cruces en el pecho se fueron a encerrarse en sus casas. Nadie salió durante el día. A la hora de costumbre, el alcalde fue con dirección a su oficina. Las calles estaban desiertas. La gente no estaba a saludarlo, como hacían siempre. Pero, sin preocuparse por esto, llegó a la puerta de su Despacho, ¡Pero... estaba cerrado! ¡Por qué no lo habrá abierto el secretario...! ¡Extrae su llave para abrir! ¡Levanta la mirada y se ve retratado en el muñeco! ¡El sudor frío humedeció su tembloroso cuerpo! ¡Se le oscureció la vista y de bruces cayó! ¡Nadie fue a auxiliarlo! ¡La gente miraba por las rendijas! ¡Ahí estuvo buen

rato, el cuerpo inconsciente del poderoso amo del pueblo, dejado a su suerte, como una bazofia!

Tambaleándose, en una lucha por mantenerse en pie, a paso lento regresó a su casa, donde también él se encerró. La vieja cocinera de sus padres le recibió, le limpió la sangre de la cara y le curó la fractura del tabique de la nariz y los hematomas. Nadie le visitó. Al tercer día, el cura fue a tomarle confesión. La Alcaldía permaneció cerrada, con el muñeco suspendido que bailoteaba en el aire, y la puerta manchada de tinta roja que imitaba sangre humana.

El embrujado pasó varias noches sin conciliar el sueño, con los nervios hechos trizas. Pensaba en todo momento en que se iba a morir y tenía miedo a la idea de la vida después de ésta, y a la idea del juicio de Dios.

Después de varias noches de vela, una de éstas se quedó dormido. Soñaba. Iba hacia el cementerio, dentro de una caja negra, halada por dos jumentos. Estos se acercaron al borde de la sepultura que era muy profunda, y una sensación de vértigo le hizo lanzar un grito desgarrador, y esto le despertó. La vieja cocinera fue a auxiliarle. Ella y un perro eran sus únicos acompañantes.

Sueños como aquellos le torturaban y siempre, gritando como un condenado se despertaba. Le sudaba el cuerpo. Le latía el corazón con tal violencia, y el cuerpo le temblaba como si tuviera malaria. Pasaba los días sin comer, con una idea fija en que se tendría que morir en cualquier momento.

El cura le habría aconsejado que disminuyera su agresividad contra el pueblo, que diese libertad a los mozos que había hecho capturar para sacarles dinero, so amenaza de enviarlos al ejército, que retirase su demanda contra unos campesinos a quienes los acusaba de robo, con el fin de despojarles de sus pro-

piedades, y si fuese posible, devolver algunas cosas que indebidamente las había tomado, para expiar algunas culpas.

El alcalde habría decidido marcharse de Acoria, dejando al cura frente a su Despacho y a la administración de sus haciendas y que él tomase las decisiones que estimase conveniente.

~

Una mañana, sentado en la banca de madera de la estación de ferrocarril, un hombre con aires de orate esperaba el tren que iba a Huancayo. Cuando éste se hubo detenido para que los pasajeros bajasen y subiesen, entró como un autómatas en el coche, seguido de su perro lobo que se topó con el empleado que justamente salía, quien, dándole un puntapié, lo botó.

El perro, sentado en un rincón, con la tristeza expresada en sus legañosos ojos, gemía al tiempo que el tren pesadamente se deslizaba para emprender su marcha. El tren dando pitadas y resoplando como un brioso corcel, dio la curva, pasando por la puerta de la mansión del hacendado. Una anciana, entreabriendo las vetustas puertas de madera, se quedó contemplando los coches que rápidamente pasaron por delante. Era la vieja cocinera del amo, quien le había visto nacer.

Desde entonces, nunca más se supo del señor alcalde.



EL ZORZAL

Se cuenta que, en tiempos idos, el zorzal era un ave del Paraíso. Era dueña de una voz exquisitamente melodiosa. Su esbelto cuerpo estaba cubierto de un vistoso plumaje lleno de vivos colores. Gozaba, como pocas aves, del privilegio de ingresar en la Corte del Señor y servir de intermediario entre el mundo-celestial y el mundo terrenal.

Era el mundo animal, el que hasta entonces, coronaba la Creación. El Señor decidió que el tiempo era llegado de crear al hombre, para que reinara sobre los demás reinos. Y para tal efecto, hizo traer un artífice de otro planeta, quien según Sus instrucciones diseñó y edificó el cuerpo. Y deseando tener cuanto antes la obra lista, al artífice le dio fecha de entrega.

El hombre estaba prácticamente listo. Vencido el plazo, el artífice levantándose muy de madrugada, revisó la obra muy cuidadosamente. Y ¡sorpresa! Le faltaba al hombre la dentadura. No tenía instrucciones de este punto.

- ¡De qué material querrá el Señor, que al hombre le ponga la dentadura! - se preguntó.

Tenía que enviar a un mensajero a la Corte del Señor. Y el qué hacía estos servicios era el halcón real. Pero era demasiado temprano. Aquél vivía en las altas cumbres y no era muy madrugador que se diga. En eso oyó el canto melodioso del zorzal, sin pérdida de tiempo lo hizo llamar y le dio la misión.

Cuando la blanca alborada, exhalaba aún su frígido aliento, el zorzal levantó el vuelo. Cruzando montes y ríos, valles y quebradas, junto con los tibios rayos del sol mañanero llegó al Paraíso, hora en que la Creación ofrecía su saludo al Señor.

Apenas el acto de la salutación llegó a su fin, las aves mensajeras, que con misiones similares habían ido de otras partes del universo, solicitaron audiencia ante la Corte Divina. El Señor las fue atendiendo una a una, cuando el turno fue del zorzal, éste fue atendido con mucho interés, por tratarse del mensajero que se relacionaba con la construcción del cuerpo del hombre, la nueva corona de Su Creación.

- ¡Esta obra es la mejor de todas -dijo- entonces deben ponerle dentadura del mejor material! ¡Que le pongan de acero inoxidable de la más alta ley!

Con el sol en el cénit, el zorzal partió de regreso, de nuevo, cruzando ríos y montes, valles y planicies, cuando sus fuerzas empezaron a flaquearle, y pasando por una fértil floresta, y sintiendo las delicadas fragancias que la fruta sazónada despedía, detuvo su marcha en la copa de un árbol para aliviar su hambre.

Después de saborear la mejor fruta, como era costumbre de toda criatura grata, buscando ubicación en la cima más elevada de la floresta, su melodioso canto esparció.

Las criaturas de este paraje, solo en ocasiones muy especiales habían oído el canto celestial de un ave del Paraíso. El zorzal, con su canto, sin pensar en otra cosa que agradecer a su Señor, atrajo la atención general. Algunos volátiles posándose en árboles cercanos satisficieron su curiosidad de ver en persona a la maravillosa ave. Igual cosa hicieron los reptiles, que se arrastraron por debajo de los árboles entre las hojarascas.

Alguien lanzó la idea de reunirse por especies y ofrecer un especial recibimiento a tan distinguido visitante, un poco por respeto a su rango, y otro poco por curiosidad de saber qué misión le traía por esos lares.

Reunidos los representantes de las especies animales, fueron a hacer la invitación. El zorzal, con cierta renuencia aceptó

departir algunos momentos con ellos; que, no podía detenerse mucho, porque se encontraba en cumplimiento de una delicada misión.

El zorzal, posándose en el lugar preferencial que los organizadores le tenían preparado, con su especial canto saludó a la enardecida multitud, que vitoreaba al visitante.

Seguidamente, los oradores desfilaron por el estrado expresándole sus saludos, cuales más elocuentes y emocionados.

- ¡Tenga Ud., muy buenas tardes, señor don Zorzal, Rey del Paraíso! ¡Cuánta honra para este modesto paraje, recibir la visita de tan honorable y digno señor! -dijo repentinamente, una voz cascada y medio chillona desde la espesura. - Vuestra excelencia, bien se merece este recibimiento y mucho más. Si la memoria no me traiciona, nunca un personaje tan especial como vuestra excelencia ha visitado este lugar. La multitud al voltear hacia el lugar de donde venía la voz, vio que se trataba de una serpiente que, trepada en la rama de un árbol, hablaba por su cuenta.

Era el turno del homenajeado para decir algo. Este agradeció mucho el recibimiento, y como tratando de congraciarse con la multitud, se explayó:

- Una importante noticia quiero compartir con Uds., estimados amigos:

- ¡Escuchen! -decían las voces, - ¡Escuchen a tan honorable visitante...!

- Sabemos que tenemos un rey. Pero este no se da abasto para atender el mundo entero. Muchas criaturas ni lo conocen. Dios, nuestro Señor, siempre generoso con nosotros, ha decidido crear al hombre, para que con autoridad reine sobre todas las criaturas de la Tierra. Este nuevo rey, tendrá capacidad para entendernos y también para entender los misterios que rodean el

mundo de la divinidad; y mi presencia aquí es una casualidad; pues bajé aquí para descansar y comer algo de vuestras plantaciones.

Muchos pidieron la palabra para hablar. Pero la serpiente sin esperar el permiso de quien dirigía la asamblea empezó a hablar:

- ¡Cómo dice Ud.! ¡Que nuevo rey vamos a tener! ¿Cree Ud. que eso nos conviene a los animales? ¡Eso será nuestra destrucción! -dijo con voz airada,

- ¡Yo también pienso así! -añadió al zorro.

Todos guardaban silencio, escuchando a los oradores.

- Pero, amigos, nuestra discusión no tiene objeto. El hombre está listo. Es la voluntad del Creador. Nadie puede cambiar su designio. Yo estoy en una simple misión, que se relaciona desde luego, con el asunto. Mañana se inaugura el hombre. Solo le falta la dentadura. Como el artífice no sabía de qué material ponerle, me mandó preguntar al Señor...

- ¡Y... de qué material, dice que le pongan...! Preguntó una voz en tono displicente.

- El Señor ordena que al hombre le fabriquen piezas dentales de material incorruptible ante el tiempo y ante el uso.

- ¡Pero, señor zorzal! Ud., también pertenece a la escala de los animales. Por lo tanto, debe pensar que a los animales no nos conviene tener al hombre por rey, -dijo la serpiente.

- ¡Señor zorzal! -dijo otra voz - quiero proponerle algo que estoy seguro le va a interesar... que Ud. sea nuestro rey... Nada le falta para que sea Ud., el rey de la Creación.

- ¡Viva, nuestro rey!

- ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva! -vitorearon las voces.

- ¡Señor zorzal, rey protector de este sufrido mundo! Acepte esta corona en nombre de todos... como símbolo de nuestro amor y respeto hacia su persona... le decía el macaco, reteniendo entre sus peludos dedos, una corona hecha de ramas de laurel, adornada con algunas deliciosas frutas.

Antes de que el sorprendido plumífero se repusiera y atinara decir algo, se la chantó en su testa. Todos vitorearon.

- Yo no puedo ser vuestro rey -protestó el zorzal. Ya les digo que el hombre está terminado. Solo le falta la dentadura.

- ¡No se preocupe, su majestad! ¡Nosotros nos encargaremos de hablar con el Creador! ¡Él, en Su munífica gracia nos oír y hará valer nuestra petición! -zalameó el mono.

El zorzal reaccionó al ver que el sol ya se precipitaba al ocaso, y todavía tenía mucha distancia que recorrer. Unos tenues rayos de sol doraban le cima de lejanas colinas y el viento soplando con fuerza, refrescaba el cálido ambiente.

El mensajero, temeroso de que le cayera la noche, antes de que pudiera llegar a su destino, se despidió de todos para alejarse, cuando le retienen pidiéndole que diera su respuesta a la proposición...

- ¡Por lo menos proméтанos una cosa! -Reclamó una voz.

- ¡Cual...!

- Cambie el contenido del mensaje. Diga que le ponga de un metal que se corroe o de otro material que con el tiempo se le malogre y que el hombre se quede sin dentadura. ¡Y qué criatura que pierda la dentadura puede sobrevivir! -le insinuó la raposa.

- ¡Lo pensaré! ¡Lo pensaré! ¡Esperen noticias! - diciendo partió el zorzal.

A mitad de camino, le cayó la noche. Se vio obligado a dormir en otro valle hasta el día siguiente. Tuvo tiempo para pensar en la proposición que le habían hecho y en los pensamientos que la multitud le había expresado.

"¡El hombre sería el destructor de los animales!" -le preocupaba. Que tal vez, el deseo de esa multitud de hacerle su rey, serie aceptado por el Creador, y que dejase sin efecto su decisión de hacer el hombre para que reine sobre la naturaleza.

En caso de que Dios no aceptase de que él fuese el rey a petición de las criaturas de la tierra, sería bueno hacer lo que le han sugerido. Que le pongan dentadura de un material corruptible, para que el hombre se quedase desdentado, y no pudiendo masticar, sucumbiese y dejase vacante la corona.

Al día siguiente, fiel a sus costumbres, muy de temprano se fue al valle donde encontró un inmenso maizal. Decidió desayunarse con maíz tierno y al descubrir una mazorca, encontró una blanca dentadura. ¡Qué bonita y parejita! ¡Qué bien le quedaría al hombre! ¡Nadie se daría cuenta que es maíz! No le haría daño al hombre, no tendría que ser responsabilizado si algo le ocurriese. -Así pensó y después de comer sus granos de maíz, salió con dirección a su destino final.

Mediaba la mañana, cuando el mensajero llegó al taller del artífice, llevando una muestra del maíz, y le dijo que era el modelo de cómo sería la dentadura del hombre. El artesano terminó su obra y la entregó.

Ese mismo día, la obra fue inaugurada. Dios le había insuflado el espíritu de vida, y desde entonces, de todas maneras, se había convertido en el rey de la Creación.

Pasados algunos años, el hombre empezó a quejarse de dolores de muela. El artífice fue notificado, para que revisara su obra. Pues, no era posible que la criatura más perfecta del uni-

verso estuviese sufriendo de dolor de muelas.

El constructor después de una simple inspección emitió su veredicto. El material que le había puesto a las piezas dentales era corruptible. Cuando se hizo la investigación, el artífice declaró que el zorzal había retornado del Paraíso con esa indicación, es decir, había tergiversado el mensaje.

Se dice que Dios lo castigó:

En adelante, ya no sería ave del Paraíso. En consecuencia, perdió el vistoso plumaje y el canto melodioso, para tornarse grisáceo y melancólico. Cuentan, además algo que parece una exageración:

Su intestino fue recortado. Por eso, durante la noche desfallece de hambre y tiene que salir lo más temprano posible en busca de alimentos. Se le ataron las patas. Por esa razón no camina, sino que se moviliza dando saltitos. Su privilegiada alimentación bajó de categoría. Ahora se contenta con gusanos, fruto verde de ciertos árboles, y hasta excremento. Finalmente, fue atacado por el chancro blanco, que toda su vida la sufre y transmite a sus descendientes.



EL UKUMARI

Los pobladores de Síwar, desde hacía unos días, venían viendo noches de sobresaltos, por causas poco definidas. Una mañana, la familia Mallwa, se encontraba en pie, a cumplir con las tareas de rutina. La primera era preparar la comida de la mañana. Acela, la hija mayor de dieciocho años, se ocupaba en encender la lumbre. No tenían fósforos. Tampoco habían tenido la precaución de cuidar el rescoldo del día anterior. Fue donde la vecina, y de paso escuchó los quejosos comentarios de los vecinos.

Decían que esa noche no habían podido dormir bien. Que los animales habían estado nerviosos, como si sintieran la presencia de alguna fiera carnícora; que el viento había soplado con mucha fuerza; que los perros habían aullado, como si vieran al condenado; y que algunas acémilas, rompiendo las trancas del corral, habían huido.

Acela, con el pedazo de olla rota, lleno de humeante brasa, volvió a la casa, a comentar lo que había oído fuera. Su madre estaba moliendo maíz blanco para la sopa; el padre rajaba leña al pie de unos árboles, y Feliciano, el hijo menor, traía agua del manantial.

Era domingo. El sol brillaba sobre la floresta, dorando alegremente las verdes hojas de los árboles, prometiendo un día caluroso. Síwar era un barrio del distrito de Soqos, ubicado en una ceja de selva. La quietud del barrio era de cuando en cuando perturbada por el silbeteo de bandadas de bullangueros loros, que cruzaban el cielo azul y sin manchas.

Sería una hora más tarde aproximadamente, cuando la familia de cuatro miembros se encontraba reunida en el cuarto de

cocina a tomar sus alimentos. El cuartito de adobe era reducido. Los ángulos estaban ocupados por bostas y leña hacinadas, y las paredes negreadas por el humo, salpicadas de oscuras ollas de barro colgadas de pequeñas estacas de palos.

Wali, la madre, sentada en el suelo, frente al fogón, ayudada por Acela, servía de una olla grande, evaporante crema de maíz molido con papas partidas y trozos de carne seca.

En el suelo, un balay grande contenía maíz tostado, de donde, los comensales extraían por puñados y lo iban mascando. Ruperto, el padre, ubicado en su lugar favorito y preferencial, sentado en una banqueta de tronco de maguey, tomaba su crema; a su lado, estaba Feliciano que jugueteaba con el perro negro, haciéndolo saltar en el aire, arrojándole granos de maíz y pedacitos de hueso.

Todos comían. Nadie hablaba. Sólo el crujir de los granos de maíz al triturarse con las muelas, y el bullicioso sorber de la sopa, se oían.

Rompiendo el silencio, el becerro que estaba solo, en el canto de la chacra, separado de su madre, para preservar la leche durante la noche, mugió. El perro como queriendo hacer méritos, salió de un brinco y le fue a ladrar. Wali, que era la más exigente en el buen trato de los animales, azuzó a Acela, que comiera más rápidamente, para atender el ganado, diciéndole que era ya tarde, y que los animales tenían hambre. El perro negro regresó, y Feliciano lo premió arrojándole más huesitos.

Acela, terminando de sorber la última cucharada de la espesa crema de maíz, cogiendo su desvaída manta la extiende delante de todos, y en ella echó varios puñados de maíz tostado, unas cuantas papas sancochadas y unos trozos de carne, salvadas de la sopa, para su fiambre, encima puso otro atadito que contenía hilos de color y una rueca con un copo de lana de cordero, y

cruzando las puntas de la manta se la echó a la espalda y dispóníase a salir.

- ¡Cuidado con el Ukumari! ¡Dicen que le gusta las chicas más bonitas! -dijo el Feliciano con un tono de burla y con visible intención de irritarla.

- ¡Ukumari! ¡De qué ukumari, estás hablando...! -responde Acela, entre parándose.

- ¿No es cierto, papá? ¿Por qué no le cuentas lo que mi padrino contó el otro día? -comprometió a su padre.

Ruperto, indiferente a la conversación de sus hijos continuó descarnando, el pedazo de hueso que tenía en sus manos, con la punta de un pequeño cuchillo puntiagudo.

Wali, que atenta había estado escuchando, lo que del ukumari hablaban, preguntó;

- ¿De qué ukumari, te contó pues, el compadre?

Ruperto, todavía entretenido con el hueso, como si no hubiese oído nada, remiró el hueso por buen rato, y finalmente lo arrojó al perro, y cogiendo una hoja seca de maíz empezó a limpiarse las manos,

- ¡Ah! con el compadre hablábamos de los frecuentes ventarrones que últimamente han estado azotando al barrio. Él contaba que la gente decía que esos indicaban la presencia de algún monstruo en el "Monte"; y que en Soqos decían que alguien de Siwar había visto andar de noche a un ukumari, y que cuando esto sale, el viento enfurecido sopla...

- Que a estos ukumaris les gustan las pastoras más bonitas... -Feliciano se le adelantó.

-Contó lo de la Justina, la hija de la Dominga.

- ¡Ah, eso quien no lo sabe! -dijo Wali.

- ¡Yo... no lo sé! ¿Quién fue Justina? ¡Cuenta, papá! -
diciendo, Acela volvió a sentarse.

- Bueno, -prosiguió Ruperto- a Justina todavía la hemos co-
nocido, ¿no? -preguntó a Wali.

- Sí. Cuando vinimos a vivir acá murió la viejita. Tu papá
todavía fue a su entierro. Yo no fui porque estuve enferma.

- La gente cuenta -continuó Ruperto- que cuando joven ella
fue muy atractiva. Iba cerca del "Monte" con el ganado. Una tar-
de, después de comer su fiambre se quedó dormida, y el ukumari
que salido del monte andaba por ahí, se la llevó a su cueva. La
hizo su mujer y al año, tuvo su hijo, parecido a su padre. El mons-
truo, cuando salía, cerraba la cueva con una enorme piedra que
Justina no podía ni mover. Hasta que creció el hijo. Un día la ma-
dre le ordenó que retirara la piedra, y logró hacerlo, entonces,
ambos se fugaron.

- ¿Y los padres no podían hacer algo por rescatarla?

- ¡Hasta ahora, hija, nadie se ha atrevido a entrar en ese
monte, y si alguna vez, alguien ha entrado, no ha salido para con-
tar lo que adentro ha visto! -dijo Wali.

- Y... mamá, papá, ¡qué pasó con el hijo de la tal Justina! -
preguntó curiosa Acela.

- Decían que como era más animal que humano, había en-
vejecido pronto y había muerto mucho antes que la madre.
Cuando tu papá y yo vinimos a vivir acá, hacía tiempo que había
muerto. Nosotros no llegamos a conocerlo... -añadió Wali.

- ¡Eso será cuento! ¡cómo pues, un ukumari va a hacer de
una pastora, su mujer! -dijo Acela incrédula, y levantándose salió
del cuarto de cocina.

~

Ruperto Mallwa, aparte de cultivar sus tierras, se dedicaba a tallar madera y hacía de ella, cucharas y cucharones ornamentales, que los llevaba a Huancayo para vender a los turistas, y proveía de estos artículos a las casas que tenían este negocio.

Ese día, Ruperto y su hijo, estuvieron ocupados en fabricar los cucharones, porque tenía un pedido que satisfacer. Wali por su lado, pasó horas depurando un montón de granza de cebada, cuando el repentino lejano clic, clic, de los cernícalos llamaron su atención.

Como dichas aves suelen anunciar la presencia del gavilán pollero, Wali de una rápida mirada echó de menos a sus gallinas, que bajo un coposo árbol reunidas dormitaban. Algunas nubes pardas habían ocultado el sol y el viento arreciaba enfriando la tarde.

Wali poniéndose de pie, buscó con la mirada el lugar de donde venían los clic, clic, de los cernícalos. Del lado del Monte venían los ventarrones y los árboles en las cercanías, agitaban sus testas, y a sus alrededores revoloteaban los cernícalos y chibaban las lechuzas. El rugido del huracán se oía lejano. Las oscuras nubes que siempre vivían sobre el monte, disolvíanse en ondas de lluvia.

Por supuesto, el huracán nunca llegaba a su casa, pero su instinto materno le hizo temer por su hija, que solía llevar el ganado a la llanura, cercana al temible "monte". Fue en busca de Ruperto y le contagió su inquietud. Ambos ordenaron a Feliciano que fuera a dar alcance a su hermana, porque ese huracán pudo haber afectado a ella y a los animales.

Feliciano, seguido de su perro negro se fue corriendo. A poca distancia de la casa, se encontró con algunos animales que solos y nerviosos acercábanse. Los juntó y los arreó. Siguió hacia la llanura donde había un bosque abierto. El huracán había pasado por ahí. Se podían ver los efectos. Montones de hojas estaban acumuladas bajo los árboles, y algunas ramas desgajadas de sus troncos habían caído encima.

El resto de los animales, asustados andaban desperdigados en el bosque. Feliciano los reunió y los puso en camino. Entrándose en el bosque, recorrió llamando a su hermana. Había cesado el viento, y todo parecía haber quedado paralizado de terror. Algunas palomas aleteaban en las copas de los árboles. El perro que husmeando seguía las huellas de Acela, empezó a gemir y lanzar ladridos intermitentes. Feliciano va allá. ¡Ahí estaba la rueca y el copo de lana, esparcidos, dando la apariencia de haber sido arrastrados! Recogiéndolos busca algo más de ella, y no encontró nada más.

El muchacho preocupado y compungido por la misteriosa ausencia de su hermana, arreando parte del ganado regresó. Ruperto, buscando la compañía de un compadre suyo que vivía cerca, que éste a su vez, tenía un hermano recientemente licenciado con el grado de Sargento se dirigieron al lugar. La noche caía. Las aves bulliciosamente se guarecían en los árboles, y una cortina de mosquitos les cerraba la visibilidad. El grupo se esparció y buscó algo que indicara el rumbo seguido por la muchacha.

El perro volvió a gemir en un malezal. El sargento fue hacia allá y encontró perdido al perro que husmeaba, y sintió un olor nauseabundo, que le hizo pensar en la presencia de un animal salvaje. Avanzando con dirección hacia el "monte" que en ese instante aparecía como una gigantesca mancha oscura o lo distancia, descubrió un riachuelo, que por debajo de las malezas se deslizaba. El área que lo limitaba era peligrosamente pantanoso.

Volviendo a reunirse, decidieron retornar.

~

Los tres hombres, mientras caminaron de regreso a sus casas, acordaron ir de inmediato a Soqos, y pedir al Alcalde Willca, que convocara al pueblo a asamblea general de emergencia, para consultar entre los vecinos lo que podrían hacer para dar con el paradero de Acela.

Era una noche tenebrosa. Las estrellas reverberaban encendidas en el oscuro cielo. Entrando en Soqos, el grupo encabezado por Ruperto Mallwa, ante la primera casita se detienen. El perro ladra dentro, luego sale y levantando sus patas delanteras sobre el muro, con ojos que relucen como dos luciérnagas, olfatea y después... volvió a meterse. Entonces oteó un niño, y volvió a perderse, en la oscuridad, después de recibir el mensaje de Ruperto para su abuelo.

Unos minutos después, el anciano Willca, renqueando como un gorila salió a atender la demanda de Ruperto Mallwa, y casi de inmediato, el anciano llamando a su nieto mandó a algún lugar con un recado. Poco después, las campanas tañían, llamando a la población a una asamblea.

Ruperto volviendo a reunirse con sus acompañantes de Síwar, fueron o sentarse a la plazuela principal. La presencia de la gente no se dejó esperar. Portando sendos candiles encendidos fueron llenando el salón de sesiones de la Municipalidad de Soqos. El último en llegar fue el alcalde Willca, quien luego de explicar el motivo de su convocatoria, dejó abierta la sesión.

Un anciano Regidor, pidiendo la palabra, dijo, que él no dudaba ni un poquito, que la joven Acela había sido raptada por

el maldito ukumari, que por los comentarios y por algunos síntomas, estaba seguro que el animal estaba viviendo en el "monte". Puso fin a su intervención haciendo memoria a lo sucedido con la finada Justina, muchos años atrás, por cierto.

Un joven de Soqos, de quien se decía estudiaba en la ciudad de Huancayo, pidió terminar con el famoso "monte", que la ignorancia de su pueblo había revestido de mucha fantasía, infundiendo temor de entrar en el bosque. ¡Hay que quemar el "monte"! -concluyó.

El Sargento de Siwar intervino y dijo que estaba de acuerdo con las palabras del joven estudiante, con terminar con el mito del "monte". Que él, durante los años que había servido en el ejército había tenido la oportunidad de conocer selvas, mucho más bravas que un insignificante bosque. ¿Qué más puede haber dentro de una arboleda, aparte de animales propios de ese medio?

El Sargento terminó su intervención haciendo un llamamiento a los demás licenciados para que cooperaran en la organización de grupos de salvataje, para salir mañana temprano hacia el bosque a buscar a la joven de quien se afirmaba había sido raptada por el ukumari.

~

Antes de las cuatro de la madrugada, los grupos se fueron integrando en la Plaza principal del pueblo, donde fueron agasajados por las mujeres del pueblo con sabrosos caldos de cordero y de gallina, y "calientitos" de cañazo y azúcar.

Apenas los rayos solares, doraban las verdes colinas, los grupos, armados de arcabuces, machetes, palos y sogas, coman-

dados por licenciados del ejército, salieron al compás de tinyas y pinkullos, recordando las faenas comunitarias.

Llegando a las cercanías del "monte", hicieron un alto, tanto para descansar como para que los jefes de grupo fueran en operación de reconocimiento, para estudiar por donde penetrar en el bosque más convenientemente.

~

Los macheteros, dispuestos frente a frente, en dos columnas, empiezan a decapitar arbustos, mutilar ramas y arrasar malezas, dándose a su paso con tropeles de abejorros, que furiosos defendían el viejo tronco de un árbol; con imbatibles castillos de hormigas, cuyas vigías daban aviso inmediato de la presencia de los hombres, y en batallones salían a buscarlos; columnas de lagartijas, que apostadas en los troncos de algunos árboles tomaban sol, y ante la presencia de los valerosos exploradores, una por una van a perderse en los malezales. Caen algunas ramas con un nido lleno de polluelos, cuyas madres protestan airadamente, chillando y piando en un revoloteo loco, alrededor de los hombres.

Después de unas horas de arduo trabajo, llegando a un claro, hacen un alto para alivianar la ropa, y refrescarse con el agua que habían llevado. El sargento se reafirmó en su convicción que los bosques eran más o menos iguales, porque hasta ese momento no habían encontrado nada especial.

Los jefes de grupo, bajo la coordinación del sargento se reúnen para intercambiar ideas. Dejando a la gente descansando, avanzan para reconocer el terreno. Oyen la caída de una cascada de agua. Llegaron a una profunda zanja, cercada por el otro lado

por una escarpada colina, el confín del bosque. Corría agua clara. Les pareció que el fondo del "monte" estaría por arriba. Bordeando la zanja avanzan hacia el lugar que ellos consideraban el corazón. El sargento que iba delante huele el olor de animal salvaje. Ordena que los demás se echen de barriga y permanezcan quietos, mientras él explora los alrededores. Trepándose en un árbol, otea. Nota que la copa seca de un árbol se agita. Rápidamente se descuelga y como un puma, sigilosamente avanza a la rastra unos veinte metros. Poniéndose de pie, retirando una rama, observa, como a tres metros en línea recta, la cabeza de un animal que se mueve. Acercándose un poco, distingue, un oso negro con pintas blancas en las orejas, más alto y corpulento que un hombre, subido en el tronco de un árbol seco, emitiendo unos gruñidos continuados como de cerdo, y rodeado por una nube de abejorros comía, presumiblemente miel.

El sargento llama a sus subalternos, quienes avanzan de la misma manera como lo había hecho él. Al verlo de cerca, pasmados dijeron ¡El ukumari! Si no hubiere sido por el valor y la serenidad del sargento, se hubieran echado a correr.

Dos de ellos fueron a llamar a los grupos. Entretanto, el sargento y los demás soldados encañonaban con sus armas de fuego al corazón y a la cabeza de la bestia, para que en caso de que el animal les sintiera y quisiera atacarles o huir, antes de que sus colaboradores llegasen, pudieran detenerlo o matarlo. Apenas los hombres llegaron guiados por los dos soldados, el sargento hizo la señal de fuego, se oyeron los estampidos unos tras otros, seguidos de los bulliciosos aleteos de las aves que asustadas volaron sin rumbo, y de los pasos de algunos animales que desesperados huyeron.

La bestia lanza un aterrador alarido y se tambalea sobre sus patas y en su afán de huir llevado por su instinto de conservación, se lanza al vacío emitiendo más alaridos de muerte, y

cayendo al pie del árbol se desploma, queda roncando como un cerdo, bañado en abundante sangre. El sargento le pega el tiro de gracia. Los hombres lo rodean con sus palos y sus armas preparados para el ataque, pero ya nada de eso fue necesario.

- ¡Achachau, el ukumari! ¡El ukumari está muerto! -decían los hombres muertos de nerviosismo.

- ¿No nos pasará nada...? Preguntaban otros.

El declinante sol nadaba hacia el ocaso en el azul intenso del cielo limitado por el apretado bosque de árboles. El sargento decide terminar de explorar el "monte", para ver qué más había en él, y dónde podía estar la desaparecida pastora, motivo de aquella hazaña.

Dejando a los hombres que al oso le sacaran el cuero para llevarlo como trofeo, y si es posible sin separar de él la cabeza, juntamente con los otros licenciados se internó en el bosque. En realidad, no había mucho que recorrer para llegar al otro confín. Encontraron una lagunilla donde se empozaban tres riachuelos, de donde salía un pequeño río y bajaba hacia la selva. Y siguiendo el curso de este río, las fieras de cuando en cuando llegaban al llamado "monte", y si eran felinos, por ejemplo, diezmaban la ganadería de Síwar que era la población más cercena. Después de recorrer rincón por rincón, los exploradores retornaron al lugar donde los demás les esperaban. Triunfantes, con su trofeo consistente en el cuero del oso negro, salieron del monte y ahí, fueron recepcionados por las autoridades, con el anciano Willca a la cabeza, y las mujeres que habían guisado algo especial para los bravos exploradores. Todos comieron y bebieron, luego cantaron y bailaron, olvidando por un momento el dolor de los Mallwa, quienes, reunidos en otro lado, lamentaban la desaparición de la hija, y Wali lloraba a hurtadillas para no malograr el jolgorio de la gente, por haber vencido al por muchos años temido monte.



El tiempo se encargó de cicatrizar las heridas. Habían transcurrido varios años sin que se supiera nada de Acela. Feliciano, ya había terminado su primaria en Soqos y había emigrado a Huancayo para seguir estudios de secundaria, y más adelante ir a Lima para estudiar abogacía. Toda vez que Ruperto y Wali hablaban de su hijo, terminaban recordando a la hija, y enmudecían con un lastimero suspiro, o en caso de ella, con amargas lágrimas.

Una noche, con el corazón compungido por los hijos se durmieron. Alguien tocó la puerta de calle, por donde pasaba el camino de herradura. Wali sale a abrir. Para su sorpresa, ahí tras la puerta mirando hacia el interior y parada estaba Acela, con el rostro radiante y hermoso. ¡Wali gritó de alegría, mientras llamaba a Ruperto! Cuando se le acercó para abrazarla, a un costado, un niño de corta edad estaba parado. Wali se agacha para mirarlo, tenía un parecido al ukumari, a pesar de estar vestido, los pies terminaban en uñas de oso.

- ¡Way...! -gritó,

- ¡Wali! ¡Wali! ¡Wali! -llamándola Ruperto la despertó.

Se festejaba con reuniones familiares, comilonas, cantos y bailes, la fiesta de Santiago. Ruperto y Wali durmieron la mala-noche hasta casi el mediodía. Metidos en la cocina preparaban sus alimentos. Afuera, ya los vecinos reiniciaban la fiesta cogiendo a las vacas para ponerles cintas multicolores; cortando las orejas y la cola a los corderos y las mujeres medio borrachas cantaban y bailaban alrededor.

Una voz femenina llama de la puerta. Wali piensa que los

vecinos la llamaban para seguir festejando el día del Patrón de la ganadería. Al abrir, exactamente como en su sueño, se da cara a cara con Acela, con el rostro radiante y ruborosa por el calor del mediodía. Wali no sabe si está soñando o está despierta. De inmediato baja la mirada para ver si alguien la acompañaba, y ahí estaba un niño. Recelosa lo examina y esta vez era un niño normal.

- ¡Es tu nieto! -le dice Acela. Se le mojan los ojos de emoción. Ruperto sale y hay abrazos y lágrimas.

- ¡Qué ha sido de tu vida, hija...! -le dijeron.

- Es que... me... me casé.

- ¿Con quién? -preguntaron con vivo interés.

- Con el Damián. Ese día... ese día... había llegado de Huancaayo solamente para llevarme. Me convenció y por "arriba" nomás nos fuimos y nadie nos vio.

- Hija, no sabes cuánto hemos sufrido. No sabes que has movilizadado a todo el pueblo de Soqos pensando que el ukumari te había llevado.

- Todo me ha contado el Feliciano. Por eso he venido a pedirles perdón -se le apagó la voz y llora.

- ¡Qué tal es el Damián!

- ¡Es bueno nomás! Está enfermo. Por eso no vino...



Sobre el autor:

FABIÁN MARIO León Paitán (Huancavelica, 1930 – Puno, 2015) fue profesor de Educación Secundaria, egresado de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y Universidad Nacional Técnica de Cajamarca. Becado por la *Fulbright Comission* viajó a los EE. UU., y enseñó cursos de su especialidad en *Pulaski Heights School* y en *Philander Smith College*.

Prestó servicios profesionales en la G.U.E. “San Ramón” de Cajamarca, U.T.C. de Cajamarca, G.U.E. “Alfonso Ugarte” de Lima, G.U.E. “La Victoria de Ayacucho” de Huancavelica, G.U.E. “San Carlos” de Puno y la I.E.E. “Uriel García” de Cusco.

Editada en la ciudad de Lima, Perú.
Publicada en línea el 2 de setiembre de 2021.